

ANT-XIX-1383 (12)

ASTAPA

ESTUDIO GEOGRÁFICO

POR

ANTONIO AGUILAR Y CANO

CON CARTA-PRÓLOGO

DEL EXCMO. SR. DOCTOR

D. MANUEL RODRÍGUEZ DE BERLANGA



SEVILLA

Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1

1899

ASTAPA

ESTUDIO GEOGRÁFICO

25cm

R-91993



ASTAPA

ESTUDIO GEOGRÁFICO

POR

ANTONIO AGUILAR Y CANO

CON CARTA-PRÓLOGO

DEL EXCMO. SR. DOCTOR

D. MANUEL RODRÍGUEZ DE BERLANGA

*A mi querido discípulo amigo
Don Leopoldo Equilator
El Bibliógrafo*



SEVILLA

Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera 1

1899

Al Sr. D. Antonio Aguilar y Cano.

A impulsos de su inagotable bondad ha tenido la atención de mandarme el Ms. de la interesante monografía, en la que se propone dilucidar *dónde estuvo Astapa*; y de tal modo me he aficionado al argumento que desarrolla, que he leído y vuelto á leer reiteradamente sus cuartillas, sin resolverme á devolvérselas á no ser acompañadas de mis apreciaciones, no de gran autoridad ciertamente, pero sinceras quizás en demasía. Acaso le moleste mi desenfado al exponerle algunas opiniones personalísimas un tanto disconformes á las suyas; pero comprenderá sin esfuerzo que obrando de tal modo le demuestro el interés que ha despertado en mí su trabajo, mientras si me hubiese sido indiferente me hubiera bastado remitirle su estudio con algunas frases expresivas de agradecimiento por su deferencia, acompañadas de varias palabras de elogio: es decir, con media docena de generalidades de buena educación,

y no más. No me decido á ser tan poco franco y voy á exponerle mi juicio sobre cada uno de los capítulos de que se compone su citada monografía, con tanta mayor imparcialidad cuanto que no tenía una idea concreta de las localizaciones de Astapa, ni de Ostipo.

CAPÍTULO I. — Lo que ante todo se le ocurre preguntar, como lo preguntaron también Morales y Mariana, sin encontrar respuesta que le satisfaga, es por qué el sacrificio heróico de Sagunto y Numancia ha sido tan celebrado por los escritores de la edad antigua como de la moderna, mientras los mismos historiógrafos, después de consignar los hechos posteriores de los astapenses, los relegan al olvido. Para encontrar la razón que se busca es preciso prescindir por un momento de la natural admiración y del extremado cariño que pueda despertar en el escritor el amor á los lugares en que se ha venido al mundo. Desprendiéndose de la ciega preocupación, que engendra la innata topofilia, que con frecuencia nubla la imaginación más clara, bastará fijarse en el texto de Tito Livio, único fehaciente en el caso presente.

Sagunto fué en su origen, á lo que se supone, una colonia griega, como Emporias, Rhode, y Hemeroscopio, formando parte de aquellas ciudades helénicas, que se decían estar bajo el protectorado de Roma; su asedio y su conquista por Hanníbal se supuso que había sido un atentado contra lo convenido en el tratado del 218 antes de J. C. (1), por más que aquella población no estaba comprendida en la mencionada estipulación del derecho de gentes de entonces; pero en realidad fué aquél un *casus be-*

(1) Liv., XXI, 2.

lli, que los romanos debieron exagerar, no sólo por ver de atenuar todos sus pasados desafueros en la primera guerra púnica, sino también para justificar en parte los motivos por qué emprendieron la segunda. Por lo demás, Sagunto era una plaza fuerte, que defendieron sus habitantes con bravura sin igual, y Numancia una fortaleza de gran importancia, cuyos moradores, de la sub-raza celtíbera, sostuvieron con gran energía la guerra injusta que les declaró Roma, venciendo al vanidoso Pompeyo y después á Mancino, á quien impusieron condiciones como vencedores magnánimos. Pero los vencidos italiotas, siempre desleales á lo que pactaban sus generales, mandaron contra ella á un Scipión, que la cercó, sin que lograsen las legiones apoderarse sino de un montón de ruinas; porque aquellos bravos soldados numantinos dieron el admirable ejemplo de morir en ara de la patria, sin quedar ni uno de ellos, incendiando antes la ciudad, cuya ocupación, que no conquista, fué uno de los grandes oprobios de la república romana.

Astapa hubo de ser una pequeña población originariamente no sé si diga de *libio-fenice*, á juzgar por la poca extensión de sus ruinas, si son las de los Castellares, y por su posición, que no tiene importancia como punto estratégico de valía ni como reparo fortificado; en un llano, á la orilla de un río, y no en sitio encumbrado como lo estuvieron las ciudades ibéricas. Sus habitantes, meros negociantes africanos, no se habían distinguido, á semejanza de los de Sagunto y Numancia, como denodados guerreros, sino como astutos especuladores, dando caza en detalle á pequeños destacamentos de legionarios descuidados, y á los confiados é inofensivos mercaderes, que acertaban por su desgracia á pasar por tierra tan inhospitalaria, á los que privaban de cuan-

to poseían, y hasta de la vida. El primer Africano, en las postrimerías de la segunda guerra púnica en las Hispanias, después de ocupar á Cástulo, y al regresar á Cartago nova, envió á Marcio con una división de legionarios á someter aquellos rebeldes, que aún no lo habían sido: *in barbaros sub ius dicionemque redigendos* (1)

El caudillo romano pasa el Betis; se le rinden sin combatir dos opulentas plazas fuertes, como las llama Livio—*duas opulentas civitates*—(2), y se encamina á Astapa, cuyos habitantes comprenden que no debían esperar clemencia de un enemigo á quien tanto habían lastimado con sus inauditos atropellos, y que eran impotentes para triunfar de aquellos agueridos milites; por eso no piensan en defenderse, ni menos en entregarse á discreción, sino en ir á buscar la muerte al campo romano, poniendo fuego á la ciudad y asesinando á sangre fría á sus ancianos padres, á sus inocentes hijos, á sus débiles esposas, á cuanto tenía soplo vital en aquella población condenada por ellos mismos á ser completamente destruída. Hanníbal, al llegar ante los muros de Sagunto, rompió por autoridad propia el tratado de alianza del 218 antes de J. C.; Scipión Emiliano, cuando en 133 antes de J. C. puso sitio á Numancia, ya había hecho pedazos el Senado el de paz concertado con Mancino en 137 antes de J. C., que salvó el ejército romano de su total destrucción; Marcio no bajó á Astapa en són de osado burlador del derecho internacional, sino para castigar desmanes, que no se ajustaban dentro de las leyes de la guerra de aquellos tiempos. El General cartaginés y el Senado romano desempeñaron en tales ocasiones el papel de *bárba-*

(1) LIV., XXVIII, 21.

(2) LIV., XXVIII, 22.

ros (1), y Marcio el de vengador de los ultrajes hechos á los fueros de la humanidad por otros *bárbaros* no disfrazados de cultos. Si Hanníbal y Scipión debieron admirar el heroísmo de un enemigo que no habían logrado superar en denuedo, sino que habían destruído bajo la presión brutal de la superioridad numérica, Marcio hubo de contemplar con horror el postrer desastre de aquellos astapenses, que habían vivido, como morían, sin haber respetado nunca ni el más rudimentario derecho de gentes. Sagunto y Numancia fueron dos víctimas heroicas de la superchería política de Cartago y de Roma, mientras Astapa era una ciudad que no se avino á sufrir el castigo á que se había hecho acreedora. Entre aquellas y ésta media la diferencia que existe entre el soldado que muere sobre el campo de batalla defendiendo su bandera, y el que, acosado por la justicia humana, prefiere el suicidio al cadalso.

CAPÍTULO II.—Para determinar de la manera más exacta posible el lugar donde tuvo asiento una ciudad antigua, es necesario estudiar:

Los historiadores, los geógrafos y los itinerarios de los tiempos pasados.

Los epígrafes que se hayan encontrado en el recinto del que se suponga haber sido asiento de la población que se estudia.

Las monedas, si las batió, que dicho pueblo emitiera.

Las ruinas que existan en la localidad donde se conjeture que debió encontrarse el pueblo que se busca.

Los objetos antiguos descubiertos en el supuesto asiento de la vieja ciudad.

(1) Cic. in *Verr.*, II, 3, 9.

Los escritores castellanos más caracterizados, más eruditos, más dignos de fe, que hayan visitado los lugares y hablado de ellos á ciencia cierta.

Hay que relegar al olvido los escritores de fe dudosa, los de segunda mano y los documentos falsos; si bien en casos dados podrán figurar estos últimos en un apéndice, para precaver nuevos engaños en lo sucesivo.

CAPÍTULO III.—*Historiadores y geógrafos:*

Tito Livio nació 95 años antes de J. C., habiendo escrito siglo y medio después de la ocupación de Astapa por los soldados de Marcio; pero redactó sus *Décadas* teniendo á la vista y siguiendo los analistas contemporáneos de los sucesos que relataban, como fueron entre los romanos del siglo tercero antes de J. C. Fabius Píctor, Cincius Alimentus, Caius Acilius, que escribieron en griego, á más de los que en el siglo inmediato redactaron en latín sus libros históricos, como L. Coelius Antipater, Q. Claudius Quadrigarius y Valerius Antias, á quienes cita en más de una ocasión el Paduano.

Appiano de Alexandria vivió en el segundo siglo de nuestra era, y alcanzó á Antonino Pío. Respecto de Astapa no hizo más que extractar á Tito Livio, vertiendo sus informes del latín al griego, agregando por cuenta propia alguna frase retórica de relumbrón, rindiendo tributo al mal gusto de la época.

Stéphano de Bizancio fué un mero copilador griego de fines del siglo V de J. C., que extractó los historiadores y geógrafos antiguos, hoy en su mayor parte perdidos, y entonces de más nota, escribiendo un libro con el título de *Περι πόλεων και Δήμων*, —*de las ciudades y de los pueblos*,—en el que cuidó

de citar las fuentes de donde tomaba sus referencias.

Epígrafes.—No se conoce ninguna inscripción que conserve el nombre de *Astapa*; pero existen algunas piedras escritas en Estepa, que dice Juan Fernández Franco que fueron traídas de *Estepa la vieja*, ó sea de los *Castellares*, y López de Cárdenas que son de la misma Estepa, donde se ven restos antiguos ó vestigios romanos.

Monedas.—No se ha encontrado ninguna con el nombre de *Astapa*; y por lo que hace á los numógrafos, no hay que olvidar:

1.º Que Erro estaba atacado de la monomanía vascuence, y su libro es un copioso almacén de absurdos.

2.º Que Velázquez no fué muy afortunado en su ensayo de interpretación de las leyendas numarias íberas.

3.º Que Flórez, nuestro gran numismático, se dejó engañar por un falsificador, que se prevaleió de la falta de vista del anciano agustino.

4.º Que Saulcy dijo mil disparates con ocasión de las que supone erradísicamente monedas de dicha antigua ciudad.

5.º Que Barthelemy lo mismo que Hennín, en sus defectuosísimos manuales, aparecen como numismáticos muy de segunda mano, cuyos libros están llenos de numerosos errores en punto á la clasificación de las monedas antiguas de las Hispanias.

6.º Que Delgado, nuestro hábil clasificador de las piezas monetales hispanas, fué el que fijó la verdadera lectura de las letras $\Lambda \text{M} \diamond \uparrow \neq$, que interpretó torpemente Saulcy por *Astapa*, y, correctamente, nuestro D. Antonio Delgado por *Cástulo*.

Objetos arqueológicos.—Estepa la vieja, los *Castellares*.

Prehistóricos.—Un hacha de piedra negra, otra de calcedonia, una tercera de jaspe y el fragmento de otra última; cada una de ellas de diverso tamaño y las cuatro del período neolítico.

Ibéricos.—La inscripción encontrada en 1876 en el cortijo de Gabriel Gutiérrez, partido del Charcón, y publicada en 1897 (1). Esta piedra hace comprender, si no otra cosa, al menos que á la primitiva población libio-fenice, levantada en un llano, á la orilla de un río y sin altura fortificada que la defendiera, como acostumbraban los indígenas á constituir sus primitivos campos atrincherados, debió agruparse alguna pequeña tribu íbera, que con los africanos compartiese la posesión del terreno.

Púnicos.—Pequeño dije de cobre, con un asa en la parte superior, teniendo grabada en su anverso una cara radiada, de frente, semejante á la conocida representación de Baal-Hamón, divinidad solar púnica á la que solía acompañar aparte ó conjuntamente una creciente, símbolo de Tanith, diosa sideral de carácter lunar. Ambas manifestaciones míticas pertenecían á la teogonía cartaginesa, de la que debieron tomarla los libio-fenices de Astapa, dado el punismo de su civilización.

Romanos.

Varios lienzos de muralla.

Un fuste de columna de cinco á seis varas, de muy buena piedra, acanalada y no mal labrada.

Un capitel de otra columna.

Una escultura de piedra representando la estatua gigantesca de Hércules, cubierta la espalda con la piel de león.

Un vaso de arcilla roja encontrado el año de

(1) *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tercera época, año I, núm. 11, Noviembre 1897, Madrid.

1889 en un sepulcro hecho con tejas planas y ladrillos hacia la parte donde está el cortijo de Manuel González. Está formado de barro fino, rojo, mate, y lo decoran molduras, adornos de follaje, cabezas de grifos en el borde superior, y diez figuras en bajo-relieve, mostrando la marca de fábrica C. ASIN, quizás *Ex off. C. ASINii*.

Varios fragmentos de otros vasos de barro cocido, unos con dibujos muy correctos y otros sin figuras.

De tales objetos los cuatro primeros mejor debieron ser cartagineses, puesto que según la más probable deducción Astapa no hubo de volverse á levantar de sus ruinas; pero, aun aceptando que fuesen romanos, como la cerámica de que se deja hecha mención, habría que conjeturar que por allí se estableciera andando el tiempo, y después del 206 antes de J. C., alguna latifundia romana, y á ella pertenecan los restos de edificios, esculturas y cerámica descritos.

Indígenas.—Una piedra terminal que representa un berraco con una concavidad en el vientre.

No puedo haber olvidado que los *toros de Guizando*, como los *berracos de Avila*, que he visto, sin acertar á comprender ni lo que representaban, ni para qué habían servido, han dado ocasión á conjeturas aventuradas, siendo una de tantas, acogida con calor por algunos arqueólogos regnícolas como D. Antonio Delgado, la que supone que estos y otros animales por el estilo representaban un símbolo de raza, que algunas tribus colocaban en los linderos del territorio en que moraban. Semejante opinión no se apoya sin embargo en fundamento sólido alguno, como se comprende á poco que sobre ello se reflexione; cómo se prueba, por ejemplo, que los berracos eran

el emblema de la gente céltica y servían para limitar los territorios ocupados por los celtas?, pues ¿y el cerdo de las monedas de Lascuta, Ostur, Ilipula Halos, y de los celcitanos, que no eran ni celtíberos siquiera? ¿El toro, símbolo de los sirios y de los egipcios?, ¿y Asido, Bailo, Bora, Iporca, Lacipo, Obulco, Sippo, Vesci, Carthago nova y Cástulo, que, siendo ciudades hispanas, los usan en sus piezas acuñadas? ¿El delfín de los tirrenos?, sin embargo Sex, Abdera, Gadir, Carteia, Lacipo, Asido, Alontigi, y Sargunto, de origen fenicio las primeras y griega á lo que se supone la última, lo escogieron para marca de sus acuñaciones. ¿El atún de los fenicios?, ¿y cómo es que no se ven en las monedas de Sidón ni de Tiro, y se encuentran en las Stateras de Cyzico, acuñadas cuando los fénicios aún no conocían las monedas? ¿El lobo de los íberos?, ¿y por qué sólo se encuentra en las monedas ibéricas de Ilerda, sin que nada tenga que ver este símbolo con la loba y los gemelos, Rómulo y Remo, de algunas emisiones romano-hispanas de Itálica? Es más: algunas poblaciones fenicias, como *Sex*, usaron, ya la proa de una nave, ya dos atunes, ya por último el toro parado, indicando las diversas fuentes de riqueza de aquel puerto, la agricultura, la pesca y la navegación, mientras otras, como *Gadir*, adoptaron en sus monedas la cabeza del *Heracles* griego, cubierta con la piel del león de Nemea, siendo muy sabido que en el célebre santuario de Tiro el renombrado *Melckart* fenicio no aparecía representado por ninguna figura humana, sino por dos columnas, la una *de oro* y la otra *de esmeralda*, si se da crédito á Herodoto (1), que asegura haberlas visto, aunque bien pudieron ha-

(1) HEROD., II, 44.

ber sido esmaltadas. La representación de *Hércules*, más tarde romanizado, en las monedas púnico-hispanas, fué debida á los grabadores helénicos, que abrieron las matrices y la tomaron de los anversos del tetradracma de Alexandro, que ya habían aplicado también otros artistas sus paisanos á las acuñaciones púnico-sículas de *Agrigentum* y *Camarina*.

Es curiosa por todo extremo la conocida historia de uno de estos símbolos monetales hispanos. Hay una moneda íbera cuya leyenda equivale á *Orsau*, y una población de la Bética llamada por los clásicos *Ursao*; esta ciudad, tomada por César y arrancada á los indígenas que la habitaban, fué entregada á unos colonos que hablaban la lengua latina, los cuales modificaron el étnico del pueblo haciendo la elisión de una vocal y dejándolo reducido á la forma perfectamente romanizada de *Urso*, habiendo entonces, y no antes, escogido por emblema un oso en pie ó sentado. Al pasar de los siglos vino D. Alfonso X.º, conocido por *el Sabio*, y en su *Crónica general de España* ya no titubeó en afirmar que en aquel territorio eran abundantísimos los osos. En resumen: los historiadores arqueólogos no me parece que hayan aceptado todos como indiscutible que cada raza ni cada tribu hispana tuviese un animal como emblema de su casta, ni menos que los beirracos del centro de la Península simbolizen la gente céltica.

CAPÍTULO IV.—*Autoridades antiguas:*

Tito Livio es la única fuente más genuína de la brevísima historia de Astapa, ó mejor dicho, de la última página de su historia política; desprendiéndose ciertas deducciones precisas de lo que escribe el Paduano, como son:

1.^a Que fué siempre del partido cartaginés, profesando un odio marcadísimo á los romanos, que extremaba llevándolo aun más allá de lo que exigían las necesidades de la guerra.

2.^a Que el espíritu de sus habitantes era más dado á los azares de las luchas que provocaban la sorpresa y el ataque de las caravanas de los descuidados mercaderes, que á las emociones y peligros de los campos de batalla.

3.^a Que ni por su posición ni por sus defensas era Astapa tan fuerte que pudiera inspirar mucha bravura en el ánimo de sus moradores.

4.^a Que los astapenses, al verse amenazados tan de cerca por los romanos, resolvieron morir todos ellos, pegando fuego á la ciudad, que *fué destruída por el hierro y el fuego, sin dejar botín alguno para sus enemigos.*

5.^a Que al entrar los romanos en la población arruinada se asombraron contemplando hecho tan nefando; y al querer algunos de ellos retirar del fuego determinados objetos preciosos, unos perecieron quemados y otros ahogados por el humo.

Appiano, como ya se ha indicado, no hizo otra cosa sino traducir al Paduano, añadiendo una afirmación tan dramática como vana, apropiada á las circunstancias de los tiempos en que escribía, al asegurar que *Marcio, admirando el valor de los astapenses, mandó á sus soldados que se abstuviesen de destruir los edificios; á lo que se ocurre preguntar: ¿qué podía quedar de Astapa, completamente incendiada por sus moradores, para que Marcio diese tal orden? ¿para qué gente podía querer reservar el jefe romano aquella población, si todos sus habitantes habían perecido, y aún no había comenzado la colonización del país por los veteranos licenciados? Las palabras*

de Livio son bien explícitas: *Astapa sine praeda militum, ferro, ignique absumpta est* (1).

Stéphano Bizantino dice únicamente: Ἀστᾶπαι Λιβυῆς ἔθνος. Ἀππιανὸς ἔκτω, ó lo que es lo mismo: *Astapeos pueblos de la Libia. Appiano, VI.º*

Se advierte desde luego que si el Bizantino tomó este apunte del libro sexto de Appiano, debió escribir Ἰβηρίας, *de la Iberia*, que por errata material de algún copista se transformó después en Λιβυῆς, *de la Libia*. No puede aceptarse que semejante genitivo sea de origen, porque no acostumbraba el citado escritor á marcarlo cuando hablaba de los pueblos, sino á indicar dónde radicaba cada uno de ellos, escribiendo primero en su nomenclátor el nombre de la ciudad, luego la región del mundo antiguo en que existía, después el autor del que había tomado la noticia, y por último el étnico con que eran designados los naturales de aquella población.

Autoridades modernas:

Siglo XVI.—*Ambrosio de Morales*, en sus *Antigüedades de las Ciudades de España* (2), escribe: «algo más eficaz es decir Livio que la ciudad de Astapa no era fuerte en su sitio natural, ni estaba fortificada por parte: tal es el sitio de *Estepa la vieja*, que está dos leguas apartada de la villa, que es ahora en la ribera del río Genil, hacia el lugar que llaman la Puente de Don Gonzalo. Allí parecen rastros grandes de antigüedad, y el sitio es llano y bien conformado á lo que Tito Livio dél representa.» Como se ve, Ambrosio de Morales concordó ya la Astapa del Paduano con el despoblado de los Castellares, que en su tiempo se denominaba *Estepa la vieja*.

(1) Liv. XXVIII, 23.

(2) Cap. XXVIII.

Juan Fernández Franco la colocó también á orillas del Genil, en la misma *Estepa la vieja*, de donde supone se trasladó á la moderna *Estepa*, á la que llevaron algunas antiguallas de los Castellares.

Siglo XVII.—*Juan de Mariana* la sitúa á orillas del Genil.

Siglo XVIII.—*Juan Harduino* hace una misma ciudad á *Astapa* y *Ostippo*.

Juan José de Cárdenas acepta la reducción á los Castellares de la *Astapa* de Livio; pero niega que esta última fuese la *Ostippo* de Plinio, que supone en la moderna *Estepa*, contra la opinión de Morales, Franco y Flórez.

Enrique Flórez coloca á *Astapa* en *Estepa*, haciéndola igual á *Ostippo*.

Siglo XIX.—*Antonio Delgado* sigue la concordancia misma de Flórez.

Reinart Dozy hace á *Ostippo* la *Astaba* de los árabes, y la coloca en *Estepa*; pero, con su perdón sea dicho, la forma musulímica *Astaba* pudo mejor haber nacido de la romana *Astapa*, porque las dos labiales P y B tenían una pronunciación muy parecida, como ya lo explicaba Mario Victorino, y por ello sin violencia alguna la *Pilpilis* ibérica se transformó naturalmente en la *Bilbilis* romana, como se observa en las antiguas monedas de esta ciudad.

CAPÍTULO V.—*Etimologías.*

La crítica histórica, como la geográfica, camina á tientas con la abrumadora pesadumbre de las etimologías, que constituyen el gran escollo á que suelen ir á estrellarse los más circunspectos y precavidos, provocando de continuo densas tinieblas cuando se trata de esclarecer alguna obscura concordancia toponímica. No creo que hoy sostenga nadie

entre nosotros que los hebreos llegasen á la Península por lo menos en vida de Salomón, noticia peregrina debida á la conocida inscripción falsa de Sargunto, que se dijo encontrada en 1490, falsificada quizás en el mismo siglo ó en el siguiente por los propios judíos españoles, en la que se daba á conocer que aquel epígrafe tumular, escrito en pésimas letras hebraicas, cubría *el sepulcro de Adoniram, esclavo del rey Salomón, que vino á España á exigir el tributo, que se le pagaba, y murió* (1). Por contra es cosa sabida que el más antiguo monumento genuino de esta gente no sube de los comienzos del tercero de J. C., siendo la lápida sepulcral, descubierta en Adra en el siglo pasado, de una niña hebrea, IVDEA, de dieciséis meses, llamada SALOMO NVLA (2). Pero es que los primeros habitantes históricos de la Hispania fueron los *Cananeos*, habiendo venido después los *Sidonios*, á continuación los *Tirios*, y más tarde los *Cartagineses*, quienes fundaron en estas tierras muchas ciudades, á las que impusieron nombres de los idiomas que hablaban, unidos en estrecho parentesco con el hebreo arcáico, y por eso es el buscar en esta última lengua las etimologías de algunas denominaciones geográficas.

Cierto que Plinio asegura que atraviesa la Etiopía un río denominado *Astapus*, que en la lengua de aquella gente significa *agua que brota de las tinieblas* (3); pero sería aventurado aceptar esta etimología, pues equivaldría á suponer que fueron emigrados etiópitos los fundadores de la ciudad hispana,

(1) CIL, II, 373. *

(2) CIL, II, 1982.

(3) PLIN., *H. N.*, v, 53: *Medios Aetiopas secat cognominatus Astapus, quod illarum gentium lingua significat aquam e tenebris profluentem.*

de que se viene hablando, á la que impusieron la indicada denominación en recuerdo de un río de su país, lo cual sería inaudito. El mismo Plinio ha conservado también en su *Historia Natural* nombres geográficos de localidades que han existido en regiones entre sí distanciadísimas, como *Asta*, ciudad de Italia (1); *Asta-ca*, que lo era de la Scythia (2); *Asta-cum*, que lo fué de la Bithynia (3); *Asta-ces*, río del Pontho (4); *Asta-cenis*, étnico de los Parthos (5); sin que sea cosa fácil determinar á qué raza ó, mejor dicho, á qué idioma pueda corresponder el radical *Asta*, que entra en composición de semejantes denominaciones topográficas, así como en las de otras dos palabras, *Asta-ci*, cierta clase de cangrejos (6), y *Asta-phida*, la uva hecha pasa (7), citadas igualmente por el ya nombrado naturalista romano.

CAPÍTULO VI.—Discurriendo incidentalmente y de pasada, á impulsos de las exigencias mismas del asunto, objeto de la presente monografía, sobre las razas salvajes, que poblaron el país, y los primeros navegantes extranjeros, que comenzaron á civilizarlas, se reproduce el Cuadro sinóptico de las diversas gentes que vinieron ocupando las tierras cispirináticas desde los tiempos más remotos hasta la expulsión de los Cartagineses, tal como aparece en la *Hispania anteromana*, introducción, que precede á

- (1) XXXV, 160.
- (2) VI, 50.
- (3) V, 148 y 149.
- (4) II, 230.
- (5) II, 235.
- (6) IX, 97.
- (7) XXIII, 15. *Uva passa quam astaphida vocant.*—Véase también XXIII, 17.

la exégesis de los *Bronces de Láscuta, de Bonanza y de Aljustrel*. Acontece, sin embargo, que desde la publicación de este libro (1) van pasados diecisiete años, en cuyo no corto espacio de tiempo los constantes trabajos que por especialistas de justo renombre se han venido realizando en etnografía y paleontología, en lingüística y geología, de tal modo han encauzado y dado unidad á semejantes conocimientos, ensanchando los horizontes prehistóricos, que semejante movimiento progresivo en las enunciadas ciencias imponía la necesidad de una revisión de textos y de teorías sobre ellos establecidas, de la que habría de surgir imprescindiblemente el imperioso deber de señalar algunas alteraciones que sería preciso introducir respecto de la manera como se fueron sucediendo las unas inmigraciones á las otras, desde mucho antes del siglo catorce hasta el tercero anterior á nuestra Era, en una serie no interrumpida quizá de dos mil años por lo menos.

Los pasajes que sirvieron de fundamento para determinar en la *Hispania anteromana* la respectiva prelación con que abordaron á estas tierras, entonces aún inhabitadas, los primeros pobladores que en ellas se asentaron, fueron en primer lugar el tan conocido de Varrón, conservado por Plinio el naturalista (2), luego el de Hiempsal traducido por Salustio (3), y por último los dos de Herodoto referentes á los celtas (4).

(1) Málaga, 1881.

(2) PLIN., *H. N.*, III, 8. Marco Varrón refiere que habían venido á toda la Hispania los iberos, los persas, los fenicios, los celtas y los penos.

(3) SALUST., *Iugurt.*, 18. Los medos, los persas y los armenios pasaron embarcados al Africa,—desde la Hispania,—ocupando los lugares más próximos de las costas de dicho mar.

(4) HEROD., II, 33 y IV, 49.

Una serie bastante extensa de observaciones lingüísticas y prehistóricas ha venido sin embargo á demostrar que los vascones precedieron á los íberos en su llegada á la que numerosos siglos después denominóse Hispania (1), sin que fuesen por ello, como se ha pretendido sin razón alguna, los fundadores de las primeras ciudades levantadas en la Península, que de ellos recibieran sus respectivos nombres, puesto que arribaron á nuestras tierras sin conocer otras moradas que las que lograban arrebatarse á las fieras en las cavidades de las montañas, y en un estado tal de incultura que, más de tres mil años después de su llegada, eran todavía sus costumbres las más inusitadas y nunca oídas (2).

En cuanto á los celtas, y por lo que hace á su

(1) Véanse en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*,—año I, núm. 11, Noviembre 97; año II, núm. 2, Febrero 98, y año II, núms. 8 y 9, Agosto y Setiembre 98,—los Estudios epigráficos, que llevan por título *Una inscripción ibérica inédita*.

(2) Deseando no parecer exagerado al hacer semejantes apreciaciones, voy á resumir brevemente lo que de los tales vascos dicen prosistas y poetas romanos del primero al quinto siglo y lo que en el dozavo vuelve á repetirse sobre el inusitado salvajismo de semejante gente.

SIGLO I DE J. C.—Silio Itálico refiere que tres siglos antes de J. C. los vascones, ligeramente vestidos, combatían sin llevar casco en la cabeza.

SIL. ITÁL., *Pun.* III, v. 358; V, v. 197; IX, v. 232; X, v. 15.

SIGLO I DE J. C.—Valerio Máximo cuenta que durante el sitio de Calagurris, 74 años antes de J. C., los defensores, faltos de toda vitualla, no titubearon un momento en adobar las carnes de sus mujeres y de sus hijos más pequeños, que, conservadas en salmuera, se iban comiendo día por día para irse con ellas alimentando.

VAL. MÁX., lib. VII, cap. VI, Ext. 3.

SIGLO II DE J. C.—Juvenal recuerda estos horrores de la antropofagia de los vascones:

JUV., *Sát.* XV, vs. 87 á 93.

SIGLO V. DE J. C.—Orosio, al hablar de la toma de Calagurris,

aparición en la antigua Hispania, nadie puede ignorar que son viajeros griegos, geógrafos ó historiadores, los que dan las mas antiguas noticias de su presencia en esta apartada región del mundo antiguo.

El autor anónimo del periplo de fines del siglo VI.^o antes de J. C., que con el título de *Ora marítima* tradujo en latín mas de 850 años después Festo Avieno, nada dice aún de dichos invasores al ocuparse de las diversas razas que poblaban nuestro territorio; lo cual demuestra que en su tiempo aún no habían franqueado aquellos inmigrantes la barrera de los Pirineos. En el V.^o; pero sólo medio siglo

alude á los *infames alimentos* á que recurrieron los sitiados.

OROS., *Hist.*, V, 23, 14.

SIGLO V DE J. C.—Prudencio trae á la memoria *el brutal gentilismo* de los vascones al derramar sangre, que les debía ser sagrada.

Prudent, Peri-Stephanon, vs. 94, 95.

SIGLO XII DE J. C.—Los Padres Lateranenses excomulgaron á los navarros y vascones por su ferocidad—*immanitas*—contra los cristianos, así como á los que los protegiesen y amparasen.

Concil. Later, ex Conciliis generalibus et provincialibus graecis et latinis, Coloniae Agripinae, 1618, t. III, parte II, cap. XXVII, p. 553.

SIGLO XII DE J. C.—El libro cuarto del código de Santiago, que comprende una especie de Itinerario para los peregrinos que de Francia venían á Compostela, escrito del 1140 al 1173 por un tal Aimery Picaud, y atribuido por algunos al mismo pontífice Calixto II, contiene una descripción tan detallada y minuciosa de los vascos y navarros de la época, pero al mismo tiempo tan estupenda, que no es posible traducirla, sino únicamente citar el pasaje donde aparece en el Ms. original.

Codex S. Jacob. Apost., lib. IV, cap. VII, § V.

Tan extraños detalles de la incivilización siempre creciente de los Vascones desde el siglo III antes de J. C. hasta el XII de nuestra Era trae á la memoria la descripción que de los Fineses hace en el primero Cornelio Tácito con su rebuscada concii-

más tarde, Herodoto deja escritas dos indicaciones no más sobre los tales celtas, que tienen entre sí tan íntima relación, que no es posible separar la una de la otra (1).

De ambos pasajes se deduce que en los tiempos del célebre historiador de Halicarnaso se tenía por cierto que el Danubio, que es el *Ister*, cuyas fuentes brotan en el Gran Ducado de Baden, *nacía entre los Celtas, que eran los penúltimos habitantes de la Europa hacia el Occidente, región bañada por dicho río*, que va á desembocar en el *Mar Negro*. El profesor Hübner me ha hecho notar que tan pre-

sión, tan afectada y antiestética, como todo lo que en arte ó en literatura carece de espontaneidad, revelando á través de su mismo amaneramiento el mecanismo de su artificio; perdóneme sus admiradores.

TÁCIT., *Germ.*, 46: «Los Fineses son de una incomparable fiereza: de una horrorosa pobreza. No tienen armas, ni caballos, ni penates; se alimentan de hierbas, se visten de pieles, se acuestan en la tierra, sin tener otros bienes que sus flechas, que á falta de hierro arman con huesos. La caza alimenta igualmente á hombres y mujeres; éstas con frecuencia acompañan á aquéllos, y cobran parte del botín. Á sus hijos pequeños por todo abrigo contra la lluvia y las fieras los guarecen bajo ramas de árboles entretrejidos, refugio al que acuden cuando son jóvenes lo mismo que cuando llegan á viejos.»

No puede por menos que llamar en extremo la atención que, de tres pueblos que se sabe que en lo antiguo hablaron idiomas aglutinantes, los Medos fuesen en el Asia los depositarios de la mayor civilización de su época, que difundieron á manos llenas, y por contra en Europa los Fineses y los Vascones se conservasen refractarios siempre á toda cultura, llegando los últimos á los tiempos del Rey Sabio tan rudos, que supera á toda ponderación su repugnante barbarie.

(1) HEROD., IV, 49: «*El Ister atraviesa toda la Europa, naciendo entre los celtas, que son los últimos de todos los pueblos de la Europa que habitan hacia el Occidente, si se exceptúan los cynetas.*»

HEROD., II, 33: «*Habitan los celtas fuera de las Columnas de Hércules, vecinos á los cynecios, último pueblo hacia el Occidente de los que habitan la Europa.*»

cisas y claras indicaciones no pueden concordarse con las costas hispanas del Atlántico, asiento primitivo de los Celtas, que vinieron á la Península al principiar el siglo IV.^o anterior á J. C. según el mismo sabio profesor, apoyado en el testimonio de Pytheas, navegante masaliota contemporáneo de Alejandro el Grande (1).

Las breves indicaciones que preceden vienen á alterar el orden correlativo de las invasiones hispanas tal como aparece fijado en el cuadro reproducido de la *Hispania anteromana*, que deberá modificarse en la siguiente forma:

- I. Vascones.
- II. Iberos.
- III. Cananeos.
- IV. Sidonios.
- V. Tirios.
- VI. Griegos.
- VII. Penos.
- VIII. Celtas.
- IX. Romanos.

De estos inmigrantes unos tuvieron desde luego el carácter de pobladores del país, como fueron los Vascones, los Iberos, los Cananeos, los Sidonios y los Celtas, mientras los Tirios, los Griegos, los Penos y los Romanos, en sus principios por lo menos, fueron meros extranjeros avecindados en estas comarcas, atraídos por los pingües resultados que les proporcionaba la agricultura, la industria de las minas (2) y el comercio marítimo, á cuyas respectivas

(1) HÜBNER.—*La Arqueología de España*, págs. 6 y 7.

(2) El ilustrado autor de esta monografía, que ha explorado detenidamente los terrenos que avicinan á Estepa y á Ca-

explotaciones se dedicaban afanosos. Con el transcurso de los años, sin embargo, muchos de los Asiáticos, de los Helenos, de los Africanos y de los Italianos concluyeron por asentarse definitivamente en estas tierras, atraídos por el aliciente de sus grandes riquezas, contrayendo matrimonio con mujeres íberas y renunciando á volver á la antigua madre patria. Las sub-razas *Ibero-fenicia*, *Ibero-helena* é *Ibero-púnica*, que estos cruzamientos debieron producir, no tuvieron un carácter acentuado y divergente del resto de los hispanos, confundiéndose con el núcleo de la población, que pudiera decirse indígena, desde una época anterior en centenares de años á la invasión céltica. Cierto es que Appiano en el II.º de J. C. (1) habla de una gente peninsular que aseguraba se decía *Blastophoenica*, la que, según se refería, había sido traída de la Libia por Hanníbal, tomando de aquí su nombre; pero semejante indicación basta para hacer comprender que en este punto, como en varios otros, el citado historiador griego cometió un error muy perceptible, prestando semejante denominación, no repetida después por clásico alguno, á los conocidos mestizos del África apellidados *Libio-fenices*. Ptolemeo, otro escritor griego de la misma época, nombra *Bástulos pe-*

sariche, conociéndolos en sus menores detalles, me decía en carta particular, que conservo con interés: «En Estepa,—*Ostippo*—á muy corta distancia de la actual población, en las faldas de la Sierra, hay un sitio, hasta el día conocido con el nombre de *Las Minas*, en el cual se descubren restos de antiquísimas explotaciones mineras (sin duda anteriores á los romanos), cuyos restos han sido escorias, crisoles y armas ó instrumentos de piedra. Hé dicho antiquísimas porque los hoy aterrados pozos son muy irregulares, demostrando que los medios de que disponían los mineros eran por demás rudimentarios. En Casariche—*Ventippo*—también hay vestigios de la misma industria.»

(1) APPIAN. *Hisp.*, LVI.

nos (1) á los habitantes de una región especial de las costas del Estrecho, en cuyas playas coloca á *Transducta, Carteia, Malaca, Sex* y *Abdera*, poblaciones que no fueron púnicas, sino de purísimo origen fenicio, por lo que aquellos terratenientes no pudieron llamarse, como indica el mencionado geógrafo, á no ser en época ya muy tardía, cuando se hubiera perdido la memoria de la ocupación de la Bética por las factorías fenicias, en razón del largo período corrido, seis veces secular, y sólo conservara la tradición entre aquellas gentes el recuerdo de las sangrientas campañas de los legionarios italianos contra los mercenarios cartagineses.

Hubo sí una sub-raza africana morando en la Hispania, desde que cesó el predominio fenicio en la Península, cuyos individuos vinieron seis siglos antes de nuestra Era como soldados mercenarios del ejército púnico á defender las factorías tirias amenazadas por los Turdetanos, á excitación de los Helenos, constantes antagonistas de los navegantes Sirios desde que los lanzaron de las costas de la Grecia. Esta sub-raza extranjera fué la de los *Libio-fenices*, ya establecidos en el siglo VI.^o antes de J. C. en las tierras tartesias (2) y considerados como gente feroz, como lo afirma el periplo masaliota traducido por Avieno. Los únicos mestizos de formación verdaderamente regnícola fueron los *Celtíberos*, de los que se conservan no escasas noticias traídas por Posidonio, Strabón, Appiano, Plutarco, Diodoro Sículo, Cicerón, Livio, Justino, Plinio, Floro, Catulo, Lucano, Marcial, Silio Itálico y tantos otros, todas cuyas fuentes han sido reunidas y examinadas con su reconocida competencia por el profesor Hübner en

(1) PTOLEM., II, 4, 6.

(2) AVIEN.—*Or. Mar.*, v. 421.

el importante artículo que con el título de *Celtiberi* ha publicado en la *Nueva Serie* de la Real Enciclopedia de Pauly sobre *la Ciencia de la Antigüedad clásica* (1).

Habiendo franqueado los Celtas la barrera pirenaica al comenzar la cuarta centuria antes de J. C., según Pytheas, bajaron por la *Gallaecia* y la *Lusitania*, ocupando las costas del Atlántico, mientras las poco numerosas tribus íberas que á su paso encontraban retirábanse sin resistencia al interior del país invadido. Al llegar los nuevos inmigrantes á las orillas del *Anas*, hoy el Guadiana, viéronse detenidos por los Africanos, que doscientos años antes habían ocupado la región de *Tartesus* al venir en auxilio de los Gaderitanos (2). De estas sus recientes posesiones ultramarinas habían sacado los Cartagineses no corto contingente de soldados íberos, que en 460 antes de J. C. enviaron con Hamílcar I.º á invadir la Sicilia (3), y natural era que estorbasen á las tribus Celtas todo conato de expansión en la Turdetania, que tenían militarmente ocupada (4). No pudiendo los recién llegados romper las líneas de de-

(1) PAULYS. *Real Encyclopädie der Classischen Altertums Wissenschaft. Neue Bearbeitung. Herausgegeben von Georg Wissowa.*

(2) AVIEN. — *Or. Mar.*, pág. 421. El periplo anónimo massaliota del 530 al 500 antes de J. C. habla ya de los libio-fenices, venidos del África y establecidos en la Península. El primer tratado de alianza entre Roma y Cartago, datando del 509 antes de J. C., marcaba el promontorio *Pulcro* en África como el límite de las navegaciones de los buques romanos.—POLIB., III, 22.

(3) DIOD. SICUL. XI, 1.

(4) Necesariamente el conocido pasaje de Plinio, III, 14, que comienza *praetor haec in Celtica*, y el de Ptolemeo, II, IV, que coloca á *Accinippo* y *Vamá* entre los *béticos célticos*, no se ajustan á la verdad histórica, ni á los monumentos epigráficos y numarios, que han llegado hasta nosotros de épocas tan remotas.

fensa de los Africanos, intentaron penetrar en el centro de la Península avanzando hacia el territorio que se extiende entre el Duero y el Tajo en dirección de sus fuentes, siendo en esta ocasión cuando encontraron á los íberos, que los detuvieron en su marcha con las armas en las manos (1). Aquella guerra, que debió ser encarnizada, terminó con un tratado de paz, que registran los historiadores posteriores, permitiendo vivir tranquilamente á unas y otras tribus el cruzamiento por medio de repetidos enlaces, concertados entre las de los invasores y las de los invadidos. Venía realizándose esta fusión desde hacía poco, cuando en 218 antes de J. C. los Romanos desembarcan en *Emporitón* un cuerpo de ejército, que inició la obra de la expulsión de los Cartagineses de la Península (2), llevada á término en 206 (3) tras doce años de continuas y reñidísimas batallas. Fué después de esta época azarosa cuando poetas y prosistas griegos y romanos comienzan á dar el nombre de celtíberos á los mestizos hijos de Celtas y de Iberos, así como la denominación de Celtiberia á la región en que moraban.

APÉNDICES.

Harduino conjeturó, cómo ya se ha indicado, que la Astapa de Livio fué la misma que la Ostippo de Plinio, del *Itinerario* y del anónimo de Rávena, que escribe *Osipo*; lo cual fué refutado en el mismo siglo pasado por el ilustrado Cura de Montoro comentando á Franco (4).

(1) *Hisp. ant. rom.*, pág. 89 á 106.

(2) Liv., XXI, 60.

(3) Liv., XXVIII, 37.

(4) Liv., XXVIII, 23.—PLIN., III, 12.—*Itin.*, pág. 411, 3.
—RAV., 4, 45, pág. 316, 16.

Juan Fernández Franco (1) dejó escrito lo que sigue: «el sitio de *Astapa* según *Tito Livio* lo entiendo mejor dos leguas de Estepa, en el llano cerca del río Genil, media legua más abajo de la Puente de Don Gonzalo, cerca de las aceñas que dicen del Alcaide, donde he visto los cuadros de las torres y los muros, que muy bien todavía se conocen. Y de este paraje, después de su destrucción y estrago en que los romanos lo dejaron, debiera pasar la *población* al sitio fuerte en que agora se halla la villa de Estepa, y adonde sus piedras romanas y títulos inscripcionados de allí se le transportaron.»

Se distrae por un momento Franco, olvidando que la *población* toda de Astapa murió á mano airada y no pudo trasladarse á ninguna parte.

Fernando José López de Cárdenas (2) lo anota en estos términos: «Astapa, según *Tito Livio* era una ciudad en llano, sin sitio ventajoso y eminente, y de poca seguridad el sitio de la actual Estepa es alto sobre todo su territorio, bien fortalecido y con vestigios de antigüedad el sitio de la actual Estepa, la semejanza de este nombre con el de *Ostippo*, los vestigios que allí hay de antigüedad romana, sus piedras literatas, que no se prueba haberlas llevado de otra parte, y el estar Estepa en el camino de Sevilla á Antequera, donde colocó Antonino á *Ostippo*, son inductivos para acceder á que Estepa fué *Ostippo* mientras no haya pruebas claras y evidentes de otra cosa.»

El ilustrado Cura de Montoro añade también á este propósito (3): «El Licenciado Franco quiere que la Estepa de hoy sea la *Ostippo* de *Plinio* y la As-

(1) *Antorcha de la antigüedad*, §. 69, cap. CX.

(2) *Ibidem.*—Notas, §. 24 y 25, págs. 109 á 111.

(3) *Ibidem.*—Notas, 24 y 25, págs. 107 á 109.

tapa de Tito Livio sin más inductivo que el vestigio del nombre El padre Maestro Flórez conviene con Franco en que Ostippo fué Astapa y ambas Estepa; pero no convienen en la topografía de la antigua, reduciéndola al sitio actual, que Franco con Morales reduce á la orilla del Genil, poco más abajo de la Puente de Don Gonzalo, en la banda contraria ó al Mediodía Con todo, yo no me atrevo á suscribir con el Padre Flórez y con Franco á que Ostippo y Astapa sean una misma cosa, ni menos á que la actual Estepa fuese la antigua Astapa, aunque tengo por verosímil que la antigua Ostippo tiene su topografía en la actual Estepa Que Ostippo y Astapa fueron ciudades distintas se conoce de los diversos autores que en diversos tiempos hablan dellas. Tito Livio habla de Astapa como de una ciudad del partido de los Cartagineses y enemiga acérrima de los Romanos cuya gente indómita, bárbara, rebelde y temeraria tomó el partido de entregarse por sí misma al fuego y á la muerte, antes que entregarse á los Romanos. Plinio habla de Ostippo como de una ciudad libre ó con el honor de la libertad ó autonomía, que supone ser amiga y benemérita del pueblo romano desde sus mismos exordios en la Bética, pues los romanos daban á los pueblos las exenciones, privilegios y tratamientos conforme éstos recibían á los Romanos; donde se colige que hallando á Ostippo con el honor de libre, que consistía en gobernarse por sí, en tener el dominio de sus campos y en no recibir magistrado romano y á Astapa enemiga de los romanos y el objeto de su indignación, es cosa clara que fueron poblaciones diversas

Esta es en efecto la verdadera doctrina del derecho público y de gentes de los Romanos, seguido

generalmente en la conquista de las Hispanias desde los primeros Scipiones hasta Augusto.

Los más autorizados de entre los críticos alemanes que á estos estudios dedican al presente su atención aconsejan á cuantos se ocupan entre nosotros de semejante género de investigaciones que acompañen sus monografías con planos topográficos de los lugares que describan, con vistas fotográficas de las ruinas que examinen y con fotograbados de los objetos de más importancia encontrados en los parajes aludidos y en sus inmediaciones, como son las inscripciones y las monedas, cuando las hay, los objetos de orfebrería y de cerámica que se descubran y por sus caracteres típicos conduzcan al esclarecimiento de alguna duda de interés, como la fijación de un período cronológico determinado de la localidad. No siempre, sin embargo, ni en todas las ocasiones es fácil llenar en España estas indicaciones por completo, ni de una manera satisfactoria; pero, con todo, respecto de los Castellares no se ha escaseado medio alguno con el fin de satisfacer en cuanto ha sido posible á tales extremos. Si bien no ha podido pensarse en levantar plano alguno, ni aun en hacer fotografías de aquella localidad, porque, roturado el terreno y plantado de estacas, después de haberlo limpiado de los más gruesos escombros, sólo presenta tan antiguo villar el aspecto monótono de un olivar incipiente, en cambio la reproducción exacta del plano inédito de la obra del P. Fr. Juan de San Román, *Discurso sobre la República y ciudad antiquísima de Ostippo*, Ms. del 1716, que se conserva en la Biblioteca Provincial de Sevilla, presta gran interés á las apreciaciones topográficas de aquellos sitios. También sobre la historia de sus orígenes ofrecen

elocuentes testimonios las cuatro hachas de piedra pulimentadas, indicadoras, en especial la más pequeña, de un adelantado período neolítico (1), mientras las cuentas y los dijes de un collar antiquísimo presentan pronunciadas reminiscencias del arte asiático, acaso más que del africano, que hubo una época en que no fué sino un trasunto de aquél (2).

Tras estas fototipias, hechas con bastante acierto, viene la reproducción de un recipiente de barro cocido del período romano (3), y del mejor gusto, que cierra la serie de los objetos arqueológicos que al presente se conservan procedentes de aquellos terrenos.

Tal es el resumen más breve y exacto que me ha sido posible hacer del contenido de esta interesante monografía, en la que se examinan las fuentes genuinas de información histórica, que han llegado hasta el presente de los viejos escritores romanos y griegos, así como también las opiniones emitidas por nuestros más preclaros historiógrafos del décimosexto al décimoséptimo siglo respecto de la ciudad de la Bética debelada por Marcio. De todo este trabajo, conducido con sumo tacto, se desprenden tres conclusiones esencialísimas, que son:

1.^a *Astapa* estuvo en los Castellares.

Semejante concordancia, propuesta por Ambrosio de Morales y aceptada por Fernández Franco, es la que reúne mayores probabilidades de acierto.

2.^a *Ostippo* debió ser la moderna Estepa.

Esta conjetura, sostenida con éxito por López de Cárdenas, parece la más segura después del exa-

(1) Lám. 1.^a

(2) Id. 1.^a

(3) Id. 2.^a

men que se ha hecho de las diversas opiniones que sobre el particular se han emitido. No puede ser obstáculo para concordar á Ostippo con Estepa y á Astapa con los Castellares el que este villar se denomine *Estepa la vieja*, porque Itálica se llamó *Sevilla la vieja*, y Acinipo aún se dice hoy *Ronda la vieja*.

3.^a Astapa no fué Ostippo.

Tal afirmación, defendida con acierto por el mismo López de Cárdenas, hoy parece innegable. Los pueblos que desde luego se aliaron en la Hispania con los invasores romanos conservaron después de la sumisión del territorio su carácter de *federados*, como *Malaca*; los que aceptaron de buen grado la intromisión en el país de los conquistadores, á trueque de conservar su independencia, fueron los que, hecha la paz, se dijeron autónomos, como *Ostippo* (1). Los que encerraban dentro de sus muros dos partidos, uno contrario y otro favorable á Roma, al pasar al poder del vencedor, después de castigar éste á los que le habían sido enemigos con la confiscación y la esclavitud, galardonaba á veces á sus parciales con el derecho latino ó con la ciudadanía, como á *Gadir*, elevado á municipio romano. Los que combatieron hasta los últimos momentos encarnizadamente á los invasores italiotas, teniendo á la postre que entregarse á discreción, sufrieron una suerte bien adversa, puesto que sus moradores en general perdían sus propiedades y ellos mismos eran vendidos como esclavos, viniendo á la población rendida gente nueva, extraña al país, en el concepto de colonos *latinos*, ó *romanos*, cambiando desde luego también el nombre de la ciudad repoblada, como aconteció

(1) PLIN., III, 12: «*Oppida libera Astigi vetus, Ostippo.*»

á *Ursao*, llamada después de su conquista Colonia *Genetiva Iulia*.

El argumento capital que demuestra la existencia simultánea de Astapa y Ostippo antes de la segunda guerra púnica es la regla de derecho público romano, observada por aquellos tiempos, de que las ciudades *federadas*, como las *libres*, eran siempre indígenas, siendo semejante categoría antitética al carácter de colonia ó de municipio, encerrado puramente dentro de los límites del derecho administrativo. Astapa, incendiada durante el asedio de Marcio en 206 antes de J. C., siendo muertos violentamente todos sus moradores, pudo salir de sus ruinas reedificada por los mismos romanos, dueños desde entonces en absoluto de aquel territorio, y repoblada por colonos extranjeros, á los que se otorgara al efecto el *ius civitatis* ó el *ius Latii*; pero nunca transformarse después de su renovación en ciudad autónoma. En cambio una ciudad libre ó federada podía por su voluntad trocarse en municipio, como sucedió á *Malaca*, federada en tiempo de Plinio el naturalista y municipio de derecho latino en el de Domiciano.

Pero antes de terminar voy á permitirme hacer algunas indicaciones sobre varios puntos concretos que son muy de tener en cuenta. Primeramente hay que reconocer que los *fenicios* no establecieron en la antiquísima Hispania ni divisiones militares para tropas de ocupación, que no tuvieron, ni tribunales de justicia, porque no vinieron al país en són de conquistadores, sino puramente como mercaderes; por eso tan solo fundaron factorías comerciales en abrigadas ensenadas de los dos mares que bañan las costas de la Hispania, sin conceder preeminencia á las unas sobre las otras, sino teniendo cada cual de ellas la importancia relativa que les daban el lugar en

que se encontraban establecidas y la abundancia de efectos de comercio que á ellas afluían de distintos puntos próximos. Los *cartagineses* se cuidaron principalmente de fijar las estaciones estratégicas en ciudades fortificadas, que debían ocupar las divisiones del ejército de tierra, no pudiendo ser estables, sino amovibles según lo exigían las necesidades de la guerra, así como los puertos de mar que debieran servir de abrigo seguro á sus escuadras. Los *romanos* crearon las capitalidades jurídicas como cabezas de partido en las ciudades que designaban como residencia del *conventus iuridicus*, habiendo sido establecidas las sedes episcopales después de dada la paz á la Iglesia y antes de la entrada de los visigodos en la Península.

Por lo que hace á los *Libio-fenices* y al papel que desempeñaron en nuestra antigua historia, hay que tener muy presente que, como los modernísimos *celtíberos* de la Hispania, formaron aquéllos en el África una sub-raza híbrida, nacida del cruzamiento de dos pueblos extranjeros, que abordaron con un siglo de distancia el uno del otro, á las playas que más tarde se denominaron líbicas. Hacia la época de Setis I.º de la dinastía XIX.^a corriendo el siglo XV.º antes de J. C., llegaron los Libios al África, y, derrotados por el príncipe Rhammsés II, que más tarde ocupó el trono de su padre, se extendieron desde luego por las costas mediterráneas, desde lo que después llamóse Cyrenaica hasta la Syrtis menor en los alrededores del lago Tritón (1). En tiempo de Menesthat I.º de la misma dinastía, hijo de Rhammsés II, se verifica el Exodo en la centuria inmediata. Calculando los años pasados en el Desierto antes que

(1) MASPERO. *Hist. des peuples d'Orient.*, II, 330 á 337.—
LENORMANT. *Hist. anc. de l'Orient.*, II, págs. 243 y 244.

Josué penetrara con los Israelitas en la tierra prometida arrojando á los Cananeos de treinta y uno de sus principados (1), se puede conjeturar que hasta principio del XIII.^o no llegasen aquéllos, conducidos por las naves sidonias, á fundar su primera colonia en el África, no lejos del mismo lago Tritón. Suponiendo que para la hibridación de ambas razas, la libia y la cananea, se necesitasen por lo menos tres generaciones, que representan próximamente otro siglo corrido, no puede pretenderse que antes del XII.^o estuvieran los Libio-fenices en aptitud de enviar colonias á otros países por exceso de población (2). Fundada Cartago en 825 antes de J. C., los tales Libio-fenices constituyeron los más poderosos auxiliares de los púnicos para sus conquistas (3), y cuando, mediado el VI.^o, acudèn á proteger las factorías fenicias de la Sicilia y de la Hispania, llevan en sus ejércitos gran golpe de soldados reclutados de entre esos indómitos guerreros. Los Cananeos por su parte habían abordado á la Hispania, fundando en ella los primeros establecimientos agrícolas hacia el principio del XIII.^o, como los Sidonios, después que en 1209 antes de J. C. fueron expulsados por los Filistinos de su territorio, comenzaron también en estas tierras á explotar los abundantes yacimientos metalúrgicos, cuya riqueza exportaban las naves mercantes de los Tirios, llevándola á los diferentes mer-

(1) JOSUÉ, XII.

(2) Conjetura Movers, sin embargo, que semejante fusión debió realizarse antes, no con los Cananeos, sino con los Hiccos, también fenicios, que dejando á gran porción de su gente posesionada del Egipto, siguieron ellos á lo largo de las costas occidentales, donde comerciaron con los Libios más tarde, en la proximidad al lago Tritón.—MOVERS. *Die Phoenizer*, I, pág. 44 y sigs.

(3) LENORMANT. *Ibidem*, VI, págs. 330 á 337.

cados del mundo antiguo, con los que estaban en estrechas relaciones comerciales.

Por lo que respecta á los *libio-fenices*, después de consignar el padre de la Historia 444 años antes de nuestra Era que los Libios nómadas se extendían por las costas africanas desde las fronteras del Egipto á las orillas del lago Tritón, añadía que hacían sacrificios al Sol y á la Luna (1), y que los Cartagineses los alistaron con los íberos en el ejército que mandaron á Sicilia á las órdenes de Hamílcar (2) en el siglo V.º antes de J. C. Pero el más antiguo geógrafo que de ellos habla fué un anónimo griego, tal vez masaliota, que escribía del 530 al 500 antes de J. C. un periplo, que tradujo en latín diez siglos después Rufio Festo Avieno con el título de *Ora maritima*, en el que se decía (3):

«En Europa se levanta la segunda columna, frente á la otra, y en aquel sitio el río Crisis entra en una garganta profunda. Á uno y otro lado habitan cuatro gentes, que son los *feroces Libio-fenices*, los Marcienos, los Salvicinos, de feraces campos, y los ricos Tartesios, que se extienden hasta el golfo Caláctico.»

Otro autor antiguo del 149 al 92 antes de J. C., también anónimo y griego, que de aquéllos habla, siendo designado en algunas ediciones con el nombre de Scymno de Chío, escribe (4):

«En el mar habitan los primeros los Libio-fenices, colonia venida de Cartago; después ocupan un lugar los llamados Tartesios, á los que están contiguos los Iberos.»

(1) HEROD., IV, 186 á 188.

(2) HEROD., VII, 165.

(3) Vers. 418 á 424.

(4) Vers. 196 á 200.

Por lo que hace á Strabón sólo hay que recordar que asegura «fué tal el dominio de los fenicios en *Tartesus*, que muchas ciudades de la Turdetania y de sus alrededores aun antes del 37 de J. C. estaban habitadas por los tales fenicios» (1).

De todo lo cual parece deber deducirse que los Libios en el siglo V.^o eran todavía en parte nómadas; que habían debido su cultura á los fenicios y cartagineses, de quienes habían tomado algunos mitos siderales de su teogonía oriental; que desde el VI.^o los *feroces Libio-fenices* habitaban ya en la Tartésida, y que fué tan copiosa la inmigración de los Sirios á la Hispania, que dos siglos bien largos después de la expulsión de los Cartagineses de la Península aún quedaban en ella numerosas familias de estos orientales, constituyendo el núcleo de bastantes poblaciones.

El estudio metódico de las localidades más salientes de un territorio cualquiera conduce con sobrada frecuencia al esclarecimiento de detalles históricos y de interés, contribuyendo de continuo á dar facilidades para redactar con mayor suma de datos y más probabilidades de acierto los anales de un país determinadó. Pero para ello se necesita que semejantes trabajos reúnan como circunstancias esenciales, no sólo el examen detenido é imparcial de todos los documentos antiguos y de cuantos monumentos existan ó hayan existido y á tales sitios se atribuyan, sino además su juicio imparcial y sereno, hecho por parte del monografista, que no debe dejarse arrastrar ni por un afecto entrañable ni por una exagerada antipatía de determinadas cosas ni personas, porque son siempre ambas cualidades en-

(1) STRAB., III, 2, 13.

gañosos consejeros. Á todas estas exigencias de la crítica responde la presente Memoria sobre Astapa, á través de cuyas castizas y correctas páginas se transparenta sin rebozo la excesiva modestia del que las escribe, que contrasta de una manera acentuadísima con el arrogante atrevimiento del que estas líneas escribe, al que sólo abona el sincero afecto que profesa al que va á dar á la estampa este nuevo libro, que, no siendo el primero, tampoco es de esperar que sea el último que venga á avalorar su ya larga carrera literaria.

M. R. DE BERLANGA.

Alhaurín el Grande á 8 de Octubre de 1897.

CAPÍTULO PRIMERO

De la ciudad antiquísima, fiel aliada de los penos, han quedado en la Historia, como cosas ciertas, su nombre, su legendario fin y su situación en la Bética. Es hoy dudosa su reducción á un lugar determinado. Permanecen en la más densa obscuridad sus orígenes, su vida anterior al asedio de Marcio y la que acaso después continuara, si nos repugna admitir un instantáneo, completo y absoluto aniquilamiento. Ofrece, por tanto, sobrados incentivos á la curiosidad científica y extenso campo á las investigaciones de los doctos, y constituye Astapa un difícil problema arqueológico que demanda, ya que no para su resolución, para intentarla al menos, poner á tributo conocimientos muy complejos y variados. Nos hubiéramos, por ello, abstenido de plantearlo por elección propia; pero no podemos rechazarlo ni posponerlo desde el momento en que la opinión más corriente y admitida pone la memoria del

heróico pueblo en unos *villares* que se sitúan dentro del término de Puente Genil. Aceptamos, pues, la investigación de cuanto concierne á ese asunto histórico como una imposición de la necesidad, y nos conceptuaremos felices si con el simple trabajo de recopilación que nos proponemos hacer logramos llamar la atención de los eruditos hacia materia tan digna de su atención y estudio.

Poniendo por obra nuestro plan, conviene ante todo descartarnos de una observación que con frecuencia se hace al tratar del fin y término del pueblo antiguo á que dedicamos este trabajo.

Han extrañado muchos escritores que la fama de Astapa quedase eclipsada cuando brilla esplendente la de Numancia y Sagunto, y se preguntan, sin dar con satisfactoria respuesta, cuál ha podido ser el motivo de tan curioso fenómeno. No podemos eximirnos de sentir impresión idéntica á la sufrida por cuantos nos precedieron en esta labor histórica; pero sin pretender (que sería mucha soberbia) haber dado con la razón determinante del hecho observado, creemos que no está ni en la pequeñez hipotética de la heróica ciudad, ni en haber sido escritores romanos los que consignaron el suceso de su trágico fin, siendo Astapa devota fidelísima de los cartagineses (1). No satisface la explicación fun-

(1) LAFUENTE, D. MODESTO.—*Historia general de España*, lib. I, cap. V: «¿Por qué Astapa ha sido menos ensalzada que Sagunto? ¿Será porque la ciudad fuese de menos importancia, ó porque los historiadores han sido romanos y no cartagineses?»

dada en ser ciudad poco populosa, lo primero, porque esto no consta de modo alguno, y es tan sólo una mera suposición, y lo segundo, porque el mérito y la grandeza de la acción moral que había de recordarse es independiente del número y de la calidad de las personas que la llevaron á cabo. Tampoco persuade la segunda explicación, porque la enemistad y el odio de los romanos no fué parte á que omitieran la narración del sorprendente fin de la ciudad enemiga, antes bien lo consignaron con lujo de detalles (1), y esto solo bastaba y se necesitaba para que hubiera quedado impresa en la memoria tan famosa hazaña. De modo que en causa y razón distinta debe buscarse la chocante diferencia entre el culto rendido por la opinión al desesperado valor que demostraron Sagunto y Numancia y el inmerecido olvido en que cayera el indomable de la ciudad andaluza.

Por verosímil tenemos que son dos las causas que han producido ese resultado. Vemos una en la

MORALES, AMBROSIO DE.—*Antigüedad de las ciudades de España*, cap. XXVIII: «Habiendo sido esta ciudad tan insigne como por esta su desesperada braveza parece, es mucho de maravillar cómo no hay mención de ella en ninguno de los cosmógrafos antiguos.»

MARIANA.—*Hist. de España*, lib. II, cap. XXIII: «..... obstinación (la de Astapa) digamos ó constancia no menor que la de los saguntinos, pero oscurecida y casi puesta en olvido á causa de no ser aquella ciudad tan principal y famosa como Sagunto: tanto importa la nobleza del que hace alguna gran hazaña.»

(1) TIT LIVI.—*Ab urbe condita libri*, liber XXVIII.

APIANI ALEXANDRINI, *romanorum historiarum*.—Liber sextus, de rebus hispaniensibus.—Par. XXXIII.

ignorancia del lugar cierto en que estuviera Astapa y no haber población moderna que como propios ostente sus timbres, si es que esa ignorancia es tal como algunos, con los cuales no estamos, la suponen; y hallamos la otra en que al renacer los estudios clásicos, que son los que han divulgado las glorias de la antigüedad, siguieron los modernos á Valerio Máximo en lo de ensalzar con sus ejemplos á Numancia y á Sagunto y en lo de callar el nombre de su igual en heroísmo la bética Astapa (1). El

(1) VALERIUS MAXIMUS.—*De dictis factisque memorabilibus*, lib. III, cap. II.—De fortitudine, cujus exempla externa sunt: «7. Sed Theramenes á literis et doctrina virilitatem traxit. Numantino vero Theogeni ad consimilem virtutem capessendam, quasi magistra gentis sud ferocitas exstitit; perditis namque et afflictis rebus Numantinorum, quum omnes cives nobilitate, pecunia, honoribus, præstaret; vicum suum, qui in ea urbe speciosissimus erat, contractis undique nutrimentis ignis, incendit; protinusque strictum gladium in medio posuit, ac binos inter se dimicare jussit, ut victus, incisa cervice ardentibus tectis superjaceretur: qui quum tam forti lege mortis omnes absumpsisset, ad ultimum se ipse flammis immersit.» Valerio cita á Numancia en otros parajes de su obra.

Ibidem, lib. VI, cap. VI.—De fide pública, quam coluere externi: «1. Nam post duorum in Hispania Scipionum, totidemque romani sanguinis exercituum miserabilem stragem, Saguntini victricibus Hannibalis armis intra mœnia urbis suæ compulsi, quum vim punicam ulterius nequirent arcere, collatis in forum, quæ unicuique erant carissima, atque undique circumdatis accensisque ignis nutrimentis, ne á societate nostra desciscerent, publico et communi rogo semetipsi superjeserunt. Crediderim tunc ipsam Fidem humana negotia speculantem, mœstum gessisse vultum; perseverantissimum sui cultum iniquæ fortunæ judicio tam acerbo exitu damnatum cernentem.»

vulgo aprende de los doctos: si éstos permanecieron mudos, ¿de dónde había de sacar aquél el conocimiento del singular heroísmo de los astapenses?

Sea de ello lo que quiera, el caso es positivo é innegable: la fama de Astapa ni ha eclipsado, ni ha igualado jamás, con ser tan digna de ello, á la lograda por Numancia y Sagunto; siquiera en esta comarca andaluza se haya conservado por constante tradición que más adelante volveremos á recordar.

Dicho lo que creemos pertinente en orden al tenaz olvido en que se tiene á la ciudad amiga de los cartagineses, nos ocurre (por curiosidad que despier ta la lectura de la Historia) preguntar si en la antigüedad fué un hecho demasiado repetido el de la propia destrucción ante la amenaza de la esclavitud del vencimiento, ó si el vulgo forjó una leyenda de esos suicidios de pueblos enteros, y ciegamente la aplicó donde quiera que una valerosa defensa llamó la atención de las gentes; porque en verdad causa admiración que puedan repetirse hechos de esa naturaleza.

Nó: la resolución de los moradores de Astapa no es en la edad antigua caso tan raro é inaudito como á nosotros parece. Dentro de nuestra España, como ya sabemos, no es único, y fuera de ella pudieran citarse otros pueblos que perecieron por manera idéntica, ó, por lo menos, que se dice que así perecieron. Buena prueba tenemos en Mileto, de quien dice Ammiano Marcelino (1) que asediada por

(1) AMMIANI MARCELLINI.—*Rerum gestarum*, lib. XXVIII: «Bello Medico primo cum diripuissent Asiam Persæ, obsidentes

los persas, reducidos sus habitantes á la desesperación, y no teniendo otra esperanza que la muerte en medio de los suplicios, reunieron en montón sus muebles y les pusieron fuego, después de degollar á los seres más queridos, precipitándose todos en la pira donde la patria espiraba. El poeta Phrynico compuso sobre este asunto una tragedia que fué representada en el teatro de Atenas; por señas, según el autor citado antes, que escuchada al principio con aplauso, causó muy luego el desagrado de los espectadores, que juzgaron impropios de la escena aquellos dolores, y que, en vez de un homenaje á la memoria de aquella encantadora ciudad, creyeron ver, como alusión velada, una sátira insultante á la metrópoli por el abandono en que dejó á su colonia.

El mismo Tito Livio refiere como acaecido en ciudad de distinto nombre un caso semejante al de Astapa (1). Los abidenos, dice, sitiados por Filippo, *Miletum molibus magnis, minantesque defensoribus cruciabiles necesse, injesere clausis necessitatem, ut omnes magnitudine malorum adflicti, peremptis caritatibus propriis, projectoque in ignem mobili censu, arsuros se certatim congererent in communem pereuntis patriæ rogam.* Hoc argumentum paullo postea digestum tumore tragico Phrynichus in theatrum induxerat Athenarum: paullis perque jucunde auditus, cum cothurnatus stilus procederet lacrimosus, indignatione damnatus est populi, arbitrati, non consolandi gratia, sed probrose monendi, quæ pertulerat amabilis civitas, nullis auctorum adminiculis fulta, hos quoque dolores scenicis adnumerasse fabulis insolenter. Erat enim Atheniensium colonia Miletus, deducta inter Ionas alios per Nileum filium Cordi (qui fertur pro patria bello se Dorico devovisse).

(1) TITO LIVIO.—Lib. XXXI, cap. XVII: «Abydeni primo, tormentis per muros dispositis, non terra modo adeuntes adi-

intentaron capitular, y, rechazado su intento, llenáronse de indignación y desesperación. Arrastrados, como los saguntinos, por un ciego furor, encerraron sus mujeres en el templo de Diana, los jóvenes y niños en el gimnasio, llevaron al foro la plata y oro, las telas preciosas á bordo de las naves rodias y de Cyzica, é hicieron venir á los sacerdotes y las víctimas y elevaron altares en medio de la plaza.

tu arcebant, sed navium quoque stationem infestam hosti faciebant. Postea, quum et muri pars strata ruinis, et ad interiorem raptim oppositum murum cuniculis jam perventum esset, legatos ad regem de conditionibus tradendæ urbis miserunt. Paciscabantur autem, ut rhodiam quadriremen cum sociis navalibus, Attalique præsidium emitti liceret; atque ipsis urbe excedere cum singulis vestimentis. Quibus quum Philippus nihil pacati, nisi omnia permittentibus, respondisset; adeo renuntiata hæc legatio ab indignatione simul ac desperatione iram ascendit, ut, ad Saguntinam rabiem versi, matronas omnes in templo Dianæ, pueros ingenuos, virginesque, infantes etiam cum suis nutricibus, in gymnasium includi juberent; aurum et argentum in forum deferri, vestem pretiosam in naves Rhodiam Cyzicenamque, quæ in portu erant, congeri, sacerdotes victimasque adduci, et altaria in medio poni. Ibi delecti primum, qui, ubi cæsam aciem suorum, pro diruto muro, pignantem, vidissent, extemplo conjuges liberosque interficerent; aurum argentum, vestemque, quæ in navibus esset, in mare dejicerent; tectis publicis privatisque, quam plurimis locis possent, ignes subjicerent; et, id se facinus perpreturos, præcuntibus execrabile carmen sacerdotibus, jurejurando adacti; tum militaris ætas jurare, neminem vivum, nisi victorem, acie excessurum. Hi, memores deorum, adeo pertinaciter pugnaverunt, ut, quum nox prælium diremptura esset, rex prior, territus rabie eorum, pugna abstiterit. Principes, quibus atrocior pars facinoris delegata erat, quum paucos et confectos vulneribus ac lassitudine superesse prælio cernerent, luce prima sacerdotes cum infulis ad urbem dedendam Philippo mittunt.»

Allí eligieron los que, en el momento de ser tomada la muralla por el enemigo, debían degollar mujeres y niños, arrojar al mar el oro, la plata y las telas preciosas, y poner fuego á los edificios públicos y particulares en muchas partes. Los elegidos se obligaron por juramento, repitiendo las horribles imprecaciones de los sacerdotes, y los que se encontraban en estado de pelear juraron no abandonar la brecha más que muertos ó vencedores. Fieles á su palabra, combatieron con tanto encarnizamiento que, sin esperar la noche, que iba á poner fin á la pelea, Filipo, espantado de aquella desesperación, se apresuró á ordenar la retirada. Los jefes que habían sido encargados del papel más odioso en este sangriento drama entregaron la ciudad á Filipo.

Es siempre el mismo hecho: la ciudad sitiada por los enemigos; la desesperación ante la imposibilidad del triunfo; el juramento de morir antes que ser esclavos del conquistador; la destrucción, para que el botín consista en escombros y cenizas. Así en Mileto, así en Sagunto, así en Astapa, así en Abidos, así en muchos pueblos de lo antigüedad. Es posible que la durísima ley, la condición miserable á que eran sometidos los pueblos vencidos encendiese la desesperación que como causa primera aparece en esas inauditas catástrofes que, por identidad de razón, se repetían en tiempos y lugares distintos; pero ¿no cabe la sospecha, como antes hemos dicho, de una poética leyenda aplicada indistintamente á toda ciudad que bizarramente se defendía? No sería el pri-

mer hecho que viéramos repetir en la Historia sin más variante que la de fechas y nombres.

Descartadas las dos cuestiones que hemos esbozado, á saber, la de singularidad del fin trágico y la que pudiéramos llamar de fama de nuestra ciudad de Astapa, vamos á plantear, ya que no podemos resolver, el problema de su pretérita situación; problema que si en general ofrece el interés propio de toda cuestión relacionada con la geografía histórica, entraña particularmente para nosotros el de afectar directamente á la pequeña patria, á ese pedazo de tierra donde la buena suerte nos dió vida.

Entremos, pues, de lleno en nuestro asunto.

CAPÍTULO II

La ubicación de toda ciudad antigua cuyo asiento no esté perfectamente comprobado es siempre difícil, y en ocasiones casi imposible. Los obstáculos que han de vencerse pueden estar en el objeto estudiado,—insuficiencia de datos conocidos, variaciones y alteraciones producidas por agentes naturales en la localidad de que se trate y otros semejantes,—ó en el sujeto que estudia,—prejuicios, planes preconcebidos, amor patrio, topofilia,—ó en ambas cosas á la vez, en cuyo supuesto la dificultad se multiplica.

Porque esa dificultad y esos obstáculos existen se ignora ó se duda el emplazamiento de no pocos pueblos antiguos, como sabemos hasta las personas menos versadas en esta clase de estudios. La lista de los despoblados que se encuentran en ese caso en España llamaría la atención de nuestros lectores,

y aun sin salir del círculo reducidísimo de nuestra comarca pueden citarse los ejemplos con cansada profusión. *Cedrippo* (1) y *Tispi* (2), cuya existencia patentizan títulos bien auténticos, no puede decirse dónde estuvieran, por más que no se alejen mucho de Estepa y Osuna; *Angellas* (3), la mansión Antoniniana, es disputada por Iznajar á Castillo-Anzur, á quien dan la preferencia los trazados de las nuevas vías; *Ostippo* (4), con forzado razonamiento, fué arrastrado á Teba y sustituido por un *Stipo* imaginario; *Ulia* se ha pretendido que no en Montemayor, sino en

(1) No consta con exactitud el sitio, dentro del término de Herrera, en que se descubrió la siguiente inscripción, que publicó el primero Franco, por haberla visto y copiado en la iglesia de San Sebastián de Estepa, donde ya no parece:

L. CAESIVS.
MAXIMINVS
CEDRIPPONEN
SIS. AN. XXI. HIC.
INTERFECTVS. EST
SIT. TIBI. TERRA LEVIS.

(2) Dos inscripciones, ambas en Osuna, se han hallado de este pueblo, la una en 1874 y la otra en 1876, publicadas por Hübner, núms. 5.443 y 5.447 del C. I. L., y antes por el doctor Berlanga, *Los bronces de Osuna*, pág. 336, y *Los nuevos bronces de Osuna*, pág. 37.

(3) FERNÁNDEZ-GUERRA.—Contestación al discurso de recepción de D. Eduardo Saavedra en la Real Academia de la Historia. Apéndice primero.—Parte española del Itinerario de Antonino Augusto Caracalla.

(4) FERNÁNDEZ-GUERRA.—En distintos lugares de sus obras, y especialmente en cartas al autor, que pueden consultarse en el *Memorial Ostipense*, t. I, pág. 30, y t. II, pág. 281.

Fernán Núñez ó en Montilla, se encuentre; *Cárruca* espera el acaso que asegure su reducción, ya que es sabido el error etimológico que la señaló en las *Marcas* (1); *Munda* ha sido colocada en mil partes distintas...: pero ¿á qué sumar nuevas citas á las anteriores, si el hacerlas interminables es puro trabajo material que sólo exige una mediana atención en la lectura de cualquier nomenclator geográfico?

Hemos querido comenzar con las precedentes indicaciones para demostrar que no nos hacemos ilusión alguna respecto al éxito de nuestros esfuerzos, los cuales podrán, como otros muchos análogos, no ser otra cosa que la equivocada resultante de un recto y honrado deseo, pero que no ha de ser en nuestro ánimo, ni en nuestras prevenciones, ni en nuestros prejuicios donde encuentren la resistencia ni la invencible dificultad.

Comencemos nuestro procedimiento.

Cuatro cosas puede proponerse el arqueólogo tratándose de la reducción de pueblos antiguos á lugares modernos, que son:

I. La ubicación de una ciudad antigua, de probada existencia, cuyo verdadero asiento se ignora.

II. La averiguación del nombre que llevó en su día algún actual é interesante despoblado.

(1) El cortijo de las *Marcas* está situado en término de Estepa, confinando con el de Aguadulce. Fué uno de sus propietarios D. Marcos Sánchez Pléitez; después lo heredaron sus hijas, á quienes del nombre de su padre llamaron vulgarmente *las Marcas*, y de ellas tomó nombre la finca. Contiene *villares* antiguos.

III. La certeza ó error que pueda haber en alguna atribución dada como verdadera, y acerca de la cual haya surgido duda racional.

IV. La conveniente distinción que proceda establecer entre pueblos antiguos del mismo nombre y sus equivocadas reducciones.

Esos cuatro diversos fines de la investigación arqueológica, dirigida en el limitado sentido que hemos dicho, se sintetizan fácilmente en uno solo, que podemos formular de esta manera:

Establecer identidad de lugar entre el que ocupó un pueblo antiguo y el que en la actualidad ocupa un despoblado ó un pueblo de moderna fundación.

Más brevemente:

Determinar, de un modo geográfico, el punto exacto en que tuvo asiento una ciudad antigua.

En todo trabajo de esta índole hay, pues, una incógnita que despejar; un hecho olvidado que restablecer. Esto ha de verificarse, si se aspira al acierto, procediendo con método y sometiendo las pruebas que se obtengan y el discurso que se forme al criterio racional y al proceso lógico. Las vaguedades y las retóricas huelgan: observar, inventariar, comparar y juzgar deben ser las principales operaciones del investigador serio que se proponga algo útil. Se trata, en suma, de allegar datos que sean fundamento de la futura opinión, pesarlos y medirlos.

Las pruebas que deben estimarse son de dos clases:

Materiales.

De razón.

Contamos entre las primeras:

Los datos respectivos á la situación geográfica.

Distancias á pueblos ó sitios conocidos y determinados.

Epígrafes.

Vías.

Monedas.

Monumentos y objetos arqueológicos.

Entre las segundas:

El relato de los geógrafos.

El de los historiadores.

Inducciones y deducciones fundadas en la combinación racional de las pruebas.

En cuanto nos sea posible y nuestro asunto lo consienta acomodaremos nuestro trabajo á ese plan teórico, teniendo presente que el objeto que nos proponemos alcanzar es el de *averiguar la certeza ó error que pueda haber en la reducción de Astapa á los villares de los Castellares, conocidos antes con el nombre de Estepa la vieja.*

Esta reducción ha sido, salvo contadas excepciones, admitida como incuestionable por los anticuarios españoles; pero bastan esas excepciones, basta que alguien haya supuesto á Astapa en Estepa, algún otro en Estepona, y, en nuestros días, un geógrafo insigne en lugar más próximo al Guadalquivir, para que nos creamos en el deber de analizar la cuestión tanto cuanto nuestros escasos medios lo permitan.

Comenzamos nuestra investigación despojándonos de todo prejuicio y procediendo como si jamás hubiésemos creído en esa reducción.

Vamos en busca de la verdad, sea la que quiera, sin pasión de ningún género, ni otro móvil que la curiosidad científica.

CAPÍTULO III

No consta la situación geográfica de Astapa, ni las distancias que la separasen de otras poblaciones. Los autores antiguos, que la mencionaron, no facilitan esos datos. Livio y Appiano dijéronnos su fin, sin preocuparse de otra cosa porque no convenía ó no era indispensable á su plan de historiadores. Después de ellos Stephano, el gramático de Bizancio, le dedica brevísima mención. Á eso se reduce todo. Es en balde que preguntemos á qué grados de latitud estuvo la población famosísima.

Los Castellares, como sitio conocido de los modernos, pueden determinarse exactamente. Distan 59 millas de Granada, 21 de Antequera, 27 de Córdoba, 15 de Écija y 12 de Osuna.

No conocemos ningún epígrafe en que se cite el nombre de Astapa: es estéril, para hallarlo, el estudio de las más completas obras epigráficas.

Inscripciones, no geográficas, sin que expresa-

mente se determinen cuáles sean, se dicen traídas varias de los Castellares á Estepa, y figuran coleccionadas entre las de Ostippo. Fernández Franco escribe á propósito de esto, que «*de este paraje (el de los Castellares), después de su destrucción y estrago, en que los romanos la dejaron, se debería pasar la población á el sitio fuerte en que agora se halla la villa de Estepa, y adonde sus piedras romanas y títulos inscripcionados de allí se les trasportaron*» (1). López de Cárdenas, en sus ilustraciones al mismo Franco, afirma que no está probada esta traslación: «*..... los vestigios que allí (en Estepa) hay de antigüedad romana, sus piedras literatas, que no se prueba el haberlas llevado allí de otra parte...*» (2). El P. Barco confiesa idéntica incertidumbre, inclinándose á suponer hallados en Estepa cuantos títulos á Ostippo se atribuyen (3). Los modernos han seguido una ú otra opinión, sin fundamento aceptable ó sin manifestar alguno; y, por último, el alemán Hübner se contenta con indicar la incertidumbre acerca del lugar en que las inscripciones fueron halladas (4), añadiendo, por referencia á Franco y Morales, que se dice encontrada en *Estepa la*

(1) FRANCO, JUAN FERNÁNDEZ.—*Antorcha de la Antigüedad*, cap. VII, núm. 69.

(2) *Franco ilustrado*, cap. VII, nota 24.—Mucho nos inclinamos al parecer de López de Cárdenas: ¿dónde y cómo consta la traslación de las indicadas piedras literatas?

(3) FR. ALEJANDRO DEL BARCO.—*La antigua Ostippo y actual Estepa*, MS., cap. I.

(4) HÜBNER.—C. I. L., fol. 2, pág. 196.

vieja ésta, vulgarmente conocida por de Annia Lais:

.. M · QVI · EXCOLLE · HS ..
XII EP ... OR PLEBI DATO ... M ...
.. IPI · CIRCEN .. EDI · DEDIT · ANNIA
... LAIS VXOR .. ET HERES EIVS
..... NO (⊙) XX · DEDICAVIT
..... DE PARIVM
..... DO
..... VAM
... D / D

Es de toda evidencia que los epígrafes para nada nos ayudan en nuestra investigación: lo primero, porque no hay alguno que cite el nombre de Astapa; lo segundo, por faltar la certeza de que se hayan encontrado piedras ú objetos literatos en el lugar á que comúnmente se reduce la citada población; y lo tercero, porque, aun en el caso de que algunos de los atribuidos á Ostippo procedieran de los Castellares, ni resolvían ni ilustraban el problema, puesto que todos ellos son de fecha muy posterior á la ruina de Astapa.

Vías.— Actualmente no podemos determinar las que enlazaran á los Castellares con poblaciones antiguas conocidas. Sobre este punto sólo pueden forjarse hoy presunciones, bien inútiles por cierto para el fin que perseguimos.

El estudio de las *veredas*, que suele ser auxiliar poderosísimo para restablecer el trazado de las antiguas vías romanas, tampoco suministra luz suficiente.

Cerca de los Castellares pasan la de las *Huertas nuevas* y la del *Remolino*, sin que su observación conduzca á resultado útil. Es probable, pero nada más que probable, que el mencionado sitio estuviese en comunicación, merced á buenos caminos, con Astigi y Ostippo; pero nada puede afirmarse de un modo concreto y definitivo.

Si prescindimos del estudio de las *vías* sobre el terreno, y las buscamos en los geógrafos, será tiempo perdido el que se invierta en indagar el nombre de Astapa en los antiguos trazados de esos caminos: ni en los Vasos apolinales (1), ni en los Itinerarios de Antonino Caracalla (2) y del anónimo de Rávena, ni en ninguno de los estudios posteriormente, hasta nuestros días, hechos para interpretar y completar aquellos datos, ni en los á este efecto incomparables de D. Eduardo Saavedra, D. Fidel Fita y D. Aureliano Fernández-Guerra, hallaremos el deseado nombre, bien que ese silencio pudiera explicarse por la situación que presumimos de Astapa, apartada de las grandes arterias militares, ó bien por la fecha de su destrucción, anterior con mucho á la formación de los Itinerarios conocidos.

MONEDAS.—No se tiene noticia de moneda auténtica que fuese batida en la ciudad á que nos venimos refiriendo, y en cuyas marcas figurase su nombre. Saulcy creyó encontrarlas, y las clasificó y pu-

(1) Vasos de plata encontrados en 1852 en *Aquæ Apollinares* (baños de Vicarello, Toscana).

(2) Redactado en la primera mitad del siglo III.

blicó como tales numismas de Astapa (1). «Henos aquí llegados (dice al tratar del epígrafe que señala con el núm. 171) á el análisis de una leyenda que se encuentra en multitud de monedas de fábrica evidentemente bética, y cuya interpretación debe por necesidad ofrecer mucho interés.

»Hasta aquí he observado dicha leyenda en las piezas siguientes:

P. B. Cabeza.—R. cerdo y astro, leyenda 171 directa. (Gabinete del Rey.)

M. y P. B. Cabeza laureada, CN. VOC. ST. F.—Reverso.—Puerco, CN · FVL. CN · F; leyenda 171. (Gabinetes del Rey y de M. Rollín.)

GB. Cabeza.—R. Esfinge; en el exergo, leyenda 171, directa ó retrógrada. En algunos ejemplares el exergo lleva L · AP · DEC. (Gabinete de M. Rollín.)

GB. Cabeza, L · AP · DEC · Q.—Rev.º —Esfinge, VRSONE; en el exergo, leyenda 171. (Gabinete de M. Rollín.)

MB. y PB. Cabeza.—R. Toro, media luna; en el exergo, leyenda 171, directa ó retrógrada. (Gabinete del Rey.)

PB y MB. Cabeza, OBVL · NIG.—R. Toro, media luna; leyenda 171. (Gabinete del Rey.)

MB. Cabeza, ASIDO.—R.—Toro, media luna; leyenda 171. (Gabinete del Rey.)

(1) SAULCY.—*Essay de classification des monnaies autonomes de l'Espagne*, Metz; 1840.

»Esta leyenda se presenta en las monedas que acabo de describir, unas veces directa, otras retrógrada: busquemos su valor. Las tres últimas letras son bien conocidas (1) y equivalen á TPE; la primera se encuentra, en una de las variantes, con el mismo sonido de la celtibérica A, y la segunda se asemeja más á la S fuerte del mismo alfabeto celtíbero, por lo que no hay la menor dificultad en reconocer aquí la palabra ASTPE, cuya explicación no ofrece incertidumbre: se trata evidentemente de la ciudad que Tito Livio y Appiano llaman Astapa, y Plinio Ostippo. En el Itinerario de Antonino Ostippo se encuentra colocada entre Hispalis (Sevilla) y Anticaria (Antequera), á setenta y seis mil pasos de la primera y cuarenta y cuatro mil de la segunda. Esta ciudad ha conservado hasta nuestros días un nombre que difiere poco del antiguo, puesto que todavía se llama Estepa, á tres leguas próximamente de Écija, en la comarca de Osuna.

»Las leyendas latinas de las monedas bilingües antes descritas hacen referència á tres personajes romanos desconocidos en la historia: éstos son Cneo Voconio, hijo de Statilio, Cneo Fulvio, hijo de Cneo, y Lucio Appuleyo Décimo: este último usa el título de cuestor. Se conoce á un Lucio Appuleyo Saturnino, hijo de Lucio y nieto de Publio, que se encuentra mencionado entre los cuestores provinciales, año de la fundación de Roma 587; puede que se

(1) Por falta de tipos adecuados no ponemos la leyenda á que Saulcy da el núm. 171, y á la cual se refiere.

trate del mismo; ó acaso, mejor, de un hijo suyo.

»Leemos en las monedas de Astapa los nombres de tres ciudades aliadas; á saber: Urso, Obulco y Asido, la primera al Norte y las otras al Sud de Astapa, resultando colocada ésta en el centro y á corta distancia de sus aliadas.

»En cuanto á la legitimidad de mi lectura, se confirma plenamente por el examen de las numerosas variantes que yo he referido bajo el núm. 171.

»Esta leyenda no podía por menos que excitar la sagacidad de los anticuarios españoles. El primero, Velázquez transcribió la leyenda turdula en cuestión de la manera siguiente: AMPHATS, y en su consecuencia pensó que designaba la ciudad de Amba, en la Bética, que no se menciona en parte alguna, y cuya existencia sin embargo parece probable á juzgar por algunas medallas latinas descritas por Sestini (1).

»Éste parece haber adoptado la explicación de Velázquez, puesto que no ha tratado de buscar otra.

»Erro transcribe como puede la leyenda 171, convirtiéndola en ILIMBELZA, ILIMBAS, ILIMBERITANOS, y la aplica á Lumbier, en Navarra.

»Por último, M. Grotefend (núms. 137 á 142) da una serie de variantes más ó menos correctas

(1) Se refiere Saulcy en este pasaje á D. Luís José Velázquez, Marqués de Valdeflores, y á su obra *Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas que se encuentran en las antiguas medallas y monumentos de España*. Puede verse en las págs. 133 á 135, donde pone la inscripción de este modo: AIMPHA ó AIMPATS, que traduce Amba.

de la leyenda de Astapa, que, por otra parte, deja sin explicación.»

Estudiadas estas monedas por el inteligentísimo D. Antonio Delgado, las estima, al parecer, con fundamento aceptable como de Cástulo. Hé aquí cómo se expresa: «..... las atribuyó Velázquez á una ciudad imaginaria llamada *Amba*, creyendo deber interpretar así los caracteres ibéricos que en ella se ven; Flórez, engañado por la Esfinge, las atribuyó á *Urso*, y Mr. de Saulcy las consideró positivamente como acuñadas en *Astapa*, población antigua de la Bética, hoy Estepa. Nuestra opinión difiere, sin embargo, de todas, pues estamos persuadidos que pertenecen á Cástulo, fundándonos, primero en la identidad de su tipo con las medallas latinas reconocidas y aplicadas antes de ahora á Cástulo; segundo por la interpretación de la leyenda misma, separándonos poco de la que le dió Mr. de Saulcy, pues leemos CaSTuLE, y tercero la procedencia; de la que resulta que cuando se recogen monedas autónomas españolas en Sevilla ó Extremadura están las de Cástulo en la proporción de un cinco por ciento, y cuando proceden de Murcia, Granada ó Córdoba se encuentran en la de un diez por ciento, mientras que en Jaén y en el territorio conocido con el nombre de Mancha baja se hallan en tal abundancia que triplican esta proporción, según la proximidad del punto en que fueron acuñadas» (1).

El P. Flórez, en las adiciones al tomo tercero de

(1) DELGADO, D. ANTONIO.— *Nuevo método de clasifica-*

su obra de medallas, dió como de Astapa, con el núm. 3 de la tabla LX, una cuyo anverso es cabeza desnuda, á la derecha, teniendo delante la leyenda ASTAPA, y al reverso una cabeza de mujer, de frente, con rayos. Es en el día sabido que se trata de una medalla de las fenicias de Málaga, alterada para que resultase la falsificación apetecida, pieza que estuvo en el gabinete del infante D. Gabriel y luego en la Biblioteca Nacional: de ella, determinando la falsificación, da también noticia el Sr. Delgado (1). Esta misma es la descrita por Barthelemy (2) en esta forma:

«ASTAPA (*Estapa*).

» *Types*: Tête jeune de femme de face entourée de rayons.

» *Légende*: ASTAPA.

» *Métal*: Bronze.»

y la que cita Hennin señalándole extremada rareza (3).

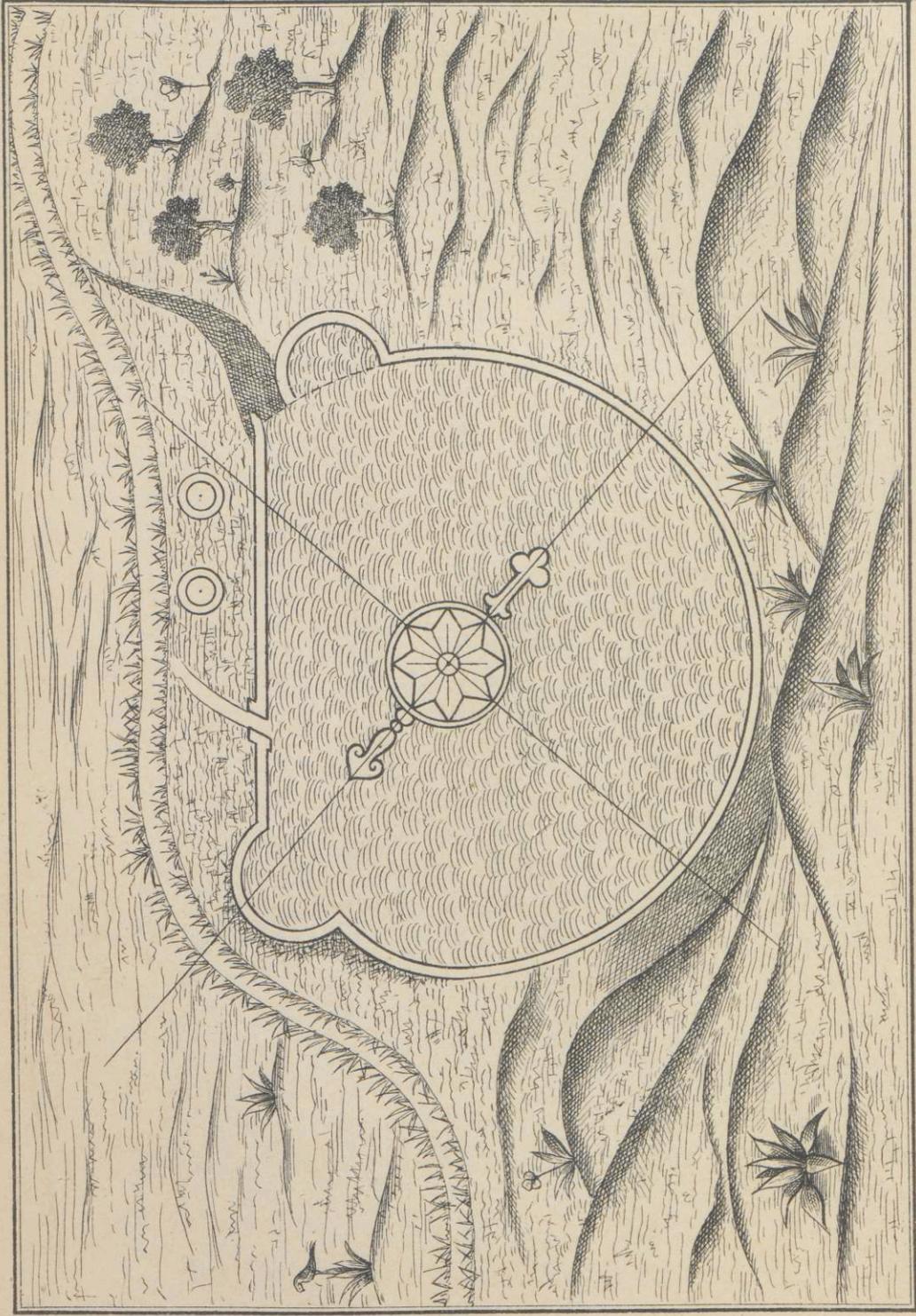
No debe extrañarnos que el yerro de Flórez, debido á su cansada vista, se haya después repetido por otros muchos autores; pero debemos reconocer

ción de las medallas autónomas de España, tom. III, monedas de Cástulo.

(1) ID.—ID., tom. I, Prolegómenos. pág. XXXVIII.

(2) J. B. A. A. BARTHELEMY.—*Nouveau manuel complet de Numismatique*, pág. 73.

(3) M. HENNIN.—*Manuel de Numismatique ancienne*, t. II, pág. 39.



PLANO DE ASTAPA

SEGÚN LO PONE EN SUS *Discursos* sobre la República y ciudad antiquísima de Ostipo
EL P. FR. JUAN DE SAN ROMÁN.

que no poseemos una sola moneda auténtica y reconocida como de Astapa.

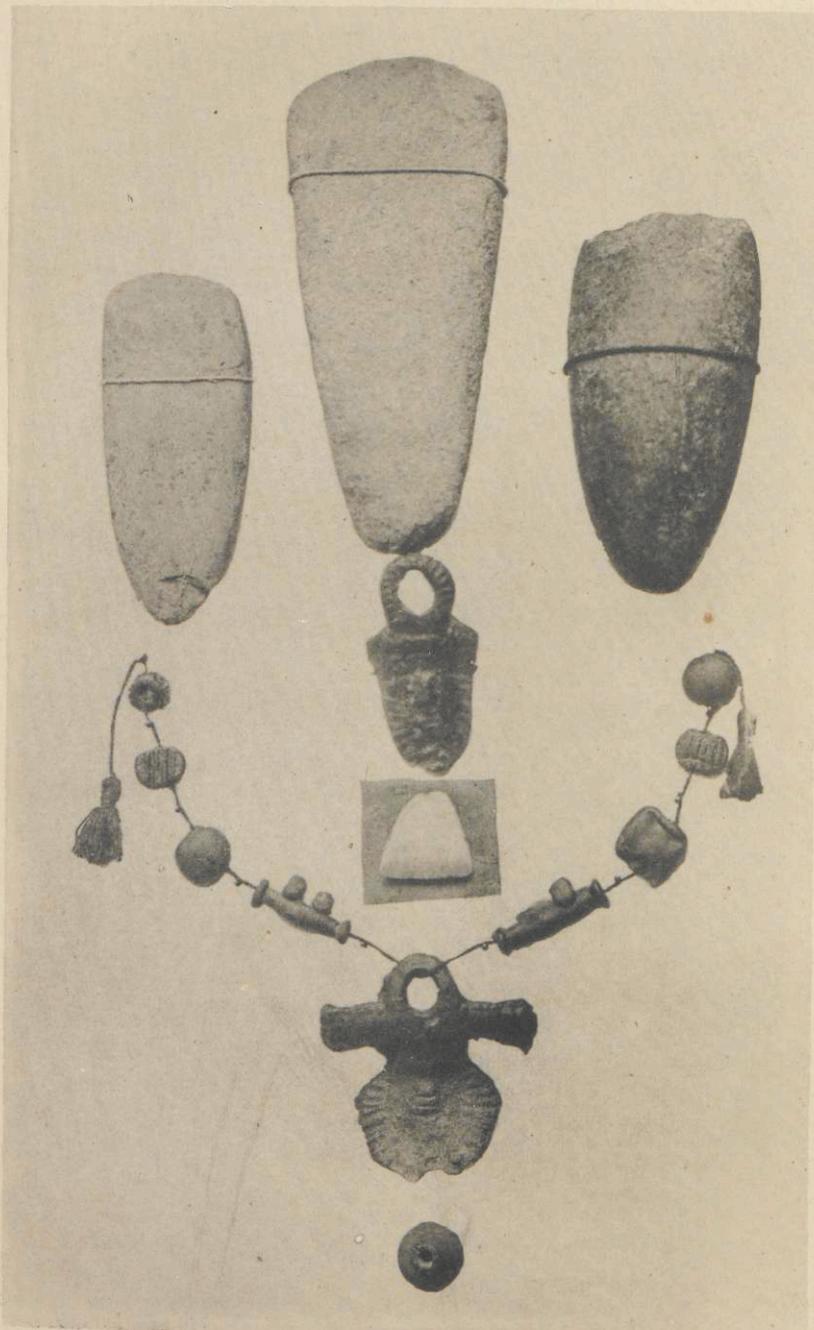
Villares de los Castellares.—Poco tiempo antes de comenzar la impresión de este libro hemos hecho una muy detenida visita al presunto asiento de Astapa, llevados del ardiente deseo de corresponder á las indicaciones de excelente amigo levantando un plano de los *villares* y obteniendo fotografías directas de las ruinas que pudieran quedar. Ni una ni otra cosa fué posible. Nó, el plano, porque en la actualidad en aquel extenso solar, plantado de garrotes de olivo, no se descubren restos importantes de clase alguna, ni más que pequeños trozos de cerámica mezclados con la tierra de labor, y una cantidad enorme de cantos de piedra de las antiguas construcciones, recogidos, muchos de ellos, en majanos que han formado los dueños del terreno para facilitar las labores. Allí no se ven sillares de piedra, ni columnas, ni restos de arquitectura, ni nada más que lo dicho; y en tales condiciones el plano hubiera resultado por completo arbitrario en su forma y contornos, que habrían de determinarse por verdadero capricho de la voluntad más que por indicaciones reales de las que antaño fueron ruinas. No fueron posibles tampoco las fotografías, porque no había objetos de que obtenerlas, como no las hubiésemos hecho de los cortes del terreno, ó canteras, malamente por alguien confundidas con murallas ciclópeas, que jamás existieron en aquellos lugares, ó bien de las eminencias naturales del terreno, que con igual

desierto confundieron con antiguos inexplorados túmulos. Es muy sensible tener que prescindir de estos medios de información y estudio; pero ante todo y sobre todo hay que rendir tributo á la verdad.

La situación de los Castellares, ó, mejor dicho, del villar que lleva ese nombre, es la misma que determinaron los escritores que nos han precedido: un gran llano en la extremidad de un más extenso valle, próximo al Genil, que á gran profundidad y regular distancia le circunda por Oriente y Norte; por este viento el terreno hasta el río forma muy agria pendiente, y por aquél se interponen algunas elevaciones del suelo, quedando limitado el solar por el corte vertical y altísimo de unas antiguas canteras. De modo que por el Sur y Poniente no cabía defensa alguna contra los enemigos, como no se interpusieran las convenientes murallas, y por Norte y Oriente la facilitaba bien el terreno para las necesidades de aquella remota época.

Monumentos y objetos arqueológicos.—Notable variedad de antiguallas han podido observarse ó recogerse en el despoblado de los Castellares. Pertenecen á muy distintas épocas, pero se distinguen con facilidad tres grupos principales: uno en el que predomina el carácter romano, otro en que está fuera de discusión la procedencia lybio-hispánica, y el tercero con marcadas notas prehistóricas.

Del período romano son: la piedra literata cuya leyenda antes hemos copiado; multitud de medallas autónomas españolas, y monedas imperiales y con-



*Hachas de piedra, fáleras y cuentas de collar,
de los Castellares.*

sulares; cimientos de edificios, materiales de construcción, columnas, barros de distinta forma y otras antigüedades de menor estima. Detallaremos lo que nos parece más importante.

I. De las murallas que existieron en los Castellares, cuyos restos no se conservan, hablan distintos autores. Franco dice, refiriéndose á dicho sitio: «He visto los cuadros de las torres, y los muros, que muy bien todavía se conocen» (1). Muñoz de Aguilar escribe al mismo propósito lo siguiente: «Por la parte del Mediodía sólo tiene llanura, que es por donde va el camino á Écija, y allí se reconoce una muralla real, como de una carrera de caballo, que es lo que necesitaba para cerrar, que por todas partes está hoy aún de dos varas de altura» (2). D. Juan Ossorio de Argüelles escribe sobre el mismo asunto: «..... estaba la ciudad bien murada para las máquinas é invenciones de aquellos tiempos: por Levante con unos tajos perpendiculares causados de las canteras que formaban para su construcción; por el Norte con deván ó declinación al río, y á más de su defensa superior ó muralla para su guarda; por el Mediodía y algo de Poniente con muralla de tapias fuertes y un reducto á Levante de este muro, que servía á la puerta y entrada de lá Ciudad Subsisten en el día parte de las murallas de tapia con

(1) FERNÁNDEZ FRANCO, JUAN.—*Antigüedades de Écija y Estepa*, Parte II, cap. VII.

(2) MUÑOZ DE AGUILAR, D. PEDRO.—*Carta á Villacevallos*.—B. Colombina.—MS., t. CXX.

alguna ruina, vestigios de un palacio suntuoso, que dominaba la situación en la cumbre que cae al Norte, como entre celajes se manifiesta alguna dirección de calles» (1).

II. En los Castellares, según Muñoz de Aguilar, se encontró una hermosa columna, acerca de la cual dice así nuestro paisano: «Á la parte de Mediodía, cerca de este sitio, labrando un molino, habrá unos cien años, se descubrió un pozo y en él una columna, que hoy sirve en la cuadra enfermería baja de la Caridad; será de cinco á seis varas, de muy buena piedra, color de pipa de algarroba bajo, declinando á color de pasa, no mal labrada y de un acanalado ó caracolado, lo que da sospechas de haber habido allí algo más que castillo» (2).

Esta columna, que nosotros hemos visto, se destruyó en un incendio que sufrió el local donde se conservaba.

III. Chapitel de una columna, visto en las ruinas de Astapa por D. Juan Ossorio de Argüelles, según consignó en su obra que ya tenemos citada.

IV. Escultura que el P. Barco (3) describe de este modo: «La estatua es de piedra bastante sólida, de color blanco, y algo sucio. El bulto de medio relieve, y por la estatura y dimensiones gigantesca;

(1) ARGÜELLES, D. JUAN OSSORIO DE.—*Recreo histórico y geográfico de la ciudad de Estepa la vieja*, etc.—MS. en poder del autor de este estudio.

(2) MUÑOZ DE AGUILAR, D. PEDRO.—Carta citada.

(3) BARCO, FR. ALEJANDRO DEL.—*Antigua Ostippo y actual Estepa*.—MS.



Vaso dionisiaco.

la piel de león que tiene á las espaldas, cuya cabeza se descubre por cima del hombro izquierdo, claramente se conoce que es simulacro del famoso Hércules. »

Por testimonio de Ambrosio de Morales se refiere el hallazgo de esta antigualla al sitio de *Estepa la vieja*.

V. Un vaso de arcilla roja, encontrado el año de 1889 en un sepulcro con tejas y ladrillos (tegulae), en el sitio de los Castellares, hacia la parte donde está el cortijo de Manuel González. Consérvase en poder del aficionado D. Manuel Pérez de Siles.

Por su ornamentación es uno de los llamados *dionisiacos*; por su ausencia de pintura, de los antiguos; por su marca de fábrica, C. ASIN, romano; por su carácter, estilo y técnica, ya italiano, de los conocidos arretinos, ó acaso más bien de los vulgarmente llamados saguntinos, propiamente tarraconenses (1).

Sabido es que en éstos hay ejemplares muy bellos, con adornos en bajo-relieve imitando tipos del arte greco-romano, como *bacantes* y genios alados, cual precisamente sucede en el que nos ocupa (2).

Está formado con barro fino, rojo, de brillo mate, y lo decoran molduras, adornos de follaje, cabezas de grifo en el borde superior, y diez figuras en

(1) HÜBNER, EMILIO.—*La Arqueología de España*, página 184.

(1) Id.—Obra citada.

bajo-relieve. Su diámetro superior mide 0^m16, el de la base 0^m08, y su altura 0^m11.

Nuestro excelente amigo D. Rafael Moyano y Cruz, en carta que el día 25 de Agosto de 1890 dirigió al Sr. Fernández-Guerra, describía dicha antiqualla del modo siguiente:

«Á mediados de Enero escribí á V. una extensa carta, en que le hablaba de un nuevo objeto encontrado en los Castellares. Hoy le incluyo dibujo de dicho objeto, que es un hermoso vaso saguntino de barro encarnado, cuyo vientre está circundado por diez figuras en relieve que, en mi concepto, representan los sacrificios y ofrendas que en aquellos remotos tiempos se hacían á los dioses por las almas de los muertos.—Una de las figuras arrastra un macho cabrío hacia un altar ó ara, donde otra figura de mujer levanta un paño que cubría el altar. Otros personajes conducen ánforas ó vierten líquidos en jarros que tienen en sus manos; otro, coronado de pámpanos, es portador de un gran plato ó bandeja con frutas; otro con una patera vierte sobre su cabeza un líquido, y otro, en fin, parece está ejecutando un baile, llevando en sus manos, elevadas sobre su cabeza, dos platillos parecidos á los de los músicos. Todos estos detalles, unidos á la forma elegante del vaso, á la media caña que rodea su borde superior, lleno de salientes molduritas, y donde existen contrapuestas cuatro cabezas de grifo, me hacen creer que estos vasos no servirían para los usos comunes de la vida, y se construirían para las sepul-

turas, como hoy se hacen para el mismo fin algunos objetos fúnebres.

• Tal objeto lo considero romano, de época imperial bastante adelantada; y este testimonio, unido á monedas que procedentes de dicho sitio han sido vistas por mí, y que pertenecían á Augusto (30 a. J. C. á 14 d. de J. C.), á Constantino el Grande (306), Valentiniano II (383 á 392) y á Honorio (395-423), me inducen á sospechar con V. que el sitio de la famosa Astapa pudo no ser el de los Castellares, y sí el que V. dice que Tito Livio señala entre la orilla izquierda del Guadalquivir y el río Guadajoz; pues mal se compaginan los datos y fechas que suministran dichos documentos, de tiempos relativamente modernos, con la época de la completa destrucción de dicha ciudad, la cual se llevó á efecto, sin quedar piedra sobre piedra, según los historiadores, el año 208 a. de J. C., mediando desde esta fecha hasta Honorio, que es la moneda más moderna, un espacio de tiempo de 631 años» (1).

(1) No nos detendremos mucho en demostrar lo debilísimo del argumento del Sr. Moyano, si, siendo único y no estando combinado con otros, puede considerársele como tal. Para que tuviera fuerza demostrativa era preciso aceptar el absurdo de que estuviese vedado al hombre vivir y edificar en los antiguos despoblados. ¿No pudo haber en aquel sitio, después de destruída Astapa, población ó *latifundia* romanas? ¿Por qué razón había de estar prohibido á los romanos habitar y labrar aquellos terrenos? El espacio de 631 años es corto si lo medimos por la fecha de las monedas allí encontradas: nosotros las tenemos de los Reyes Católicos, allí recogidas, y otro día serán de D. Amadeo ó Alfonso XII.

Con ocasión de este mismo objeto arqueológico dijimos en nuestro *Libro de Puente Genil*, pág. 61 y siguientes, lo que ahora copiamos:

«Los vasos de barro, que constituyen por sí solos una importantísima rama de la ciencia arqueológica, tuvieron, según su forma, tamaño, pintura y decorado, usos muy distintos, si bien respecto al particular se conjetura más de lo que puede probarse. Los había de uso doméstico, de uso sagrado, decorativos y sepulcrales. Ignórase el motivo que hacía depositarlos en los sepulcros y el fin que con ello se proponían los depositantes, aun cuando algunos autores crean que se debía esa costumbre á la de enterrar con el difunto los objetos que en vida apreció más. ¿Cómo es posible que esa preferencia fuera la misma en todos los que morían? ¿Cómo explicar las coincidencias de número de vasos y colocación de ellos notadas en multitud de sarcófagos? ¿No es más verosímil la idea de que esa colocación obedecía á un rito y á un fin religiosos, enlazados con la posterior suerte ó vida de los restos inhumados? Así lo creemos nosotros, con la ilusión de no ir muy descaminados en este asunto.

»No todas las figuras que contiene el vaso se prestan á una acertada interpretación, porque lo gastado de algunos detalles, precisamente de aquellos que dan carácter y sirven para simbolizar determinadas representaciones, impide la formación de un juicio claro, libre de todo celaje de duda. Bajo el sello se ve un asistente del sacerdote arrastrando un

macho cabrío cogido por los cuernos, y dirigiéndose hacia la segunda figura, que es la del sacerdote ó sacrificador situado cerca del ara. La tercera es un varón desnudo, que derrama sobre su propia cabeza un líquido que le cae por los hombros y pecho. Sigue una mujer en actitud de danzar (*saltatrix?*) Luego una *cistófora* llevando un cofrecillo y un *capís* para las libaciones. La sexta figura es otra mujer, hincada la rodilla en tierra. La séptima es Sileno desnudo, sentado en el suelo, apoyando la barba en la mano derecha: entre sus piernas un ánfora grande derrama el líquido que contiene. Sigue una mujer con unos objetos en la mano que no podemos determinar. Luego una figura de varón, vuelto de espaldas, derramando un líquido en un ánfora, y con un vaso de sacrificios en la otra mano. La última figura es de mujer.

• Como se ve por lo que dejamos dicho, todos los adornos, símbolos y figuras se refieren al culto de Baco, poniendo este aserto fuera de duda el viejo Sileno, el sacrificador que conduce un macho cabrío, el sacerdote, la *cistófora* que lleva el *capís* en la mano y el cofrecillo (*cista*) en la otra, y las danzadoras y bacantes. •

VI. De la misma clase de vasos, procedentes de igual sitio, sin figuras, hemos visto innumerables fragmentos, y entre ellos, por sus dibujos de gusto y corrección extrema, calificamos de más notables cinco fragmentos que guarda el citado aficionado don Manuel Pérez de Siles.

De origen lybio-hispánico, ó, mejor dicho, producto de razas de aquella procedencia, debemos citar:

I. Un pequeño objeto de cobre, en el cual toscamente se representa el Sol. Tiene en la parte superior un orificio que ha servido para suspenderle con una cadenita, cuyo roce ha dejado muy marcada señal. Su longitud es de 0^m055, y su ancho 0^m04. Es adorno que pendía del tocado de las cistóforas dedicadas al culto de Osiris.

II. Otro objeto de bronce, de análoga ó muy parecida forma, que mide seis centímetros en su diámetro transversal por ocho milímetros de grosor. El anverso representa de una manera bárbara un rostro humano orlado de rayos, y en la parte superior de su envés tiene un asa pequeña. Llevado á Madrid por nuestro querido amigo el Sr. Moyano, y examinado por el Sr. Fernández-Guerra, dijo que era una fálera de las que pendían al extremo de las ínfulas que usaban en sus mitras las sacerdotisas del Sol, y redactó la siguiente nota, que copiamos á la letra:

«Las ruinas de los Castellares no pueden sino con reserva atribuirse á la ciudad de Astapa, secuz de los cartagineses y que por ello padeció igual infortunio que Sagunto en aras de la amistad con los romanos. Aún está por evidenciar matemáticamente el nombre de la ciudad que hubo allí, aunque Fernández-Guerra va á ofrecer muy pronto una conjetura á su parecer bastante fundada.

»El objeto recién descubierto en las ruinas es una fálera, ó sea dije propio y distintivo de las sacerdotisas del Sol.

»De los raros tocados que llevaban en la cabeza pendían unas como ínfulas ó cintas muy adornadas, á cuyo extremo y descansando sobre las clavículas aparecía una medalla de bronce igual á la descubierta en los Castellares, la que descansaba en la región clavicular derecha. La fálera ó medalla de la izquierda representaba la Luna, así como esta otra al Sol.

»Estos objetos, que aparecen con frecuencia en España, no se sabía ni qué fueron, ni en qué usos se empleaban; pero el descubrimiento de una magnífica estatua en el cerro de los Santos, al Norte de Yecla en la provincia de Albacete, que enriquece hoy el Museo Arqueológico Nacional, ha venido á resolver el problema.

»Así lo manifestó el Sr. Fernández-Guerra en la pág. 164 de su contestación académica al Sr. La Rada y Delgado (Madrid, imprenta de Fortanet, 1875); libro que lleva al final muchas láminas copia de los objetos encontrados en aquellas célebres ruinas (1).

»El Sr. Fernández-Guerra posee siete de estas fáleras, y ha visto hasta ahora doble número de ellas encontradas en puntos diversos de España. El culto del Sol en nuestra España antigua fué de proceden-

(1) Á propósito de las antigüedades del cerro de los Santos, advertimos al lector profano que se mezclaron muchas falsas á las verdaderas. La estatua en cuestión es legítima.

cia oriental; cuestión que se trata también muy detenidamente en el expresado libro.»

III. Gran piedra terminal, en mal hora deshecha, que representaba un berraco, ó cerdo no castrado, símbolo ó emblema de la gente celta. La certeza de este hallazgo se confirma con la lectura del manuscrito de Argüelles, del que son estas palabras (1): «rodando por su terreno anduvo mucho tiempo una piedra crecida que llamaban el Berraco; tenía una concavidad en el vientre, ó centro, prolongada como depósito de alguna cosa, la que toqué con mis manos y noté su gravedad crecida.» Respecto á este curiosísimo objeto hemos de permitirnos una breve digresión, que podrán aprovechar, si gustan, los aficionados á la geografía antigua para restablecer ciertos límites de territorios célticos.

Por indagaciones que admiten hoy sin discusión los arqueólogos, sábese que en efecto el cerdo es emblema de los celtas, así como el toro lo fué de los turios, el caballo de los cartagineses, el delfín de los tirrenos, el atún de los fenicios, etc. Ha establecido, además, con muchas probabilidades de acierto el Sr. Fernández-Guerra que los pueblos antiguos solían amojonar su territorio con grandes hitos en que esculpían el símbolo indicativo de la raza. Constan, por último, las dudas ocasionadas por el texto de Plinio, el Mayor, al fijar los límites de las *Célticas*; dudas en nuestro sentir ingeniosamente sal-

(1) ARGÜELLES, D. JUAN OSSORIO.—*Recreo histórico*, etcétera, MS.

vadas por el citado académico, restituyendo en el texto del geógrafo romano algunas palabras que supone omitidas (1), de las cuales ya se infiere cuál pudo ser el territorio céltico dentro del convento jurídico astigitano. Pues bien; corroborando las fundadas suposiciones de aquel ilustre maestro y, en nuestro sentir, extendiendo y ampliando un poco los límites que se atribuyeran á la céltica astigitana, debemos observar el hallazgo de esa piedra terminal, celta, en los Castellares, á orillas del Genil; la existencia del nombre, también terminal, de *Burraco* en un cortijo inmediato á Castillo-Anzur; el encuentro de pequeños cerdos de bronce, *objetos que hemos visto*, en el pueblo de El Rubio, y en el de Cerrato, más allá de Campillos. Es de presumir, por tanto, que los confines de la céltica astigitana fuesen desde la Serranía de Ronda, por entre Cerrato y Hortegícar, á un lado de Cañete la Real, hasta Campillos, siguiesen entre Osuna y Estepa, comprendiendo el término de El Rubio, y de allí al Genil por los Castellares, en una parte, y el cortijo de Burraco en otra (2).

Antes de pasar adelante debemos decir que se ha dudado por algunos eminentes arqueólogos de que determinados animales representasen simbólicamente

(1) FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE, D. AURELIANO.—*Dictamen* acerca de la obra de los Sres. Oliver, *Munda Pompeiana*, págs. 22 y sigs.—Madrid, 1866.

(2) El Sr. Fernández-Guerra en su obra *Cantabria* no hace pasar esta *céltica* del partido de Campillos. Consignadas quedan las razones que tenemos para extenderla hasta el Genil.

mente una raza, y por tanto desechan la idea de las piedras terminales. Brevemente expondremos los motivos que en nosotros influyeron para aceptar la idea de los símbolos.

En Varrón (ed. Didot, lib. II, pág. 103) habíamos leído, en el lugar que trata del pastoreo como estado social y de las huellas que dejó impresas en los nombres de las ciudades, de las personas, etc., estas palabras: «..... *et quod aes antiquissimum, quod es flatum, pecore est notatum?*» «¿Nuestra antigua moneda no tiene como tipo una figura de ganado?» «¿No se deben al pastoreo los nombres y sobrenombres de *Porcius, Ovinius, Caprius, Taurius, Equitius*, etc.? Luego, por testimonio de Varrón, la vida pastoril impuso nombre á personas y ciudades, y se tradujo en símbolos grabados sobre las monedas.

En Costa (*Poesía Popular Española*, pág. 225, nota), á quien citamos por no poder permitirnos en este caso erudición de primera mano, encontramos una referencia á J. Lubbock, según el cual «en las cinco partes del mundo se ha registrado el hecho de apellidarse *los individuos, los clanes y las tribus* con nombres de animales y vegetales; y en todas se han engendrado de él costumbres, supersticiones, ritos y creencias, cuyo estudio ofrece no escaso interés para la historia de la civilización. En la América del Norte, por ejemplo, cada clan es conocido por el nombre de un animal, nombre que llevó el primer ascendiente común, y que sirve á sus des-

endientes de nombre gentilicio. Lo propio sucede con las tribus.»

El mismo Costa (obra citada, págs. 236 y siguientes) dice: «Distinguíanse unos de otros estos clanes por un blasón ó emblema gentilicio, lo mismo que las tribus (T. Liv. XXXIV, 20) (1); emblema que, según todas las probabilidades, era la imagen del objeto natural que les prestaba el nombre, *ordinariamente un animal*. Así, la enseña de los arcades ostentaría un oso, la de los táuricos un toro, la de los lopes un lobo, la de los bodónicos un macho cabrío, etc. Tallados groseramente en piedra, servían de *términos* para amojonar las fronteras que dividían unas de otras las behetrías y las gentes; por esto se han encontrado derramadas en tan gran profusión por la Península estatuas de varias suertes de animales. Y como á cada nombre respondían diversas gentilidades ó clanes, un mismo símbolo servía de blasón á dos ó más: lo propio acontecía respecto de las tribus. También los clanes y tribus de Italia tenían sus armas ó emblemas de familia: el de los hirpinos consistía en un *hirpus* ó macho cabrío, los picentinos un *pico* (Pius Martius), etc. La costumbre de tomar por blasones figuras de animales no es priva-

(1) Copiamos por nuestra cuenta la cita de Livio, que nos parece se referirá á estas palabras: «*Quorum ubi arma signaque Lacetani cognovere; memores, quam saepe in agro eorum impuna persultassent*», etc. De las cuales efectivamente parece deducirse que había emblemas, símbolos, *signa*, que representaban á cada pueblo, y por los cuales se diferenciaban y unos á otros se conocían.

tiva de este ó aquel pueblo, sino común á todos en los orígenes de la civilización; sirvan de ejemplo, aun en nuestra época, los clanes y las tribus indígenas de África, América, Australia é India central, las cuales se apellidan tribus del mono, del cocodrilo, del búfalo, del elefante, del león, del puerco-espín, del oso, del lobo, de la lechuza, de la anguila, de la tortuga, etc. Por lo demás, no es fácil adivinar si, como se ha observado en estos pueblos bárbaros y en otros de la antigüedad, el respeto al *totem* ó emblema se había metamorfoseado en una de tantas manifestaciones del culto naturalista, ó si daban con él testimonio de creencias emparentadas con la doctrina de la metempsícosis.»

Villa-amil y Castro (*Boletín de la Sociedad de Geografía*, Agosto de 1878) estima que son monumentos geográficos las esculturas de animales encontradas en España; y E. de Mariátegui (*Los toros de Guisando*) se inclina á creerlas piedras de término regional.

Del Sr. Delgado vamos á copiar su terminante opinión (*Nuevo método de clasificación de las Medallas autónomas de España*, t. I, Proleg., par. XI, pág. CLXII y sigs.): «En las monedas autónomas españolas es frecuente encontrar grabados cuadrúpedos, aves, peces, reptiles y otros emblemas. Hemos creído *siempre*, y con más razón creemos ahora, que si esos tipos ó símbolos tuvieron algunas veces una significación relativa á las deidades de la mitología, sirvieron también como emblemas de ra-

zas ó como armas de las ciudades antiguas... Que por medio de estos emblemas se distinguieron entre sí los pueblos antiguos, es una suposición fundada: y además, que la denominación de aquellas gentes era muchas veces la misma del emblema de su enseña, es punto averiguado, según lo demostraremos. » Y con efecto, á continuación, probando lo que dice, llama la atención de los lectores acerca de que el cerdo ó jabalí aparece en pueblos de la alta Cataluña dedicados á la granjería de esos animales, notando la singularidad de indicar á gentes de distinta procedencia, cerritanos y tsurdaones, á los que esa industria agrícola dió nombre, puesto que *gentes de cerdos* quiere decir uno y otro apelativo; llegando á sospechar Delgado *que ambos tuviesen origen celta*. Igual símbolo encuentra en un pueblo *celta* de la Galia aquitánica, en *Celti* de la Turdetania, en *Osturium*, que estima situada *en territorio céltico* de la Andalucía, etc. De igual modo encuentra fundamento para creer que el toro fué símbolo de los turios, el caballo de los cartagineses, y así de otros pueblos. No debemos callar la cita que Delgado hace á Bochart, quien á su vez se remite á Plutarco en la vida de Sila. De igual modo, conviene tener presente que Fernández-Guerra invoca el testimonio de Strabón al formular su hipótesis de las piedras terminales.

Ahora bien; ¿no hubiera sido mucho atrevimiento olvidar todos esos testimonios para rechazar una idea que está, á lo que creemos, comúnmente admitida entre los arqueólogos?

Volviendo á la enumeración de algunas antigüedades cuya atribución corresponde al despoblado de *Estepa la vieja*, citaremos como de época prehistórica varios instrumentos de piedra del período neolítico, entre los cuales recordamos un hacha negra, otra de calcedonia con dimensiones de 4 por 3 centímetros, un pedazo de otra, y una de jaspe lidio que mide 13 por 6.

Tales son los monumentos y objetos arqueológicos, pertenecientes á los Castellares, que á nuestro propósito conviene dejar apuntados.



Después de escrito el capítulo que precede, hemos adquirido, en el mes de Noviembre de 1895, una piedra con un fragmento de inscripción ibérica inédita. Fué hallado este epígrafe en tierra de los Castellares por Baltasar Gutiérrez, quien lo trasladó á un cortijo de su propiedad, en el partido del Charcón, no lejos del lugar del invento. Si nos es posible, daremos en esta monografía representación gráfica de la piedra, y la interpretación que merezca de personas competentes.



Piedra ibérica de los Castellares.

CAPÍTULO IV

Después de haber pasado revista á las pruebas materiales de haber existido una población antigua en el sitio por muchos asignado á la antigua Astapa, y de estimarlas como útiles indicios, siquiera por sí solos no nos hayan podido traer el convencimiento de tal correspondencia, hemos ahora de examinar aquellos autores antiguos ó modernos que conceptuamos más importantes, entre los conocidos por nosotros, que se han ocupado de la famosa ciudad, ora para narrar su fin, ora para situarla, ora para dar cuenta de sus antiguallas; es decir, que por exigirlo así nuestro estudio; no clasificaremos ni distinguiremos los geógrafos de los historiadores y arqueólogos ó anticuarios, proponiéndonos solamente averiguar las distintas opiniones emitidas acerca de la buscada y hoy controvertida reducción, y los fundamentos en que cada escritor se ha apoyado. Hé aquí, pues, el conciso resumen que hemos hecho:

Titio Livio.—El gran historiador augústeo dedica á la expugnación de Astapa los capítulos 22 y 23 del libro XXVIII de su conocidísima obra. Estudiado su relato en orden á la fijación del lugar en que vivió la ciudad heroica, parécenos que sólo suministra estas indicaciones:

Primera. Astapa estuvo situada en el territorio que se extiende á la orilla izquierda del Guadalquivir, puesto que Marcio lo pasó viniendo de Cástulo: *Marcus superato Baete amni, quem incolae Certim appellant, duas opulentas civitates sine certamine in deditionem accepit. Astapa urbs erat...* etc.

Segunda. Ocupaba Astapa un lugar que no era fuerte ni por su situación, ni por las defensas de la ciudad, desventaja que suplían sus moradores con el valor: *nec urbem aut situ aut munimento tutam habebant, quae ferociores iis animos faceret;...*

Tercera. El ejército romano desde Astapa marcha hacia Cádiz, y de allí á Cartagena.

Cuarta. Los astapenses fueron siempre del partido cartaginés.

No encontramos en Livio, ó no acertamos á ver nosotros en su historia, ninguna otra idea utilizable en el especial sentido en que le estudiamos.

Appiano.—Después de Tito Livio, menciona el suceso de Astapa el historiador Appiano, que figuró como administrador del Egipto en tiempo de Antonino Pio (150 de J. C.). De su relato estimamos útiles las siguientes conclusiones, que son, en parte, las mismas antes apuntadas:

Primera. Los astapenses fueron siempre del partido cartaginés y enemigos de los romanos.

Segunda. Los romanos llegaron á Astapa desde Cástulo, y después hicieron su camino al Estrecho y á Cartagena.

Ningún otro hecho concreto, ningún otro dato que conduzca á la buscada solución nos parece que se encuentra en este autor.

Esteban de Bizancio. —Este conocido gramático escribe á propósito de nuestra buscada Ciudad estas palabras: «*Astapaei, populi Libyae, Appianus VI.*» Ya los primeros editores del *Stephanus*, comentando este pasaje, hicieron ver que Appiano en el capítulo XXXIII de su libro sexto se expresa muy claramente hablando de Astapa como ciudad hispana del partido de los cartagineses, sitiada por Marcio, lugarteniente de Scipión; y, de consiguiente, que se había equivocado el bizantino al afirmar que, según el libro sexto de Appiano, los astapeos eran gente de la Libia, debiendo decir de la Iberia; pero si entendiésemos el brevísimo texto de Esteban en el sentido de señalar nó el sitio donde radicaba la ciudad de Astapa, sino el origen de sus pobladores, entonces no habría que corregirlo, y resultaría expuesta con toda claridad la procedencia africana de los astapenses. Podíamos leer entonces el citado pasaje de este modo: «*los astapenses, citados en el libro VI de Appiano, eran gente de la Libia.*»

Nos inclinamos á esa interpretación, que se armoniza con lo que creemos realidad en este asunto,

y que es al mismo tiempo más verosímil y racional, porque ó Stephano no leyó el libro sexto de Appiano, en cuyo caso no sabemos cómo pudo citarle, ó si le leyó no pudo decir cosa tan contraria á la verdad como aquella que se le atribuye.

Ambrosio de Morales.—Este célebre cronista, nacido en 1513 y muerto en 1591, al escribir respecto á Astapa, sin afirmar nada de un modo terminante, inclínase á la opinión de que hubo de estar en *Estepa la vieja* ó los *Castellares*, declarando que el vencimiento de su ánimo á la expresada solución lo motiva el sitio del citado despoblado. Hay que notar, por ser cosa importantísima, que la persuasión común en tiempo de Morales ponía en Estepa á la famosa Astapa, por la semejanza del nombre, ayudando esta conjetura con la de haber pasado Marcio el Guadalquivir viniendo de Cástulo.

D. Modesto Lafuente.—Acepta, sin discutirla ni ponerla en duda, la opinión de que Astapa fué en el sitio de los Castellares.

El P. Juan de Mariana.—Da como cierta la opinión de situarse á orillas del Genil el pueblo que buscamos.

Ldo. Juan Fernández Franco.—Creyó este ilustrado anticuario, como Morales y otros muchos, que la Astapa de Livio se situó á orillas del Genil en el sitio de *Estepa la vieja*, si bien, por honrar á Estepa con timbre que no necesita, forjó la hipótesis de que la población antigua se trasladó adonde hoy la nueva, é insinuó el hecho, no comprobado, de que

algunas antiguallas descubiertas en los Castellares fueron transportadas á Estepa.

López de Cárdenas, conocido por *El Cura de Montoro*.—Está conforme con Morales y Franco en cuanto á la ubicación de Astapa en las orillas del Genil y sitio ya mencionado repetidas veces, separándose de aquellos escritores y del P. Flórez con razones potísimas en cuanto á la pretendida é inadmisibile identidad de Astapa (los Castellares) y Ostippo (Estepa). Así puede verse en sus curiosísimas notas á la obra de Franco.

El P. Enrique Flórez.—Identifica Astapa con Estepa en su obra *España Sagrada*; pero en la de *Medallas* rectifica su opinión.

El P. Fr. Alejandro del Barco.—Coincide en un todo con las opiniones del Cura de Montoro.

D. Juan Agustín Ceán Bermúdez.—Siguió servilmente á Franco, sin estimar ó sin conocer las ilustraciones de López de Cárdenas.

Fr. Juan de San Román.—En su libro *Discursos sobre la república y ciudad antiquísima de Ostippo, y su fundación segunda*,—1716, MS. en la Biblioteca Provincial de Sevilla,—se muestra partidario de la opinión de Franco. No transcribiremos cosa alguna de este autor en el lugar correspondiente de este estudio, porque, sobre no contener nada nuevo, es de pesada lectura.

D. Antonio Ponz.—Coloca la púnica Astapa en Estepona, bajo la fe de su palabra, puesto que no razona su dicho.

Lafuente Alcántara.—En su notable *Historia de Granada* acepta sin crítica la idea de D. Antonio Ponz, siendo de notar como cosa extraña este hecho, lo uno, por ser gratuita la hipótesis del célebre viajero, y lo otro, porque el Sr. Lafuente tuvo á mano y cita los mejores autores, con cuyo estudio pudo evitarse ese error, quién sabe si acariado para atribuir al territorio á que se refiere su libro el famoso suceso de Astapa, ó si cometido por apartarse de caminos trillados en busca de peligrosa originalidad.

R. Dozy.—En sus observaciones geográficas, ocupándose de la transcripción árabe de los nombres latinos, fija algunas reglas, y al citar como ejemplo el nombre de *Ostippo* (Estepa), dice que fué en árabe *Astaba*.

D. Antonio Delgado.—Ocupándose de la medalla falsificada que se atribuyó á Astapa, identifica esta ciudad con la actual Estepa. La misma idea repite al tratar de las monedas atribuidas al citado pueblo antiguo por Mr. de Saulcy.

D. Francisco Fernández y González.—Pertenece al número de los muchísimos autores que sitúan á Astapa no lejos del Genil, ó sea en el despoblado de *Estepa la vieja*. No da fundamento á su opinión, porque la emite de un modo puramente incidental. Puede verse su obra *Primeros pobladores históricos de la Península Ibérica*.

Emilio Hübner.—Admite como la más probable la opinión de Harduíno, de ser una misma Astapa

y Ostippo; expresa ser ésta la mejor conjetura que se deduce de la narración de Livio, é indica que la variación de vocales de uno á otro nombre es semejante á la que se observa en el nombre de Indibilis, comparados los textos de Polibio y Livio.

D. Aureliano Fernández-Guerra.—Hemos, de propósito, dejado para la última la opinión de este nuestro ilustre y cariñoso amigo, por ser la más reciente y por ofrecer originalidad, no enteramente voluntaria, sino apoyada en racionios inducidos del estudio profundo de Livio. Es de sentir que la necesidad nos fuerce á exponer ahora é impugnar más adelante un juicio que no se ha publicado, al menos con el aparato de erudición con que su autor le da fuerza. Consta en una interesante monografía inédita, donde el ilustre académico hace el estudio de la obra de Tito Livio bajo el punto de vista geográfico, monografía que generosamente nos fué comunicada, después de habérsenos anticipado por carta su contenido respecto al particular de la ubicación de Astapa.

Cree el Sr. Fernández-Guerra, si nuestra memoria no es infiel, puesto que no tomamos apuntes de nuestra lectura:

Primero. Que Astapa se situó en la Bética, pasado el Guadalquivir, no lejos de éste, hacia el río Guadajoz.

Segundo. Que no debió estar, por consiguiente, en el despoblado de *Estepa la vieja*, ni menos en Estepa.

Tercero. Que es decisivo en esta materia el razonamiento de que Cástulo era el centro, el cuartel general de las fuerzas romanas, como antes lo fuera de las cartaginesas. Desde allí se ordenaban las operaciones militares; y no debió, por ello, encontrarse Astapa tan apartada cuanto fuera necesario para ponerla á orillas del Genil.

Sentiríamos no haber reflejado con fidelidad el pensamiento del citado maestro, por lo mismo que no hemos de darnos por convencidos de su conclusión. Conste nuestro temor y el propósito de rectificar cualquier involuntario error en que hayamos incurrido.

*
* *

El resultado que nos ofrece la lectura y estudio de los autores que hemos enumerado en cuanto á opiniones claramente manifestadas respecto á la situación que tuviera la buscada ciudad de Astapa, es el que sigue:

Sitúanla en Estepona los Sres. D. Antonio Ponz y D. Miguel de Lafuente Alcántara.

Entre el Guadalquivir y el Guadajoz, D. Aureliano Fernández-Guerra.

En Estepa ó *Estepa la vieja*, confundiendo algunos evidentemente una con otra, pero aceptando los más la idea de ser el despoblado á orillas del Genil que hoy llamamos los Castellares, Ambrosio de Morales, Franco, López de Cárdenas, Flórez, Ma-

riana, Barco, San Román, Ceán Bermúdez, D. Modesto Lafuente, Delgado, Hübner, Fernández y González, y un sinnúmero más que en tratados de historia y geografía han seguido esa versión como la más acreditada.

Tócanos ahora decir lo que pensamos acerca de este problema geográfico.

CAPÍTULO V

Apenas si merece examen la opinión que reduce á Estepona el lugar de la antigua Astapa. Ni su autor adujo fundamento alguno en que apoyarla, ni es fácil adivinarlo. La situación, las distancias entre Cástulo y la ciudad enemiga de los romanos, las indicaciones de Livio, todo, en fin, salvo el remoto parecido de nombre, desautoriza afirmación semejante. Se trata de una idea, si no caprichosa, por lo menos enteramente gratuita, á la que no puede concederse valor alguno mientras tanto los que hayan de mantenerla no nos digan las razones que para ello hayan tenido.

No acontece igual con la sustentada por el señor Fernández-Guerra, producto de un punto de vista especial de la guerra púnica y de un cálculo acerca de los movimientos de las fuerzas beligerantes. Si mal no recordamos, nuestro ilustre amigo y maestro supone á Cástulo centro de operaciones milita-

res, de los cartagineses primero, y de los romanos después: hace converger á ese centro las miras de uno y otro partido: supone en sus capitanes el deseo de poseer y asegurar los lugares comarcanos ó, al menos, no muy apartados; y de esas suposiciones, y de ese punto de vista de la campaña, induce que Astapa no pudo estar muy alongada de Cástulo, y que si bien para buscarla, porque lo dice Livio, hay que pasar el Guadalquivir, no puede ser más allá del espacio que limita el Guadajoz (1).

Siempre que nos apartamos en materias geográficas de la opinión respetabilísima del Sr. Fernández-Guerra sentimos desconfianza casi invencible hacia nuestras opiniones, y sólo nos atrevemos á emitirlas por no violentar nuestra conciencia con afirmaciones de que no esté convencida. Tal sucede en este caso.

Nosotros, sin negar que Cástulo tuviera la excepcional importancia que se le da, y sin oponernos á que las miras de los romanos fuesen las de asegurar los puntos estratégicos cercanos, no encontra-

(1) En carta fecha 7 de Enero de 1890, dirigida al señor Moyano, escribía el académico ilustre estos párrafos:

«No sé por qué se extraña V. de que en la sepultura antigua hubiese una moneda de Constantino.

»Estudiados atentamente los Códices de Tito Livio, se adquiere pleno convencimiento de que Astapa no pudo estar á la banda izquierda del Genil, sino entre la del Guadalquivir y el río Guadajoz.

»El día menos pensado parecerá en los Castellones una inscripción diciéndonos qué población hubo allí.»

mos oposición entre esas ideas y la de que Astapa estuviese en el despoblado en que se la ha creído á orillas del Genil. Seguimos en su relato á Livio, y vemos que los romanos, *después de pasado el Betis, tomaron sin lucha dos poderosas ciudades*: es decir, que después de pasado el río se apartaron lo bastante, algunas leguas cuando menos, para ocupar dos ciudades que se entregan. Ahora bien; ¿qué tiene de extraño que andada parte de la distancia al Genil, cuando no los separaba de él más que una jornada, sabedores de la enemiga que les tenían los astapenses y de las fechorías de que les acusaban, se dirigiera Marcio á castigarlos? Veintisiete millas dista de Córdoba el despoblado de los Castellares: el ejército de Marcio había adelantado buena parte de ese camino al ocupar las dos ciudades no nombradas: ¿qué razón hay tan poderosa para que no escarmiente á los astapenses, de los que recibe quejas, y que viven de sus últimas posiciones á la distancia de una jornada militar? Confesamos con toda franqueza que no se nos alcanza la imposibilidad de que esto sucediera, y que, antes por el contrario, nos parece muy razonable y verosímil.

Nótese que Tito Livio no hace menuda crónica de los sucesos, ni los sigue día por día, ni marca todas las distancias, sino que refiere los hechos de más bulto sin cuidarse de esas nimiedades, que, ó no se contenían, ó no quiso tomar de las obras y documentos que sirvieron de fuentes á su Historia. Así es que desde Astapa nos lleva al Estrecho y á

Cartagena, que ni están cerca de Astapa, ni menos de Cástulo.

Téngase presente, por último, que los argumentos fundados en cálculos estratégicos no tienen verdadera importancia para el estudio que hacemos, porque cuando Astapa fué debelada la guerra púnica había concluído en España, y de lo que se trataba era de imponer un castigo á las ciudades que se habían aquietado más por miedo que por afecto á los romanos, y que habían procedido antes con culpable conducta para con ellos: así Illiturgis, Cástulo, Astapa y otras. No inventamos nada: transcribimos sencillamente el texto de Livio: *Hispaniae sicut á bello punico quietae erant, ita quasdam civitates, propter conscientiam culpae, metu magis, quam fide, quietas esse apparebat: quarum maxime insignes et magnitudine et noxa Illiturgi et Castulo erant* (1). La guerra, pues, había concluído en España: tratábase sólo de castigar con dura mano á los pueblos que más simpatías demostraron á los cartagineses; no había para ese fin que tener en cuenta las distancias; y como quiera que Astapa se había señalado por las que estimaban culpas los romanos, se decretó su castigo, y hubo de ejecutarse sin que para ello influyera su distancia á Cástulo.

Pero, aun bajo el punto de vista del arte militar, hay un hecho que sin duda no tuvo presente el señor Fernández-Guerra, y que priva de toda fuerza á su argumentación. Si Astapa no pudo estar en los

(1) LIVIO.—Lib. XXVIII, cap. XIX.

Castellares por la lejanía de este sitio respecto de la antigua Cástulo, centro estratégico de los romanos, pudo, dentro de ese raciocinio, estar en dicho sitio por su proximidad á Osuna, *también centro de los romanos*, y este es el hecho, probado en los historiadores, que no apreció nuestro inolvidable amigo al emitir su juicio. En vez de extractar por cuenta propia á los antiguos escritores, preferimos, para probar lo que hemos dicho, copiar los siguientes párrafos de otro ilustre escritor (1), acerca de los cuales, y en el orden de ideas que nos hemos propuesto, llamamos muy especialmente la atención de nuestros lectores:

«Como es por demás sabido, Gneo y Publio Scipión fueron los primeros capitanes romanos que invadieron las Hispanias después del desastre de Sanguento por los años 218 al 217 antes de J. C. (2). Haciendo de Tarraco el centro de sus operaciones militares en diversas campañas, vinieron ocupando las tierras españolas desde allende el Ebro hasta las fronteras de la Bética. Cuando los fríos del año 212 al 211 antes de J. C. obligaron á cartagineses y romanos á buscar el abrigo de los cuarteles de invierno, aquéllos se retiraron á la Turdetania, y éstos, divididos en dos cuerpos de ejército, se dirigieron á Cástulo (Cortijo de Cazlona) el que Publio mandaba, encaminándose el que obedecía á Gneo

(1) RODRÍGUEZ DE BERLANGA, D. MANUEL.—*Los nuevos Bronces de Osuna*, págs. 28 y sigs.

(2) LIV., 21, 32 y 22, 22.

á un pueblo que Appiano llamó *Orcón* (1), y que el Dr. Hübner refiere á Urso (2). En otro libro he significado (3) que dudaba de esta concordancia, porque el indicado pueblo, habiendo sido de los turdetanos, estaba dentro de las líneas cartaginesas y se encontraba en extremo distante de Cástulo, que era de la Turdulia, haciendo imposible dicha lejanía los movimientos combinados de ambos cuerpos en un momento preciso. Esta dificultad táctica se aumentaba entonces dadas las condiciones del país en el que ambos Scipiones venían luchando, no sólo contra los soldados de Cartago sino también contra los guerrilleros del país, que ora se daban por amigos, ya se mostraban indómitos adversarios de los nuevos invasores.

• Separados entre sí á tamaña distancia, ambos hermanos quedaban expuestos á ser cortados por los enemigos y á otros infinitos azares de la guerra, que tan expertos militares debieron prever y evitar. Por otra parte, la facilidad con que al inaugurar la campaña siguiente, en cuyos comienzos ambos Scipiones perecieron, lograron reunirse sin que ninguno de los tres cuerpos del ejército cartaginés, que estaban no lejos de ellos, procurara estorbarlo, y lo inmediato de Urso á Gades, centro poderoso del punismo hispano, inducían á creer que Gneo se acuarteló más cerca de Cástulo, y no en un país

(1) APP.—*De Reb. Hisp.*, 16.

(2) C. I. L.—II, pág. 191.

(3) BERLANGA.—*Los Bronces de Osuna*, pág. 64.

en que hubiera estado cercado de enemigos (1).

»Sin embargo, á semejantes razones se opone otro texto del mismo Appiano, que no deja lugar á duda. Cuando Viriatho traía acosados y vencidos los ejércitos de la república por los años 143 antes de J. C., el Senado dió el mando de las legiones que operaban en las Hispanias á Fabio Máximo Emiliano, y cuenta aquel historiador griego que el nuevo capitán entró en la península ibérica al frente de quince mil infantes y dos mil caballos, llegando hasta *Orsón*. Considerando que sus soldados eran bisoños, no juzgó prudente atacar desde luego al enemigo, y, en tanto que se instruían y acostumbraban á los combates, se fué á *Gadir* á hacer un sacrificio á Hércules (2). Vuelto al cuartel general, y cuando lo estimó oportuno, inauguró la campaña, en la que venció á Viriatho y puso en dispersión á los suyos, retirándose terminada aquella á Corduba (3). Indudablemente, pues, la *Orsón* de Appiano que figura en la historia de la conquista de España por los romanos, poco antes de la muerte de Publio y Gneo Scipión, y después en la época de Viriatho, es la *Osuna* de nuestros días.»

(1) Véase Tito Livio desde el libro 21 al 25, en la parte relativa á las diversas operaciones militares llevadas á cabo en las Hispanias desde el 218 al 212 antes de J. C.

(2) APP.—*De Reb. Hisp.*, 65. El estrecho que dice el mismo texto que pasó Julio Máximo para ir de *Orsón* á *Gadir* no es el de Hércules, sino el brazo de mar que separa la isla de Cádiz del continente.

(3) APP.—*De Reb. Hisp.*, 65.

Rogamos antes á nuestros lectores que se fijasen en los párrafos copiados, y ahora repetimos la advertencia para que no pase desapercibida la semejanza de argumentación entre las empleadas por el Sr. Fernández-Guerra y el Sr. Berlanga, y para que se note cómo, á pesar de la innegable fuerza de las razones de arte militar que el último expone para no separar dos cuerpos de ejército romano tanto cuanto media de Cástulo á Osuna, tiene sin embargo que rendirse ante la evidencia y claridad del texto de Appiano. Hay para explicarlo todo satisfactoriamente un algo importantísimo no bien estudiado, ni remarcado. Ese algo es el cómo y por qué, lo mismo en el año 211 que en el 143 antes de J. C., es decir en un período de más de medio siglo, es Osuna elegida por dos veces, que sepamos, como cuartel general de los romanos.

Por lo que hace á nuestro propósito, la proximidad de Astapa á Urso, cuartel general romano, explica suficientemente su debelación, sin tener que apartarla de las orillas del Genil, donde todo como vemos concurre á situarla.

Creemos, pues, que respetando cuanto merece la opinión del Sr. Fernández-Guerra, no incurrimos en temeridad al apartarnos de ella y al no considerarla como definitiva ni convincente.

Todas las demás opiniones se reducen á una sola, puesto que sus variantes son ocasionadas por la confusión artificiosa ó inconsciente de los nombres de Estepa y *Estepa la vieja*, siendo esta última el

despoblado de los Castellares. Esta reducción, admitida por la inmensa mayoría de los geógrafos y anticuarios, es la que como más verosímil sustentamos; y por ello daremos cuenta de sus fundamentos.

Éstos son, según los autores que ya conocemos:

Primero. El de haber pasado Marcio el río Bétis para venir á Astapa; lo cual hace desde luego, sin vacilación, ponerla en la banda izquierda de dicho río.

Segundo. La semejanza que se encuentra entre el nombre de Astapa y el moderno de Estepa, que invita á situar el antiguo pueblo no muy lejos de ésta.

Tercero. La existencia de un despoblado llamado *Estepa la vieja*, que es donde hoy dicen los *Castellares*, á orillas del Genil.

Cuarto. El convenir la situación de dicho despoblado con la clase de lugar que Livio asigna á la ciudad de Astapa, que no era fuerte por naturaleza ni por sus defensas.

Quinto. El común sentir de las personas entendidas, confesado por Ambrosio de Morales, con referencia á su tiempo.

Sexto. La no existencia de otro lugar alguno, ni despoblado, en quien concurran las circunstancias necesarias para la reducción de Astapa, ni que á su favor ostente prueba alguna, ni aun indicios de haberlo sido en la antigüedad.

Tales fundamentos hemos de confesar que no son bastantes para sentar una afirmación rotunda,

ni para sostener que hay evidencia ni certeza absoluta de lo que pretendemos sea verdad en esta materia; pero no podrá negarse que mientras la impugnación no se cimente algo más que hasta ahora, habrá que reconocer como muy probable, por las razones ya dichas, que Astapa estuvo en los villares próximos al Genil.

Á lo escrito por Ambrosio de Morales y Franco poco en verdad puede añadirse, y eso poco suministrado por adelantos de la Ciencia que corresponden á tiempos muy posteriores. Procuraremos alegarlo para robustecer la hipótesis más aceptable que hasta el presente se ha ofrecido como resolución del interesante problema geográfico que nos ocupa.

Lo que en primer término debe fijar nuestra atención al objeto que hemos dicho es el nombre de la Ciudad, dato importantísimo que en éste como en otros muchos casos puede arrojar alguna provechosa luz. Confesamos nuestra incompetencia en estas cuestiones filológicas, pero la reconocemos incontestable en los autores de que nos hemos valido y en las personas á quienes hemos consultado.

Que Astapa no es nombre latino parece afirmación sin réplica, puesto que esa ciudad existía mucho antes que los primeros romanos pusieran el pie en la Península. No es tampoco nombre griego, porque ni en estos lugares, que sepamos, fundaron los pobladores de aquel origen, ni los léxicos de esa lengua ofrecen vocablo en el que de un modo convincente se halle el origen etimológico del de Asta-

pa. En el hebreo encuéntrase algo, pero no todo lo que se requiere para dar por cierto el origen: ese idioma tiene la raíz *schatáf, se effudit, largiter fluxit*, y además, *inundavit, redundavit*, y el nombre *schétef effusio, inundatio*, cuyas significaciones podrán acomodarse á nuestra idea, pero no del modo directo que pretendemos. Á otras lenguas, pues, hay que ir en busca de la etimología del nombre de Astapa. «El pueblo hebreo, nos dice nuestro amigo el docto D. Francisco Rodríguez Marín, ni ninguno de sus congéneres dominaron en España; las etimologías hebraicas de palabras españolas datan de época muy posterior á la civilización cristiana, y en esta clase de disquisiciones, en el hebreo se suelen hallar *parientes colaterales* de nuestras voces, pero no la ascendencia *directa*.»

En las lenguas primitivas, de origen ibero, *Ast* significa agua, y también lo que brilla y refulge; de donde á Venus se llamó *Ast* y *Ast-as*. Confirma esto lo que se lee en Plinio (1), hablando del *Astapus*: «*Cognominatur Astapus quod illarum gentium lingua significat aquam e tenebris profluentem... circa clarissimam earum Meroem. Astabores sacro alveo dictus, hoc est, ramus aquae venientis e tenebris, dextro vero Astusapes, quod latentis significatio adiicit.*»

Choca bien pronto á la imaginación el significado en las lenguas iberas de la raíz *Ast*, y lo que en el hebreo expresan las palabras que antes consigna-

(1) PLINIO.—*Historia Natural*, I-V, cap. X, pág. 4.

mos. Parece, pues, indudable que ya en esas lenguas, ya en otras anteriores de que ellas se derivasen, *Ast* es agua, río, corriente que desde lejos fluye, y otros parecidos significados á que pueda dar origen la asociación de ideas. No debe maravillarnos, por tanto, que muchos ríos llevaran nombre cuya raíz es la repetida *Ast*. Además del *Astapus* que Mela llama *Astapes* y otros *Astapo*, *Astasobas*, *Astusapes*, hoy Nilo oriental, en la Etiopia, recordaremos el *Astaces*, en el Ponto, el *Astelephas*, en la Cólquide, el *Asteriön*, en el Peloponeso, el *Astura*, en el *Lacio*, el moderno *Astara*, que desemboca en el Caspio, el antiguo *Astura* en España, y otros que harían demasiado larga esta mención. Muchos son también los nombres de islas, costas, ensenadas, etcétera, que comienzan con la radical *Ast*, significando agua, así en la antigua como en la moderna geografía: la más sencilla ojeada á léxicos ó diccionarios convence de ello.

No podemos ocultar, ni debemos negar, que hay filólogos que dan á la raíz *Ast* el significado de roca; pero son tan concluyentes y tan innegables los otros significados que dejamos apuntados, que no vacilamos un instante en interpretar por ellos la palabra *Astapa*. Bien podemos, por consiguiente, suponer en el idioma de los ibero-batistanos ó mastienos, como quiere el Sr. Fernández y González, el origen directo de dicho nombre, y admitir que significa «agua que fluye de las tinieblas», ó bien admitir que significando *ipo*, *ibo*, *ipa*, ciudad, puede

traducirse *Ast-apa*, «ciudad del agua», ó, mejor, «ciudad del río» (1).

Vamos aún más lejos. Admitamos, si se quiere, que *Ast* signifique roca. Si seguimos el sistema de interpretación del eminente filólogo Sánchez Calvo podemos ver en las tres letras finales de *Ast-apa* la onomatopeya de la expiración, y en ese caso traducir dicha palabra de este modo: «soplo de la roca», «lo que sale y fluye de la roca», «río», en suma; ó, lo que es lo mismo, localizando en este caso las palabras y su significado, el Genil naciendo de Sierra Nevada, como expiración, como líquido alieno de aquellas abruptas cimas.

De todas suertes, sea la que quiera la significación que se adopte, lo indudable es que la palabra *Astapa* es inseparable de la idea de río ó agua (2), obteniéndose de este modo, sin más que el estudio etimológico del nombre, un nuevo y poderoso fundamento para suponerla situada en los Castellares.

Refuézase esta idea con otras no despreciables consideraciones, que establecen íntima relación en-

(1) Según Humboldt (*Recherches*, p. XIII, págs. 24 y 25) las voces *Astigi* y *Astapa* se derivan de *Asta*, que cree forma del *aiz* guipuzcoano, del *ach* vizcaíno y del *haitz* laburdano que significa roca.

(2) Sin que nos dejemos arrastrar por lo imaginario y caprichoso, ni demos, pues, á los hechos más valor del que legítimamente merezcan, no deja de ser casualidad interesante que en la inscripción ibérica por nosotros descubierta, y á la que consagraremos un apéndice en este estudio, se lean ó hayan creído leer los eruditos las palabras *kaia*, puerto, y *kaioa*, gaviota.

tre la *Astapa* bética y el nombre del río africano ya citado. Éste se llamó *Astapus* ó *Astapas*, y Nilo, sabiendo ya por Plinio que se le apellidaba así para expresar que su agua fluía de las tinieblas, ó, lo que es lo mismo, que sus fuentes eran desconocidas. Pues bien; del Genil, en cuya ribera la común opinión sitúa la ciudad de Astapa, pudieron así mismo ignorar las fuentes aquellos remotos pobladores.

Si la especie tiene algo de cierto, se ve que desde muy antiguo se estableció una estrecha relación entre los dos nombres, el africano y el bético; lo que demuestra, en apoyo de nuestro pensamiento, que no se vacilaba respecto al lugar á que correspondía en nuestra región la ciudad de Astapa. No serán tan livianas estas ideas, cuando han influido en el ánimo del sabio orientalista D. Francisco Fernández y González para que sin dudar coloque Astapa junto al Genil, recordando que éste nace en la laguna de Bacares, ó sea que tiene origen que fué desconocido, como significa el tantas veces citado nombre antiguo (1).

Más aún: no lejos de Astapa se encuentra la ciudad de Écija, que indudablemente fué la célebre *Astigi* ó *Astagi*, cabeza de su convento jurídico, y en ese antiguo nombre surge de nuevo la raíz *Ast* y el concepto de río, entendiendo el Sr. Fernández y González que parece designar «dos ríos ó corrientes de agua», alterada la pronunciación de *Astabi* ó *As-*

(1) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, D. FRANCISCO.—*Primeros pobladores históricos de la Península Ibérica*, pág. 252.

ta-ni, expresando, según esto, que la primitiva *Astigi* se situó donde confluían dos ríos ó corrientes de agua. Pudo esto ser si en efecto *Astigi vetus* llegó á estar entre el Genil y algún afluente; y puede también, á lo cual nos inclinamos, que signifique la terminación *igi* lo que la conocida de *ugi*, sede, colonia, en cuyo supuesto *Astigi* vale tanto como «sede ó colonia del río», lugar donde aquella raza inmigrante fijó su capitalidad. Abona esta existencia de un pueblo de igual origen que el de Astapa, de nombre con radical idéntica, y de situación perfectamente conocida, la hipótesis de que éste—Astapa—se situó en el despoblado que ya conocemos á orillas del Genil.

La influencia de la misma invasión africana pudiera señalarse en los nombres de *Asta*, *Astigi*. *Astapa*, *Stippo* (1), *Ostippo*, *Tispi* (2), etc., todos pertenecientes á una no muy extensa región próxima al Genil, y en los cuales, ó en sus originarios, late la misma raíz que en Astapa; nuevo fundamento para mantener la memoria de ésta donde el común sentir de los doctos la ha puesto.

(1) En el supuesto caso de que algún epígrafe nuevo demostrara la existencia de este pueblo que el Sr. Fernández-Guerra situaba en los alrededores de Estepa, apoyándose en inscripciones mutiladas que tenemos por indudables de *Ostippo*, á saber: la de G. OLVS-SECVNDVS, la de Q. F. MACROBIVS, y la que vió Siruela en el Moralejo, y se refería á restitución de términos en los campos decumanos.

(2) Dos epígrafes, como ya hemos dicho, revelaron la existencia de este pueblo no lejos y en los alrededores de Osuna. El

Con los racionios que preceden se combina el no menos importante que puede inducirse de los vestigios de antigüedad remotísima descubiertos en los Castellares, y sobre todo lo de más indiscutible importancia, el epígrafe ibérico, y el adorno de una sacerdotisa dedicada el culto del Sol, demostrativo este último de que existió dicho culto en los Castellares, así como en Écija, y acusando el origen africano de aquellos antiquísimos pobladores.

Tal vez pudiera decirsenos que contraría algo la pretensión del origen africano el hallazgo por nosotros apuntado de una piedra terminal de la gente celta; pero esta observación no tiene la fuerza que primero, hallado en 1873, publicado por Berlanga y después por Hübner, es éste:

.
AELIA APRA
TISPITANA
SACERDOS · PER
PETV ... \ ..AIT AN
NIS XXXV MENS
V · DIES XXVIII P · I · S

El segundo, encontrado en 1876 y publicado por los mismos señores, dice:

D ♂ M ♂ S ♂
G ♂ NV MI VS
TITICVS · TISPIT
ANNO ♂ XXX ♂ PIVS
IN ♂ SVIS ♂ H ♂ S · E · S · T · T · L

aparenta. Lo primero, porque á los celtas se han atribuído, en obras muy estimadas, monumentos y objetos que hoy se inclina la Ciencia á creer pertenecen á primeros pobladores históricos procedentes de África: lo segundo, porque no está bien averiguado ni determinado lo que hemos de entender por gente celta, ni su origen y procedencia, todo ello obscuro y conjetural; pues vemos que mientras unos dan ese nombre á determinados pobladores por consideración á la raza, otros se lo dan en orden á la situación de sus poblados, entendiendo por celta el que vivía en sierras ó alturas, y en tanto que hay autores que señalan su ruta por el Norte de la Península, no faltan los que ponen en el Sur la dirección de su camino; y lo tercero, porque nos parecen dignas de atención las palabras de Ammiano Marcelino relativas á los celtas (1), de las cuales parece desprenderse que esa gente, que tiene por una misma con los galos, procedían de la descendencia del Hércules hispánico, quien á su vez sabemos se tiene hoy por de origen africano.

Hay que tener presente que Ammiano utiliza las noticias del griego Timagenes, quien á su vez las había sacado de otros libros, y se expresa en estos términos: «Según la relación de los contemporáneos, los aborígenes de esta comarca (las Galias) eran un pueblo llamado Celta, del nombre de un rey de grata memoria. De este nombre los griegos hicieron el de

(1) AMMIANI MARCELLINI.—*Rerum gestarum*.—Liber XV, p. IX.

Gallos. Según otros una colonia de dorios vino allí, siguiendo al más antiguo de los Hércules, á formar un establecimiento en el litoral. Las tradiciones drúidicas tienen por indígena sólo una parte de la población de la Galia, mezclada luego con insulares extranjeros venidos de ultramar y con pueblos transrenanos arrojados de sus hogares por la invasión de otros. Hay quien dice que la Galia fué poblada por un puñado de troyanos. *La opinión sostenida por los naturales, de que sus monumentos dan fe, es que Hércules, hijo de Amphitrión, destructor de Geryón y de Taurisco, aquél tirano de España, y el otro de la Galia, tuvo en su comercio con diversas mujeres de nobles familias del país un gran número de hijos, de los cuales cada uno dió su nombre al cantón regido por sus leyes.*»

Aparte de lo dicho, y como contestación al mismo reparo, no se opone al origen africano de Astapa el hallazgo en su despoblado de objetos pertenecientes á otros pueblos; puesto que tal cosa ocurre constantemente, y no puede menos de ser así dada la sucesiva ocupación del mismo suelo por naciones, pueblos ó razas diferentes.

Para terminar la exposición de los fundamentos en que estriba, según nuestro sentir, la certeza de la reducción de Astapa á los Castellares, diremos que en el nombre moderno de Estepa, y en la tradición ó común opinión que lo refiere al de Astapa, encontramos un nuevo argumento favorable á nuestra tesis. Los árabes, como puede verse en sus obras,

y de referencia en R. Dozy (1), llamaron á Estepa con el nombre de *Astaba*, es decir, con el mismo de Astapa, sin más que la permutación de una labial por otra, caso frecuentísimo y que á ningún filólogo puede llamar la atención. Ahora bien; esto quiere decir y significa, sin que haya medio de obscurecerlo, que los árabes se encontraron al ocupar este país con la tradición hecha y no discutida de haber estado Astapa en *Estepa la vieja* (los Castellares); y al fortalecerse esos invasores en donde hoy Estepa, sobre las ruinas de la romana *Ostippo*, que acaso había perecido durante la época visigótica, dieron á su nuevo castillo el nombre del no lejano y célebre despoblado, llamándole *Astaba* (Astapa), de donde (y no de *Ostippo*) se derivó verosímilmente el moderno de Estepa.

Si esto fuera así, como la razón parece afirmarlo, la fama de Astapa y la memoria de su lugar se conservó por los romanos, se mantuvo por los visigodos y se transmitió á los árabes, que supieron conservarlo. Todo esto resulta natural, racionalísimo, y es además el verdadero precedente de esa *común opinión* del tiempo de Ambrosio de Morales, que significa sencillamente que no se habían roto los eslabones de la tradición y que ésta se conservaba en toda su integridad.

En resumen; á los fundamentos que tuvieron otros autores para situar en el despoblado de los

(1) R. Dozy.—*Investigaciones*, t. II.

Castellares la ciudad de Astapa, añadimos nosotros los que siguen:

Primero. El que se desprende de la significación del nombre Astapa, «agua que fluye de las tinieblas», ó «ciudad del río», ambos demostrativos de su proximidad á una vía de agua.

Segundo. La proximidad de *Astigi*, cuyo nombre, de igual raíz que el de Astapa, significa «dos ríos», ó bien «sede ó colonia del río.»

Tercero. El existir en la comarca otros nombres con la misma raíz: *Tispi*, *Ostippo*, etc.

Cuarto. Los vestigios materiales del culto al Sol, de origen africano, que también hubo en Astigi.

Quinto. El nombre de *Astaba*, dado á Estepa por los árabes, sin duda porque lo conservaba el despoblado de *Estepa la vieja*.

Sumadas estas razones á las que antes se apuntaron, y combinadas entre sí, aumentan las probabilidades de certeza en la reducción que nos parece más admisible.

Conformes con ella, creemos que una invasión livio-fenice penetró por el Guadalquivir, fundando cerca de sus esteros á Asta, y no sabemos si alguna otra población; remontó después dicho río, y navegando por el Genil, echaron los cimientos de una factoría en Ast-apa, y establecieron otra sede en *Ast-igi*.

Astapa fué debelada por Marcio en los términos que cuentan Tito Livio y Appiano. Según éste *no fueron demolidos sus edificios: Marcius, Astapen-*

sium virtutem admiratus, ab aedificiorum excidio abstinere milites jussit (1), y en ellos poblarían otras gentes amigas de los romanos. Hé aquí por qué en sus *villares* se encuentran vestigios que nos hacen traer la fecha de la definitiva destrucción á la invasión de los bárbaros ó las posteriores guerras de aquellos pueblos invasores, sostenidas ya entre sí ó con los imperiales.

(1) *Appiani alexandrini romanorum historiarum. Liber sextus, de rebus hispaniensibus*, Parag. XXXIII.

CAPÍTULO VI

Expuesta con la claridad que nos ha sido posible en los anteriores capítulos, y singularmente en el que precede, nuestra opinión respecto á cuál pueda ser, entre los que se lo disputan, el solar de Astapa, pudiéramos dar por acabado nuestro trabajo, si no nos asaltasen algunas ideas que (aun cuando no de un modo tan directo con el problema principal que nos propusimos) se relacionan con la materia que hemos venido tratando, y, cierto, la completan.

Hemos afirmado el origen africano de Astapa, inclinados á ello por su afecto constante al partido cartaginés, por la estructura y forma de su nombre, muy de tener en cuenta en tan obscuras indagaciones, y por los escasos vestigios actualmente apreciables en las que hace siglos fueron importantes ruinas de los Castellares, y nuestra afirmación se robustece al observar que al nombre de Astapa, como

tampoco á los de Astigi y Asta, no se ha encontrado colocación fundada y legítima en la nómina de los pueblos cuya fundación fué debida á otras invasiones. Para tratar detalladamente este asunto, desenvolviéndolo como en realidad merece, necesitaríamos un espacio en verdad desproporcionado con el que hemos podido destinar al objeto primario de nuestra indagación, pareciéndonos, por ello, que debemos concretar nuestro pensamiento cuanto nos sea posible, dejando las ampliaciones al cuidado del lector curioso.

Con variantes inapreciables en orden á nuestro objeto han fijado los historiadores el de las antiguas invasiones hispánicas, que nosotros, ateniéndonos al sistema adoptado por quien con más abundante erudición y mejor crítica ha estudiado los orígenes de la España anteromana, debemos establecer de este modo: los vascones fueron de los primeros pobladores de nuestra nación en una época que la ciencia cronológica no tiene hoy medios para determinar; á los cuales siguieron probablemente los iberos, después los cananeos, los sidonios, los tirios, los griegos, los cartagineses, los celtas cuatro siglos antes de J. C., y por último los romanos. Las inmigraciones de los libio-fenices, es decir de los pueblos formados por la mezcla de cananeos y africanos, pudieron tener lugar después de la llegada de los tirios, y más tarde como soldados al servicio de los cartagineses.

Pues bien; examinados con detención cuantos

autores de la antigüedad, dignos de fe, se ocuparon de esas inmigraciones y mencionaron de algún modo las poblaciones que les deben su origen, así como las modernas autoridades que por inducciones aceptables han completado ese trabajo, nos persuadiremos de que ni Astapa, ni Astigi, ni Asta tienen colocación ni lugar adecuado en la lista de los pueblos iberos, céltas, vascos, griegos, cartagineses, ni romanos, debiendo por exclusión ser numerados en la de los pueblos libio-fenices.

Conviene mucho á este propósito examinar el siguiente cuadro, que copiamos de la *España anteoromana* del Dr. Berlanga:

SERIES MIGRATIONUM
COLONIARUMQUE IN HISPANIAM
DEDUCTARUM AB INCUNABULIS AD EXCIDIIUM
USQUE REIPUBLICAE ROMANAE.

- I. Iberum *migratio*.
- II. Vasconum *migratio*.
- III. Channaneorum *coloniae ruricolares*.
- IIII. Sidoniorum *coloniae ad argentifodinas explorandas*.
- V. Tyriorum *coloniae mercatoriae*.
- VI. Celtarum *migratio*.
- VII. Graecorum *coloniae mercatoriae*.
- VIII. Poenorum *coloniae militares*.
- VIIII. Romanorum *coloniae militares*.

I.

Iberum regiones nonnullae hispanae.

Iaccetania.	Vescitania.	Sedetania.	Carpetania.
Cerretania.	Cosetania.	Contestania.	Oretania.
Ausetania.	Edetania.	Bastetania.	Turdetania.
Lacetania.			Lusitania.

II.

Vasconum veteres civitates adhuc cognitae.

Oiasso	prope Fuenterrabía.
Callagurris. .	Calahorra.
Pompelo. . .	Pamplona.

VI.

Celtarum populi nonnulli hispani.

Deobriga.	Desobriga.	Caetobriga.
Flaviobriga.	Laucobriga.	Nertobriga.
Iuliobriga.	Amalobriga.	Augustobriga.
Lacobriga.	Cottaeobriga.	Caesarobriga.
Adobriga.	Mirobriga.	Segobriga.
Nemetobriga.	Conimbriga.	Arcobriga.

III.

Channancorum coloniae ruricolares nonnullae in Hispaniam deductae et concordia earum cum hodiernis civitatibus.

Asido. .	Medina Sidonia.	Bulla. . . .	in ora mediterranea Freti Herculei?
Iptuci. .	Cabeza de Hortales.		
Lascuta.	Alcalá de los Gazules.	Tuririicina.	prope Arcos de la Frontera?
Oba. . .	Jimena de la Frontera.		
Belo. . .	Torre de Bolonia.	Vesci. . . .	?
		Naeva. . . .	prope Sevilla?

III.

Sidoniorum coloniae ad argenti fodinas explorandas nonnullae in Hispaniam deductae et earum concordia cum hodiernis civitatibus.

Olisipo. . Lisboa.	Baecipo. Desembocadura del Barbate.
Corippo S. Sebastiao do Freixo.	Lacipo. . Cerro de Alechipa prope Casares.
Dipo. . . inter Meridam et Eboram.	Acinipo. Ruinas de Ronda la vieja.
Sisipo. . forte Río Tinto.	Cedripo. prope Estepam?
Oripo. . prope Sevillam.	Ostippo. Estepa.
Basilipo prope Arahah.	Ventipo. prope Casariche.
Iripo. . . ?	Saesapo. Almadén.
Saepo. . . inter Cortes et Ximena.ippo. prope Toletum.

V.

Tyriorum coloniae mercatoriae nonnullae in Hispaniam deductae et earum concordia cum hodiernis civitatibus.

Gadir. . . Cádiz.	Olontigi. . . prope Sevilla?
Carteia. . Torre del Rocabillo.	Hispalis. . . Sevilla.
Malaca. . Málaga.	Coórdoba. . Córdoba.
Sexs. . . . prope Almuñécar.	Abdera. . . Adra.
Vama? . . . ?	Ebusus. . . Ibiza.
Ituuci. . . prope Sevilla?	Ruscino. . . Rosellón?

VIII.

Poenorum coloniae militares nonnullae in Hispaniam deductae et earum concordia cum hodiernis civitatibus.

Maharbal. Marbella.	Carthago nova. . Cartagena.
Carthima. Cártama.	Barcino. Barcelona.
Salambina. Salobreña.	Mago. Mahón.

VII.

*Graecorum coloniae mercatoriae nonnullae in Hispaniam
deductae et earum concordia cum hodiernis civitatibus.*

Rhode. . . . Rosas.	Danium.. . . . Denia.
Emporia. . S. Martín de Ampu- rias.	Hemeroscopium.. prope De- niam.
Saguntum. Murviedro.	Maenace.. . . . prope Mala- cam.

VIII.

*Romanorum colonias militares in Hispaniam
deductas non interest numerare.*

El cuadro que precede corrobora nuestro aserto. En él, no obstante figurar los cananeos, no han tenido cabida los tres pueblos que hemos citado, y que, á no dudar, debemos estimar fundados por los libio-fenices, acaso en su primera emigración á la Bética. Asta (1), Astigi, Astapa, por el orden que los ponemos, son á nuestro entender tres jalones que han quedado del camino que hicieran aquellos inmigrantes.

Otra idea que antes de terminar quisiéramos dejar bien sentada es la de la probable injusticia con que son tratados por Livio los astapenses. La im-

(1) No olvidamos que el Dr. Berlanga (*Los Bronces de Lascuta, Bonanza y Aljustrel*, pág. 510) dice de Asta que hubo de ser una ciudad ibera; pero en ese caso hubieranlo sido también Astigi y Astapa, lo que especialmente respecto á la última sería la negación completa de nuestras inducciones.

putación de barbarie, salvajismo y latrocinio que les hace podrá ser verdadera en todas sus partes, pero puede haber sido inspirada por el natural deseo de exculpar á Roma de la responsabilidad que pudiera alcanzarle en aquella inaudita hecatombe. Pero aun en el caso de que la intención de Tito Livio no haya sido esa, su testimonio, sobre ser único, no reúne aquellas condiciones necesarias para que hiciera absoluta fe. No se trata de un testigo presencial, ni de un historiador particular del suceso, sino de un escritor que redacta una Historia general de Roma muchos años después de la destrucción de Astapa, escritor que se vale de otras obras y de relaciones cuyo valor intrínseco no consta, ignorándose de todo punto de quién tomó lo que nos cuenta respecto á la ciudad en cuestión. Sabida es la necesidad de no perder de vista las fuentes de que cada historiador se ha valido, para determinar el grado de credibilidad que debemos otorgar á sus afirmaciones: las fuentes de Tito Livio constan de los trabajos de C. Peter, H. Nissen, y K. W. Nitszsch y de los de F. Lachmann, de cuyas disertaciones tenemos noticia en la traducción de las *Décadas* que dirigió Nisard y publicó Didot; y, por último, también es sabido que Livio fué apasionado republicano, por cuyo motivo *no se fia mucho dél* Veleio Patérculo, ni debemos fiarnos mucho nosotros en las causas que apunta para justificar á las armas romanas de una acusación de crueldad. Aun sin la pasión republicana, debíamos cautelarnos mucho antes de asentir á las

afirmaciones de un cronista y apologista de los conquistadores cuando acusa á los conquistados.

Mejor que todas las declamaciones, por elocuentes que puedan ser, prueban los hechos lo que decimos. ¿Habr  para los españoles página más gloriosa en su historia que la de la Guerra de la Independencia, ni podrán tener en menos que h eros   sus valientes guerrilleros? Pues plumas españolas, puestas al servicio de José Bonaparte, escrib n en la *Gaceta de Sevilla*, en 1810 (1), artículos, sueltos y noticias en que se llamaba á los insignes defensores de la Patria bandidos, instrumentos de venganzas, salteadores de caminos y otras lindezas por el estilo, calificando de ese modo sus acciones de guerra en Osuna, Paradas, Cazalla y toda la provincia. Si las mismas causas producen en todo tiempo los mismos efectos, ¿por qué no hemos de creer apasionadas y parciales las palabras de Tito Livio, y por qué no hemos de creer que los actos vandálicos que se atribuyen   los astapenses fueran hero icos   desesperados actos de defensa, para salvar sus propiedades y sus vidas amenazadas?

¿Dijo la verdad el Paduano?

¿Faltó   ella por amor   Roma?

El problema quedará íntegro; pero la duda es lícita, y mientras sea lícita la duda debemos borrar con mano piadosa esa afrenta que se esculpe con el buril mismo que traz  en la Historia la m gica leyenda de la inmortal Ciudad andaluza.

(1) CHAVES.—*Hist. y Bib. de la Prensa Sevillana*, ps. 24 y 25.

APÉNDICES

ASTAPA EN LOS ESCRITORES

TITO LIVIO

El gran historiador augústeo dedica á la expugnación de Astapa los capítulos XXII y XXIII del libro XXVIII de sus *Décadas*, los que seguidamente copiamos de la edición Weissenborn (1):

XXII. Res interim nihilo minus ab legatis gerebantur. Marcius superato Baete amni, quem incolae Certim appellant, duas opulentas civitates sine certamine in deditionem accepit. Astapa urbs erat, Carthaginensium semper partis; neque id tam dignum ira erat, quam quod extra necessitates belli praesipuum in Romanos gerebant odium. nec urbem aut situ aut munimento tutam habebant, quae ferociores iis animos faceret; sed ingenia incolarum latrocinio laeta, ut excursiones in finitimum agrum sociorum populi Romani facerent, impulerant, et vagos milites

(1) TITI LIVI.—*Ab urbe condita libri*, ed. Guilelmus Weissenborn et Mauritius Müller, Lipsiae, 1888.

Romanos lixasque et mercatores exciperent. magnum etiam comitatum, quia paucis parum tutum fuerat, transgredientem fines positis insidiis circumventum iniquo loco interfecerant. ad hanc urbem oppugnandam cum admotus exercitus esset, oppidani conscientia scelerum, quia nec deditio tuta ad tam infestos videbatur, neque spes moenibus aut armis tuendae salutis erat, facinus in se ac suos foedum ac ferum consciscunt. locum in foro destinant, quo pretiosissima rerum suarum congererent; super eum cumulum coniuges ac liberos considerare cum iussissent, ligna circa exstruunt fascesque virgultorum coniciunt. quinquaginta deinde armatis invenibus praecipiunt, ut, donec incertus eventus pugnae esset, praesidium eo loco fortunarum suarum corporumque, quae cariora fortunis essent, servarent; si rem inclinatam viderent atque in eo iam esse, ut urbs caperetur, scirent omnes, quos euntes in proelium cernerent, mortem in ipsa pugna obituros; illos se per deos superiores inferosque orare, ut memores libertatis, quae illo die aut morte honesta aut servitute infami finienda esset, nihil relinquerent, in quod saevire iratus hostis posset. ferrum ignemque in manibus esse; amicae ac fideles potius ea, quae peritura forent, absumerent manus, quam insultarent superbo ludibrio hostes. his adhortationibus execratio dira adiecta, si quem a proposito spes mollitiave animi flexisset. inde concitato agmine patentibus portis ingenti cum tumultu erumpunt. neque erat ulla satis firma statio opposita, quia nihil minus, quam ne egredi obsessi

moenibus auferent, timeri poterat. perpaucae equitum turmae levisque armatura repente e castris ad id ipsum emissa occurrit. acrior impetu atque animis quam compositior ullo ordine pugna fuit. itaque pulsus eques, qui primus se hosti obtulerat, terrorem intulit levi armaturae; pugnatumque sub ipso vallo foret, ni robur legionum perexiguo ad instruendum dato tempore aciem derexisset. ibi quoque trepidatum parumper circa signa est, cum caeci furore in vulnera ac ferrum vecordi audacia ruerent; dein vetus miles, adversus temerarios impetus pertinax, caede primorum insequentes suppressit. conatus paulo post ultro inferre pedem, ut neminem cedere atque obstinatos mori in vestigio quemque suo vidit, patefacta acie, quod ut facere posset multitudo armatorum facile suppeditabat, corona hostium amplexus, in orbem pugnantes ad unum omnes occidit. XXIII. atque haec tamen caedes ab impetu hostium iratorum ac tum maxime dimicantium iure belli in armatos repugnantesque edebatur; foedior alia in urbe trucidatio erat, cum turbam feminarum puerorumque inbellem inermenque cives sui caederent et in succensum rogam semianima pleraque inicerent corpora, rivi que sanguinis flammam orientem restinguerent; postremo ipsi, caede miseranda suorum fatigati, cum armis medio incendio se iniecerunt. iam caedi perpetratae victores Romani supervenerunt. ac primo conspectu tam foedae rei mirabundi parumper obstupuerunt; dein cum aurum argentumque cumulo rerum aliarum interfulgens aviditate ingenii humani

rapere ex igni vellent, correpti alii flamma sunt, alii ambusti adflatu vaporis, cum receptus primis urgente ab tergo ingenti turba non esset. ita Astapa sine praeda militum ferro ignique absumpta est. Marcius ceteris eius regionis metu in deditionem acceptis victorem exercitum Carthaginem ad Scipionem reduxit.

APPIANO

Después de Tito Livio, menciona el suceso de Astapa el historiador Appiano. El texto latino es como sigue (1):

«Erat autem Astapa oppidum, Carthaginiensium semper partis; hujus incolae a Marcio obsessi, satique praevidentes, si expugnarentur á Romanis, sibi extremam impendere servitatem, pretiosissima rerum suarum in forum congerunt, et ligna circa constituunt: super eum cumulum liberos conjugesque statuunt. Deinde quinquaginta ex sese fortissimis viris, jurejurando adactis, praecipiant, quum in eo rem esse viderent, ut urbs caperetur, mulierculas liberosque ferro necarent, moxque succenso igne seipsos postremo jugularent. Inde, deos super ea re contestati, adversus Marcium erumpunt, nihil ejus rei suspican-

(1) *Appiani alexandrini romanorum historiarum.*— *Liber sextus, de rebus hispaniensibus.* Parag. XXXIII.

tem. Quare levis armatura equitesque facile pulsi: sed ubi armata legio advenit, fortissime quidem As-
tapenses, ut in rerum omnium desperatione, dimica-
bant; sed quibus virtute non erant inferiores, mul-
titudine ab iis vincebantur. Omnibus in pugna caesis,
quingenta illi in urbe feminas et pueros trucidab-
ant: demum succenso rogo, sese eodem injecerunt,
nullo victoriae fructu victoribus relicto. Marcius, As-
tapensium virtutem admiratus, ab aedificiorum exci-
dio abstinere milites jussit.»

STEPHANO

Su texto latino, referente á Astapa, es como sigue:

«*Astapaei, populi Libyae, Appianus VI.*»

AMBROSIO DE MORALES

Dice de este modo en el capítulo XXVIII de su obra *Antigüedad de las ciudades de España*:

«Habiendo sido esta ciudad tan insigne, como por esta su desesperada braveza parece, es mucho de maravillar cómo no hay mención de ella en ninguno de los cosmógrafos antiguos. Algunos han querido decir que Plinio hizo memoria de ella, y que es Ostippo, que pone en la jurisdicción de la Chancillería de Écija; y la vecindad que tiene agora Estepa con esta ciudad, no estando más que cinco leguas de ella hacia la parte de Osuna, por donde se tendía aquel territorio, ayuda á creer esto, sin que haya otra cosa que favorezca esta opinión, pues la semejanza del nombre está tan extrañada en el Ostippo. Esta semejanza del nombre tiene persuadido comúnmente que la Astapa de Tito Livio es nuestra Estepa de agora. Sin esta conjetura de la

semejanza del nombre, hay otra, que es pasar Lucio Marcio el río Guadalquivir para ir de Cástulo á Astapa, como agora es menester pasarlo desde Cazlona á Estepa; aunque estando Guadalquivir tan cerca de Cástulo, y apartado de allí Estepa por más de veinte leguas, no tiene mucha fuerza esta razón. *Algo más eficaz* es decir Tito Livio que la ciudad de Astapa no era fuerte en su sitio natural, ni estaba fortificada por parte, y tal es el sitio de Estepa la vieja, que está dos leguas apartada de la villa que es ahora, en la ribera del río Genil, hacia el lugar que llaman la Puente de Don Gonzalo. Allí parecen rastros grandes de antigüedad, y el sitio es llano y bien conforme á lo que Tito Livio dél representa. »

JUAN DE MARIANA

«En este medio muchas ciudades se entregaban á Marcio: sólo Astapa, porque muchas veces con correrías maltratara los aliados de los romanos, perdiendo la esperanza de perdón, sufrió por largo tiempo con grande obstinación el cerco. Muchos murieron de aquella ciudad en diversos encuentros, muchos en una batalla que se dió, sin que por estos daños aflojasen en su propósito. Antes, conocida su perdición, y resueltos de morir antes que rendirse, acordaron de degollar mujeres y niños, y quemar sus preseas y ropa públicamente en la plaza. Esto hecho, con sus espadas se quitaron las vidas: obstinación digamos, ó constancia, no menor que la de los saguntinos, pero escurecida y casi puesta en olvido á causa de no ser aquella ciudad tan principal y famosa como Sagunto: tanto importa la nobleza

del que hace alguna gran hazaña. Las ruinas desta ciudad se ven á la ribera del río Genil, no lejos de Écija y de Antequera: de Astapa se cree haberse fundado Estepa, pueblo conforme en el apellido, y distante de aquellas ruinas dos leguas solamente» (1).

(1) MARIANA.—*Historia de España*, lib. II, cap. XXIII.

LDO. JUAN FERNÁNDEZ FRANCO ⁽¹⁾

CAPÍTULO VII

De las antigüedades de Estepa.

Texto de Franco.

67.—«Dichas ya algunas cosas de esta Provincia Bética, hoy Andalucía, con parte de su descripción, se tocará ahora también sobre la antigüedad de la villa de Estepa, y memorables hazañas con los romanos. Menciona Plinio á esta Villa, lib. III de su *Historia Natural*, cap. I, aunque con nombre algo diferente, llamándola Ostipo, y poniéndola en el Convento Astigitano muy cerca de Astigi la antigua; dícelo por estas palabras: *Huius Conventus Astigitani, sunt reliquæ Coloniae immunes, Tucci, quæ cognominatur Augusta Gemella: Itucci, quæ Virtus Julia: Attubi, quæ Claritas Julia: Urso, quæ Genua Urbanorum, inter quæ fuit Munda cum Pompei filio capta. Oppida libera, Astigi vetus, Osti-*

(1) Copiamos del *Franco ilustrado* por López de Cárdenas, conocido por el *Cura de Montoro*.

po, etc. De manera que pone en el Convento de Écija á Tucci, ó Colonia Augusta Gemella, que es hoy Martos, como queda dicho, y luego pone á Itucci, que es *Virtus Julia*, que fué hacia Baena, ó Alcaudete: luego á Attubi, *quæ Claritas Julia*, hoy la villa de Espejo, de lo que en ella tiene títulos; después á Urso, hoy Osuna, y luego á Munda, cautiva con el hijo de Pompeyo, como ya en esta victoria se dijo. Sigue poniendo los lugares libres de este Convento, y pone á Astigi vetus, que es Écija la vieja, como si dijéramos, y luego á Ostipo junto á ella, como está cerca de la comarca de Écija Estepa: y así no hay duda, si no es que Estepa es la que nombra Plinio Ostipo, pues el mismo sitio lo denota.»

Nota 24.

68.—«El Ldo. Franco quiere que la Estepa de hoy sea el Ostipo de Plinio y la Astapa de Tito Livio, sin más inductivo que el vestigio de el nombre. Á la verdad, si no hubiera otro fundamento, nos quedaríamos con las dudas, como sucede con otras poblaciones. El P. Mtro. Flórez, en el t. X de su *España Sagrada*, sobre el Convento Astigitano, conviene con Franco en que Ostipo fué Astapa, y ambos Estepa; pero no conviene en la topografía de la antigua, reduciéndola á el sitio actual, que Franco con Morales reduce á la orilla de el Genil, pero más abajo de la Puente de Don Gonzalo, en la banda contraria, ó á el medio día. El fundamento de el P. Flórez

estriba en el Itinerario de Antonino, que viene de Sevilla para Anticaria, junto á la cual coloca á Ostipo, que se inclina á que fué Estepa, por estar en este camino, aunque no concuerdan las millas. Á la verdad, entre Ostipo y Anticaria se hallan en el Itinerario 44 millas, veinte á Barba, y veinte y cuatro de ésta á Antequera, que todas componen once leguas, no habiendo hoy entre Estepa y Antequera más que seis leguas, que son 24 millas de los romanos. Yo sospecho que está aquí errado el Itinerario; pues los vestigios de el Municipio Barbitano, que hoy se ven cerca de Antequera, en el sitio de Castillón ó Valsequillo, una legua á la parte de el Norte, dan claramente á conocer la distancia de cuatro millas. En este concepto, y en el de que se erró por los copiantes poniendo 24 millas desde Barba á Anticaria, viene á haber desde Ostipo, colocada en el sitio actual de Estepa, hasta Antequera las 24 millas, ó seis leguas, en que hoy distan estos dos pueblos.

» Con todo, yo no me atrevo á subscribir con el P. Flórez y con Franco á que Ostipo y Astapa sean una misma cosa, ni menos á que la actual Estepa fuese la antigua Astapa; aunque tengo por verosímil que la antigua Ostipo tiene su topografía en la actual Estepa. Esto es decir que Ostipo y Astapa fueron ciudades diversas, aunque cercanas, y que hoy pertenecen á el territorio de Estepa. Que Ostipo y Astapa fuesen ciudades distintas se conoce de los diversos autores que en diversos tiempos ha-

blan de ellas. Tito Livio y Apiano Alexandrino hablan de Astapa como de una ciudad de el partido de los cartagineses, y enemiga acérrima de los romanos; y Estéphanó nombra á los astapeos como una gente indómita, bárbara, rebelde y temeraria, que tomó el partido de entregarse por sí mismos á el fuego y á la muerte, antes que entregarse á los romanos. Plinio habla de Ostipo como de una ciudad libre, ó con el honor de libertad, ó *autonomía*, que supone ser amiga y benemérita de el pueblo romano desde sus mismos exordios en la Bética; pues los romanos daban á los pueblos las exenciones, privilegios y tratamientos conforme éstos recibían á los romanos: de donde se colige que hallando á Ostipo con el honor de libre, que consistía en gobernarse por sí, en tener dominio de sus campos y en no recibir Magistrado Romano, según se colige de Polibio y Tito Livio, y á Astapa enemiga de los romanos, y el objeto de su indignación, es cosa clara que fueron poblaciones diversas, aunque cercanas.

•El P. Mtro. Flórez no se hizo cargo de esta razón para inclinarse á que Astapa y Ostipo fueron una misma cosa, no obstante que conoce diversidad en los nombres, que atribuye á la variedad de los copiantes. Á la verdad este dictamen se podría sostener mientras no se hallase la diversidad que hemos apuntado en los hechos de las ciudades dichas, y cuando los sucesos de ambas fuesen uniformes; pero cuando éstos son tan contrarios como hemos visto, debemos excluir el pensamiento de que las

ciudades dichas fueron una misma cosa sólo porque los copiantes pudieron errar. Además de esto, no basta alegar que pudieron errar los copiantes, mientras no se prueba; porque éste es punto de hecho que no se puede determinar sin pruebas convincentes.

»Nuestro aserto se hace más verosímil si atendemos á que Astapa, según Tito Livio, lib. XXVIII, era una ciudad en llano, sin sitio ventajoso y eminente, y de poca seguridad: *nec urbem aut situ, aut munimento tutam habebant, quæ ferociores iis animos faceret*: y á que el sitio de la actual Estepa donde por boca de los mismos, contrarios, y otros, estuvo la antigua Ostipo, es sitio alto sobre todo su territorio, bien fortalecido y con vestigios de antigüedad. En este concepto es necesario remover á Astapa de Ostipo, reconociendo la diversidad de estas dos poblaciones antiguas. El sitio de la actual Estepa, la semejanza de este nombre con el de Ostipo, los vestigios que allí hay de antigüedad romana, sus piedras literatas, que no se prueba el haberlas llevado allí de otra parte, y el estar Estepa en camino de Sevilla á Antequera, donde colocó Antonino á Ostipo, son inductivos para acceder á que Estepa fué Ostipo, mientras no haya pruebas claras y evidentes de otra cosa. En cuanto al sitio de Astapa, diremos en otra nota.»

Texto de Franco.

69.— «Y mucho tiempo antes fué nombrada As-

tapa esta Villa según Tito Livio, lib. XXVIII de el segundo Bello Punico; aunque el sitio, según sus palabras, lo entiendo mejor dos leguas de Estepa, en el llano y cerca de el río Genil, media legua más abajo de la Puente de Don Gonzalo, cerca de las aceñas que dicen de el Alcaide, donde he visto los cuadros de las torres, y los muros, que muy bien todavía se conocen. Y de este paraje, después de su destrucción y estrago en que los romanos la dejaron, se debería pasar la población á el sitio fuerte en que agora se halla la villa de Estepa, y adonde sus piedras romanas y títulos inscripcionados de allí se les trasportaron.»

Nota 25.

70.— «El sitio designado por Franco para la topografía de la antigua Astapa está á la banda meridional de el Síngilis (hoy Genil), media legua más abajo de la Puente de Don Gonzalo y de el lugar de Miragenil. Las aceñas del Alcaide no existen hoy, y están por allí las huertas que nominan de San Juan. He estado en este territorio, y existen las ruinas de Estepa la vieja. Convenimos con Franco y con Ambrosio de Morales en que pertenece á este terreno Astapa la antigua, de que hicieron mención Tito Livio, Apiano y Estéphano; pues el texto de Livio alegado en la nota antecedente le cuadra bien en su posición de los vestigios, y de el nombre de Estepa la vieja, que ha conservado la tradición por el caso

memorable de Astapa que se refiere en las historias. Aunque este terreno pertenece á la jurisdicción de Estepa desde la conquista por San Fernando, con todo, la actual Estepa no fué Astapa, sino Ostipo, como hemos dicho, ni convenimos en que la población de Astapa y sus piedras literatas se pasasen á la actual Estepa, ya porque esto se dice á la aventura sin prueba alguna de las que usa la crítica, ni razón de la trasportación, ni el tiempo; ya porque estando allí Ostipo, pueblo conocido y distinguido de los romanos, no hay razón para atribuir á otra población las piedras que tiene en posesión de tiempo inmemorial; ya porque habiendo sido Astapa destruída, y muerto todas sus gentes á el cuchillo y á el fuego en la entrada de los romanos en la Bética, nó hay motivo para decir que se trasladó á otra parte un pueblo aniquilado, ni las piedras de murallas y castillos, de tan corta monta, que más bien merecían el abandono de los romanos, y que quedasen en su mismo sitio para la eterna memoria de la temeridad de los astapenses. Por todo lo cual colocamos á Ostipo en Estepa, distinguiéndolo de Astapa, y las piedras de Estepa las explicaremos como monumentos de Ostipo, y no de Astapa.»

.
.

Texto de Franco.

75. — «La historia de Estepa en tiempos de ro-

manos, ó de Astapa, se reduce á que en su segundo Bello Punico, que según los anales romanos fué doscientos años antes de el Nacimiento de Cristo, poco más ó menos, á los quinientos cuarenta después de la fundación de Roma, que há mil y ochocientos años á corta diferencia, andando en España las guerras de romanos y cartaginenses, por la que Aníbal movió á los de Sagunto, hoy Monviedro, y después de muertos en España los dos hermanos Scipiones, el uno donde Plinio nombra *rogus Scipionis*, que según el Mtro. Herrera nombra es hoy Montiel, y el otro allí cerca, en menos de treinta días enviaron de Roma á un hijo y sobrino de éstos, Publio Cornelio Scipión, después nombrado el Africano, mancebo excelente de veinte y cuatro años, que por vengar las muertes de su padre y de su tío se ofreció en el Senado, quien lo envió, y á otro principal capitán, Lucio Marcio; por lo cual, llevados á España, Scipión, llamado Marcio á Tarragona, ordenándole que fuese con la tercera parte de el ejército á destruir la ciudad de Cástulo, hoy Cazlona, y Scipión con lo demás de él se vino á Iliturgi, hoy Jaén, por ser éstas las dos amigas de Aníbal, y los cartagineses, y enemigas de los romanos, según largamente cuenta Livio, lib. XXVIII de el segundo Bello Punico.

»Destruídas con gran rigor estas ciudades, Scipión pasó á Cartagena á las exequias de su padre y tío, en que hubo juegos fúnebres en su memoria, y Lucio Marcio su compañero pasó á domar unos bárbaros, que según el sitio, y después Livio dice,

estaban entre Guadalquivir y Guadiana á la parte de Sierra Morena; y de allí vino discurriendo hasta abajo de Córdoba, como hacia las Posadas y Peña-Flor, y pasando el río Betis, hoy Guadalquivir, sin batalla, tomó dos ciudades populosas, cuyos nombres no declara: dícelo por estas palabras: *Lucius Martius superato Baetemne, quem incolæ appellant Cirtium, duas opulentissimas Civitates sine certamine in deditiõnem accepit.* Y de éstas pudo ser la una Écija; viéndose también por esto que el Guadalquivir, nombrado entonces Betis, se llamaba entonces también *Cirtium*, y, según la exposición de Ptholomeo, Circen.

»Luego entra la narración de la historia de Estepa, y dice: *Astapa urbs erat Carthaginensium semper partium*, etc. Y como Marcio y Scipión su principal intento era destruir las ciudades de el bando cartaginés, y ansí lo habían hecho con Cástulo, donde Aníbal en los inviernos se recogía, y casado había, como en su vida mencionan Livio y Plutharco, y también por lo mismo destruído Iliturgi, puso Lucio Marcio el ánimo de destruir y asolar la cibdad de Astapa, porque no sólo sus vecinos hacían á los romanos la guerra, como otras cibdades de su parcialidad, sino que *extra necessitatem belli præcipuum in Romanos gerebant odium*, como Livio dice. Y porque no era su ferocidad por fortaleza de su cibdad ni muros, sí por tracistas de guerra y corredores de la tierra y cibdades de la comarca de sus contrarios, cuyos campos talaban guarniciones,

y gentes de los romanos robaban y cautivaban, como á los mercaderes. Y dice que pasando por sus términos una grande compañía de gente de guerra romana, pusieron una celada y los mataron á todos. Lucio Marcio, en efecto, se puso con su ejército romano á combatir la cibdad de Astapa, cuyos moradores, conociendo la indignación contraria, y desconfianza que de sus fuerzas tenían, *nec spes manibus, aut armis tuendæ salutis erat*, premeditaron una hazaña horrenda y espantosa.

• Señalaron en medio de su plaza un lugar y sitio, en que amontonaron todas sus joyas, y grandes riquezas de oro y plata, poniendo á sus mujeres y propios hijos sentados encima, y cercándolos con sarmientos y mucha leña, dispusieron que de entre ellos se reservasen cincuenta hombres armados para que, puestos al reedor, si viesen que los que salían á pelear con los romanos eran vencidos, y todos muertos, ellos igualmente en la hoguera con cuanto se ha referido se sacrificasen, por máxima que fundaron de ser mejor ellos propios matarse llorando, que el que sus enemigos después lo ejecutasen riendo. Salieron con efecto de la cibdad desesperados á pelear á el campo, dejándose las puertas de ella abiertas; y fué tal la turbación que á los romanos causó este atrevimiento, que dice Livio: *quod circa signa parum per trepidatium est*.

• Las legiones romanas y mucha gente de á caballo cercaron finalmente á estos astapenses, con que á todos los mataron, sin haberlos podido vol-

ver atrás; y en vista de esto los de adentro degollaron y mataron las mujeres y chicos, y ellos luego sobre ellas, y á el mismo fuego, se abrasaron.»

Nota 28.

76.—«El P. Juan de Mariana, t. I, lib. II, capítulo XXIII de su *Historia de España*, pone la rendición ó suceso de Astapa el año de 548 de la fundación de Roma, discrepando ocho años de nuestro Franco. No es punto éste tan interesante que nos empeñe en ajustar la cuenta exacta de este suceso; y así, lo dejamos á el poco más ó menos. Sagunto se tiene ciertamente por Morviedro en el reino de Valencia; pero no lo es el que la hoguera donde fueron quemados los cuerpos de los Escipiones estuviese en Montiel. Estuvo en Ilorci, según Plinio, cerca del río Tader, que riega los campos de Lorca; y el sitio de Ilorci lo reducen unos á la misma Lorca, y otros á Lorquín. Es corta la diferencia, y siempre se verifica que la hoguera de los Scipiones no pudo estar en Montiel. Las victorias de Scipión sobre Ilturgi y Cástulo, y sus guerras en España con los cartagineses, se deben reducir desde el año de 544, que salió de Roma, hasta el 551, que volvió á ella lleno de triunfos. En este preciso tiempo fué lo de Astapa, y entonces se confederaron Cádiz, Málaga y Montoro en vista de los estragos que hacían los romanos con quien ó no les daba buena acogida ó no se les rendía. Ilturgi no fué Jaén, como ya he-

mos dicho en otra parte, y Cástulo se reduce al despoblado de Cazlona, donde hoy se ven sus ruinas, de las que tengo en mi casa un pedazo de argamasón por ser cosa especial además de ser antigua. La batalla fué, como refiere Franco, tomada de Tito Livio la relación; quien dice que los astapenses juraron antes por los dioses todos que no habían de dejar cosa en que se cebase el enemigo, lo que cumplieron. Con el miedo de lo sucedido en Astapa, se entregaron las poblaciones cercanas con las formalidades de Dedición.»

Texto de Franco.

77.— «Los romanos, entrando luego en la ciudad, se espantaron de aquel mayor estrago, el que aún no contuvo la codicia de algunos, que viendo entre el fuego resplandecer la plata y oro, se arrojaron sobre él, y con el mismo bullicio perecieron. Concluye Livio esta historia diciendo: *Ita Astapa sine præda militum ferro ignique absumpta est*: pudiendo éstos así ser muertos, pero no vencidos; ni de ellos hubo despojo ni triunfo. Hecho más riguroso y atrevido que el de Sagunto, de quien Valerio Máximo, tít. *De Fide publica*, dice: *Saguntini victricibus Hannibalis armis intra mænia Urbis suæ compulsis, cum vim Punicam ulterius nequirent arcere, collatis in forum quæ unicuique erant charissima, atque undique circumdatis, accensisque ignis nutrimentis, ne à societate nostra descicerent,*

publico, et communi rogo semetipsi superjecerunt. Y de los de Numancia fué casi lo mesmo, como dicho Valerio Máximo refiere, título *De Fortitudine*, y en el *De Necesitate*. De los de Sagunto, hoy Morviedro, trata Livio, lib. I de el Segundo Bello Punico, y dice así de su hazaña: *argentum aurumque omne ex publico privatoque in forum collatum in ignem ad id factum raptu conjicientes, eodem plerique semetipsos præcipitaverunt.*

» Pero la hazaña de Astapa es más memorable, porque en Sagunto y en Numancia hiciéronlo algunos, como por las historias se ve; pero los de Estepa todos quisieron perecer, y con ellos sus riquezas, por no venir á manos de sus enemigos los romanos: y de las palabras que dos veces su historia dice se ve que no tenían en Estepa sitio ni muros fuertes; y ansí queda claro no era el sitio donde agora la Villa está, sino en parte llana, como se deja expuesto: y con la destrucción y estrago de Lucio Marcio que dice Livio se allanó la mayor parte de esta provincia con miedo de que no le sucediese otro tanto; y de allí *victorem exercitum Carthaginem ad Scipionem reduxit*, como Livio dice.»

.
.

Nota 29.

78.—«En este pasaje toca Franco diversas cosas pertenecientes á nuestra geografia y á la histo-

ria. En cuanto á lo primero dice que Astapa estuvo en el sitio ya expresado junto á el río Genil; con lo que concuerdan Morales y Mariana en el lugar citado arriba. Convenimos con esto»,

«En cuanto á historia hace Franco paralelo de la guerra y suceso de Astapa con lo acaecido en las guerras de Sagunto y Numancia, poniendo la de Astapa por hazaña más memorable en las historias. Todo el fundamento de nuestro Franco consiste en que todos los astapenses, sin excepción de alguno, unánimes y conformes, se entregaron á la muerte y á el fuego con todo cuanto tenía de útil su república; pero no así los numantinos y saguntinos. Lo cierto es que los de Sagunto por ser devotos de los romanos padecieron un terrible cerco por Aníbal en el año 536 de la fundación de Roma, en el consulado de Publio Cornelio y Tito Septimio; que muchos de ellos, juntando el oro, plata y alhajas en la plaza, las quemaron con ellos, sus hijos y mujeres, por no entregarse al Capitán cartaginés, y que los que no siguieron este partido fueron presos, quedando muchas alhajas á disposición de los vencedores, que enviaron algunas á Cartago.

•La destrucción de Numancia se anexa á el año 621 de la fundación de Roma, en que fueron cónsules Publio Mucio Scévola y Lucio Calpurnio Pisón. Esta guerra de los numantinos fué contra los romanos, cuyo capitán general era Scipión. Éste los cercó y puso en tanto aprieto, que, por no entregarse,

unos pelearon hasta morir, otros se mataron con ponzoña, y otros se precipitaron en el fuego: y aunque es cierto que Apiano dice que algunos se reservaron, lo contradicen autores antiguos. Con todo, las circunstancias de Astapa no concurrieron en Numancia ni Sagunto; por lo que, aunque estas tres ciudades nunca fuesen vencidas, la hazaña de los astapenses viene á ser más memorable.

EL P. FRANCISCO RUANO

En su conocida obra *Historia General de Córdoba* se ocupa incidentalmente de nuestra ciudad de Astapa, confundiéndola con *Ostipo* y Estepa. Hé aquí sus palabras:

Página 6 de la obra citada: «La segunda (de las ciudades libres que menciona Plinio) *Ostipo*, que piensan ser la antigua Estepa, ya destruída» (1).

Página 17: «Notorias son también las defensas de *Estepa*, *Ulia*, *Ategua* y Córdoba contra los ejércitos de Marcio, Pompeyo y César.»

(1) En el ejemplar que poseo de la obra de Ruano tiene ese pasaje una nota manuscrita, cuyo carácter de letra parece del siglo XVIII, y dice así: «La Ostipo de que habla el autor existe hoy con el nombre de Estepa; la destruída que confunde con ésta es la antigua Astapa, á la orilla del Genil, cerca de Herrera. Véanse las Memorias de Estepa por el P. Barco, manuscrito precioso, que existe en Estepa.»

EL P. FR. ENRIQUE FLÓREZ

Identifica Astapa con Estepa, razonando de este modo (1):

«En el Convento de *Astigi* pone Plinio como pueblo libre á *Ostippo*, que suele reducirse al llamado hoy Estepa, no sólo por el vestigio del nombre, sino porque Antonino menciona un *Ostippo* entre *Ili-pa* y Antequera, en cuyo camino se halla Estepa, aunque las millas del Itinerario no concuerdan. Harduino quiere que *Ostippo* sea la Astapa de Livio y de Apiano. Weseling sobre el Itinerario no se inclina á ésto; pero tampoco da razón en contra, añadiendo solamente la mención que hizo Estéphano de los *astapæos*. Esta mención no añade nada sobre lo de Apiano, pues el mismo Stéphano dice la tomó de Apiano en el libro VI, el cual era el que trataba de las guerras de los romanos en España, como ex-

(1) *España Sagrada*, t. X, fol. 78.

presa Phocio en su *Biblioteca*, Cod. 57; y de paso debe notarse que erró Estéphanos poniendo á los astapæos en la Libya, debiendo colocarlos como Apiano en España, según previnieron Holstenio y Borchart en las notas sobre Estéphanos.

»Livio y Apiano hablan de una misma ciudad, refiriendo que había sido siempre de la parte de los cartagineses, tan enemiga de los romanos y tan obstinada, que al sitiarla Lucio Marcio pusieron en la plaza gran cantidad de leña, con todas sus alhajas principales, hijos y mujeres, y saliendo á pelear desesperadamente, quedaron en la ciudad solos cincuenta hombres de los más esforzados, con el destino de guardar las puertas mientras estuviese dudosa la batalla, pero juramentados por los Dioses de que, si veían prevalecer á los contrarios, pasasen á cuchillo las mujeres y niños, encendiendo fuego á la hoguera, y matándose á sí mismos, para que no tuviese de qué triunfar el enemigo. Así se hizo todo por haber prevalecido los romanos; pero no tenemos más vestigio del sitio que decir Apiano que después de tomar á Cástulo y á Iiliturgi se fué Escipión á Cartagena, enviando á Marcio y á Sylano á que talasen todos los lugares de los enemigos hasta el Estrecho, y entonces sucedió lo referido, sin otra prevención acerca del lugar más que Marcio pasó el Betis, según expresa Livio, *Dec. III*, lib. VIII, capítulo XII. Esto prueba que la ciudad estaba en la Bética, pues para ir á ella desde Iiliturgi y Cástulo (donde estaban poco antes los romanos) era preciso

pasar aquel río: pero si no convence que estuviere donde hoy Estepa, tampoco incluye argumento en contra.

»No debemos detenernos en que *Ostippo* y *As-tapa* parezcan pueblos diversos, pues mientras un mismo autor no mencione los dos nombres se puede reducir la variedad á los copiantes, sabiéndose lo mucho que se pervirtieron las voces de los lugares de España en los códices antiguos, como se ve en mil partes; y acaso por lo mismo podrá alguno recelar si el Ostippo de Plinio será lo mismo que Osturo, porque yo tengo una medalla de cobre en tercera forma, de fábrica española antigua, donde se lee Ostur (vuelta la s al revés). Aquellas letras están debajo del símbolo de una bellota, y por otro lado hay dos ramos que acaso querrían denotar la encina, por abundar en aquella tierra por entonces, al modo que otros pueblos usaban de la espiga, hojas de higueras, y racimos; si no que digamos ser dos espigas mal formadas. Pero sin más luz no puede corregirse el Ostippo en Ostur.»

El mismo P. Flórez, en su obra sobre *Medallas*, establece la variante que puede verse en el texto del P. Barco.

EL P. FR. ALEJANDRO DEL BARCO

En el manuscrito de este autor, *La antigua Ostippo y actual Estepa*, se contiene el siguiente

«CAPÍTULO PRIMERO

»Sobre el nombre antiguo y situación de Estepa.

»Algunos escritores, movidos de la semejanza ó afinidad del nombre de la actual villa de *Estepa* con el de la antigua *Astapa*, juzgaron que ésta tuvo su situación donde hoy Estepa, y que este nombre es corrupción de aquél. El Ldo. Juan Fernández Franco, en las *Antigüedades de Écija y Estepa*, que escribió el año de 1571 y dirigió al ilustre señor Gofredo Lezcaro, Gobernador del estado de Estepa, reconoce á ésta como un pueblo mismo con *Ostippo y Astapa*, aunque en distintos tiempos. Porque supone que la antigua Astapa en su primitiva

fundación estuvo en sitio llano, cerca del río *Singilis* (hoy Genil), dos leguas distante de la actual Estepa: pero juzga que después de haberla destruído Lucio Marcio (en los términos que refiere Tito Livio en su lib. XXVIII) fué reedificada en sitio más fuerte y ventajoso, y con el nombre de *Ostippo*; y lo reduce al que hoy ocupa la villa de Estepa, creyendo que las lápidas y otras antigüedades romanas que en su tiempo había en dicha Villa fueron trasladadas allí del sitio de *Astapa*. En lo primero, ésto es, en cuanto al sitio de la primitiva Astapa, estamos conformes con el Ldo. Franco. Porque refiriendo Tito Livio en el lugar citado la implacable enemistad que los astapenses tuvieron siempre con los romanos, las continuas incursiones que hacían contra ellos y sus aliados, aun cuando no estaban en actual guerra, y la inaudita ferocidad con que al fin se destruyeron ellos mismos por no caer en sus manos, da á entender que esta fiereza se hacía más de admirar por la circunstancia de no ser su ciudad fuerte ni por naturaleza ni por arte: *nec urbem (dice) aut situ, aut munimento tutam habebant, quæ ferociiores iis animo faceret*: calidades que desdican del terreno alto, casi inaccesible por la mayor parte dél, y de la soberbia fortaleza de torreones y muros que aún subsisten en el día en la eminencia del cerro ó colina en que está Estepa.

»Estas mismas circunstancias que refiere Tito Livio, juntas con las que añaden Appiano y Estéphanó hablando de la antigua Astapa, nos hacen di-

sentir del pensamiento de Franco en cuanto á que la primitiva Astapa, después de su destrucción, fué reedificada, trasladando sus lápidas y monumentos romanos, al sitio fuerte que hoy ocupa Estepa, y que entonces tomó el nombre de *Ostippo*. Porque las referidas circunstancias de su perpetua enemistad con los romanos, y las injurias y agravios que les hizo antes de su destrucción, no permiten que creamos que la primitiva Astapa tuviera lápidas ni otro algún género de monumentos romanos. Ni las que en tiempo de Franco se veían en Estepa, ni las que después se han descubierto en sus inmediaciones, dan el menor indicio de semejante traslación; porque unas y otras convienen en dar el nombre de *Ostippo* (como veremos cuando tratemos de ellas), y ninguna ofrece el nombre antiguo de *Astapa*, como era regular si fueran inscripciones trasladadas allí de las ruinas de *Astapa*, como memorias que ella había erigido en su tiempo en obsequio de los romanos y con sus propios caracteres.

»Esta misma reflexión juzgo que dió motivo al P. Mtro. Flórez para hacer un género de retractación paliada, que se nota en su tomo III de las *Medallas de España* al fol. 16, tratando de una que tiene el nombre de Astapa, que dice se halla en el precioso Gabinete del Sermo. Sr. Infante D. Gabriel Antonio. Porque haciéndole fuerza las referidas razones, que él mismo se propuso, no pudo atribuir dicha medalla á la primitiva *Astapa*, que fué tan acérrima enemiga de los romanos, que no es creíble

admitiera el uso de su alfabeto y caracteres: y por tanto reduce dicha moneda á la nueva *Astapa*, que dice fué reedificada «*por ser el campo fértil, cerca del río Genil* (1), *y confinante con el de Ventipo.*»

»Ésto, á la verdad, no parece que fué otra cosa que reformar lo que había dicho en el tomo X de la *España Sagrada* al fol. 79, tratando de los pueblos del Convento jurídico Astigitano. Porque allí supone, con el parecer de Harduino, y contra el de Weseling, que la primitiva *Astapa* y *Ostippo* fueron un mismo pueblo, sin que obste la diversidad de nombres, pues dice: «no debemos detenernos (2) en que *Ostippo* y *Astapa* parezcan pueblos diversos; pues mientras un mismo autor no mencione los dos nombres, se puede reducir la variedad á los copiantes, sabiéndose lo mucho que se pervirtieron las voces de los lugares de España en los códices antiguos, como se ve en mil partes.»

»Pero debió el reverendísimo (para no confundir ni aun en su primera fundación á *Astapa* con *Ostippo*) atender lo primero á las distintas circunstancias con que los mismos escritores caracterizan á *Astapa* y *Ostippo*. Aquélla se pinta tenazmente adherida á los cartagineses, y poseída de un odio indeleble á los romanos, y ésta, según Plinio, era de la facción de éstos, gozaba de su amistad, y los privilegios de ser un pueblo libre. Lo segundo, que el *Ostippo* no perdió este antiguo nombre aun ree-

(1) FLÓREZ.—*Medallas de España*, t. III, fol. 16.

(2) ID.—*España Sagrada*, t. X, fol. 79.

dificada *Astapa* con el mismo que anteriormente tenía; como lo acredita la moneda que refiere, y el hecho de contar Plinio á *Ostippo* como existente aun después de la segunda fundación ó repoblación de *Astapa*. Lo tercero, que no es fácil persuadirse á que *Astapa* y *Ostippo* era mera variación de los copiantes; este nombre se ve en Plinio, y juntamente en el Itinerario de Antonino. La palabra *ippo* en composición de nombres de ciudades fué muy frecuente en la Bética: el mismo Padre Maestro menciona en sus obras á *Ventippo*, *Orippo*, *Irippo*, *Serippo*, *Belippo*, *Lacippo*, *Decippo*, *Andorisippo*, sin otros muchos que pueden añadirse; y por tanto parece que no debía extrañar que hubiera cerca de *Astapa* otro pueblo diferente cuyo nombre fuera *Ostippo*.

»En efecto, se acredita que lo había ciertamente, así por las piedras ó lápidas romanas que había en Estepa en tiempo del Ldo. Juan Fernández Franco, como por otras que se descubrieron no lejos de esta Villa habrá cosa de diez años (de que daremos copia en su lugar), en las cuales consta el nombre *Ostippo*; con lo que indubitablemente se concluye que *Astapa* y *Ostippo* no deben confundirse en tiempo alguno, sino entender que fueron pueblos diferentes, contemporáneos, y tan distantes entre sí como hoy están la actual villa de Estepa y el despoblado que existe cerca del río Genil, en que ciertamente estuvo la antigua *Astapa*, así en el tiempo de su primer origen, como en el posterior á su ruina, si es cierto que volvió á reedificarse.

•Dije tan distantes como hoy están el referido despoblado y la actual villa de Estepa, no sólo porque las piedras de que hemos hecho mención convencen con su relato que la antigua *Ostippo* tuvo ciertamente su topografía en el mismo sitio que hoy ocupa Estepa, sino también porque en esto están conformes el Itinerario de Antonino Pío, varios escritores antiguos y modernos, y los muy sabios y eruditos Sres. D. Adán Centurión, Marqués de Estepa, y su hijo D. Juan de Córdoba y Centurión, que fueron sumamente inclinados al estudio de la antigüedad, é hicieron tanto aprecio de los monumentos romanos, que no perdonaron diligencia ni gastos para recoger cuantos pudieron encontrar en su Villa y Estado y colocarlos en una casa de placer que hicieron en el Lugar de Lora, en cuyo suntuoso frontispicio se puso una gran lápida en que se refiere el hecho de esta recolección de antigüedades, y el fin que para ello le movió. En dicha lápida se intitula este estado *Ostipponense*, porque en los mismos monumentos que allí depositaron se hacía patente que el nombre antiguo del pueblo que había en el sitio que hoy ocupa éste fué el de *Ostippo*.»

.....

«En la misma inteligencia han vivido sus mismos naturales desde que el santo rey D. Fernando se apoderó de esta Villa, lanzando de ella á los árabes, ó moros. Fundo este concepto, ó modo de pensar, en que en la suntuosa ermita de Nuestra Señora de la Asunción, patrona de Estepa, á más de los es-

cudos de armas de los Excmos. Sres. Marqueses de este Estado, que hay en las cuatro pechinas que sostienen la media naranja de su capilla mayor, se ven por bajo de ellos otros cuatro escudetes menores, que tienen un manojo de espigas y un racimo de uvas por blasones ó empresas, y un mote ó lemma que dice: «*Ostippo; Quid ultra?*» Lo cual hace presumir que éste sería el primer escudo de armas de que usó esta Villa antes de ser de la Orden de Santiago, en cuyo tiempo tuvo por escudo la espada roja con veneras propio de esta Orden de caballería, como se muestra en la iglesia mayor y otras de todo el Estado, y sobre la antigua puerta de la Villa, que se conserva en el muro. Y, finalmente, las de los Sres. Marqueses de este Estado, que son la banda roja con escaques de plata, y la rosa de oro que dió Bonifacio VIII á Juan Ultramarino, que fué el primero que se llamó Centurión.»

D. JUAN AGUSTÍN CEAN BERMÚDEZ

En su *Sumario de las Antigüedades Romanas* siguió servilmente á Franco, sin estimar ó sin conocer las ilustraciones del Cura de Montoro. Copiamos:

Página 309.—«*Estepa*: villa de la provincia de Sevilla y cabeza de doce aldeas: dista diez y siete leguas de su capital y tres al Mediodía de Écija. La llamaremos *Estepa la nueva*, porque á ella se trasladó la población que estuvo antes en otra, que diremos la vieja y es al presente un despoblado apartado de la nueva dos leguas al Norte, en la orilla meridional del Genil, hacia la villa de la Puente de Don Gonzalo.

»Llamaban los romanos á ésta Astapa, de la que han quedado grandes ruinas, sepulcros, una portada de piedra labrada y otras antigüedades romanas en un cerro que dicen Camorrillo, inmediato al sitio en que estuvo la ciudad, y otras ruinas y trece

cuevas en otro cerro nombrado Camorra (1). Era Astapa enemiga irreconciliable de los romanos, y por no entregarse á ellos, dice Apiano Alejandrino que cual otra Numancia, invocando á sus dioses, arrojó en una grande hoguera los ancianos, las mujeres, los niños y todas sus riquezas el año de 547 de la fundación de Roma. Esta fué la causa de que se mudase Estepa al sitio alto y enriscado en que ahora está, ó, por mejor decir, que se fundase de nuevo con el nombre de *Ostipo* ú *Ostippo*, que la dieron los romanos, para que no quedase memoria de la antigua.

»Y este es el motivo de no tener otras antigüedades que las que se llevaron de la vieja, cuales son: una estatua grande de piedra, maltratada, que representa á Hércules, colocada en la plaza; su basa ó pedestal con letras que apenas se pueden leer, y que con mucho estudio se ha podido inferir el que Annia Lais hizo la obra y la dedicó con juegos circenses de á caballo y con banquetes públicos: una columna de jaspe, que sostiene la pila del agua bendita en la iglesia de San Sebastián, y una lápida de mármol blanco llevada de otro despoblado que está entre las dos Estepas nueva y vieja (2), con una inscripción que dice así:

(1) Ni en Estepa ni en Astapa hay tales cerros Camorra, ni Camorrilla, ni tales cuevas. Probablemente por una confusión de apuntes ó cédulas aplicó á estos lugares una nota que correspondería á Teba del Condado.

(2) Probablemente se refiere Ceán á los *villares* de Pozo Antonio.

L. CAESIVS . MAXIMINVS
CEDRIPONENSIS
AN . XXI . HIC . INTER
FECTVS . EST . SIT . TIBI
TERRA . LEVIS.

»Perteneía Ostipo á la región de los túrdulos: era la décima mansión de la vía militar que venía de Cádiz á Córdoba; y tiene derecho para atribuirse dos monedas que se dicen acuñadas en *Ostur*, ahora Costur, pueblo del reino de Valencia, en cuyo artículo se describen. Digo que tiene derecho, porque en el anverso de una de las dos monedas se lee OST . VR, lo que con el punto en el medio conviene mejor á OST(ipo) VR(bs) que á OSTVR, pueblo de los ilercaones, grabado en el anverso de la otra.»

FR. JUAN DE S. ROMÁN

En su obra *Discursos sobre la república y ciudad antiquísima de Ostippo y su fundación segunda*, 1716, MS. en la Biblioteca Provincial de Sevilla y en el Archivo Municipal de Estepa, se muestra partidario de la opinión de Franco. No transcribimos cosa alguna de este autor, porque, sobre no contener nada nuevo, es de pesada lectura.

D. ANTONIO PONZ

Dice este autor en su obra *Viaje de España*, t. XVII, carta cuarta, págs. 192 y siguientes, lo que vamos á trasladar:

63.—«La villa de Estepa se alcanza á ver desde Écija, de donde dista cinco leguas, por estar en una colina desde la cual se descubren las llanuras de su dilatada campiña, poblada de grandes olivares, sembrados y toda suerte de cosechas. Á más de sus dos parroquias tiene tres conventos, uno de los cuales es de monjas. Hay palacio grande de sus señores.»

64.—«Esta Villa es cabeza de marquesado desde el tiempo de Felipe II, concedido á Marcos Centurioni, de una de las casas más ilustres de Génova. Yo me hubiera llegado allá de muy buena gana por ver una colección de fragmentos de estatuas antiguas que había recogido uno de los señores Centu-

rioni, caballero de exquisito gusto; pero habiendo sido trasladadas á Sevilla poco hace para colocarlas con las otras antigüedades de aquel Real Alcázar, dejo de hablar de ellas hasta verlas allí, como espero.»

65. — «Estepa se llamó antiguamente *Astapa*, y ya era pueblo muy considerable (sin duda más que ahora) en la segunda guerra Púnica. Confederados con los cartaginenses, y enemigos mortales de los romanos, como lo eran Cazlona y otros pueblos de Andalucía, fueron también objeto principal de sus venganzas; pero destruída Cartago por el tercero de los Scipiones, y no pudiéndose defender de las fuerzas romanas que vinieron contra ellos, renovaron la catástrofe de Sagunto y Numancia, peleando hasta morir, y entregando á las llamas, con las riquezas que tenían, sus propias mujeres é hijos, como lo cuenta Tito Livio, el cual concluye: *ita Astapa, sine praeda, militum ferro, ignique absumpta est.*»

La opinión que antecede la rectifica en el tomo XVIII, carta segunda, en esta forma:

«No me parece que *Astapa* fuese la que se ha tenido por tal, y ahora llaman Estepa, en el reino de Sevilla, cerca de Écija, sino este pueblo de Estepona: aquélla se llamó sin duda *Municipium Ostipponense*, y no fué la Astapa que han creído con Morales otros célebres anticuarios. El Sr. D. Fran-

cisco Bruna tiene en su gabinete de Sevilla documentos claros, así en medallas como en mármoles, que demuestran no haber sido *Astapa* la Estepa del día, sino que ésta fué el Municipio Ostiponense; y por consiguiente (!) había sido *Astapa* Estepona, la que según Tito Livio no quiso Lucio Marcio que se asolase por la famosa defensa que hizo.»

LAFUENTE ALCÁNTARA

En su *Historia de Granada*, t. I, siguiendo á Ponz, é interpretando erróneamente el parecer de Franco y López de Cárdenas, reduce á Estepona la antigua Astapa. Creemos innecesaria la copia del texto á que nos referimos.

D. MODESTO LAFUENTE

Historia general de España, lib. I, cap. V:

«Entretanto el intrépido Marcio iba subyugando el resto de las ciudades de la Bética. Sólo Astapa (cerca de donde hoy está Estepa), recelando le estuviese reservado un castigo», etc.

R. DOZY

Investigaciones acerca de la Historia y de la Literatura de España, t. I, ed. de Sevilla.—Al tratar de la transcripción árabe de los nombres romanos, dice en la página 395:

«4.º La terminación árabe en *a* representa diferentes terminaciones latinas; á saber:

»a—la terminación latina en *a*.

»b—el nominativo ó el ablativo en *o*. Ejemplos: Ostippo, Astaba, hoy Estepa: Egabro, Cabara, hoy Cabra.»

D. ANTONIO DELGADO

«La célebre ciudad de *Astapa*, en la Bética (Estepa)»... (1)

«..... *Astapa*, población antigua de la Bética, hoy Estepa» (2).

(1) *Nuevo método de clasificación de las Medallas autónomas españolas*, t. I, Prolegómenos, pág. XXXVIII.

(2) Ob. cit., t. III, pág. 80.

D. LUÍS MARAVER Y ALFARO

En su *Historia de Córdoba*, t. I, pág. 78, escribe:

«No fué tan débil el comportamiento de *Astapa*. Esta ciudad, cuyas ruinas se ven cerca del río Genil, á corta distancia de Antequera, y cuyo nombre se conserva en la villa de Estepa, á unas 8 millas del sitio que ocupó la antigua», etc.

EXCMO. SR. D. FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Hablando de las ciudades que debieron población á una de las emigraciones de iberos, dice (1):

«Asta, Nebrija y Calduba ó Colobora, en los esteros del Betis; Sala y Salduba, cerca de la costa del Estrecho; Seria y Urión, al Occidente; Astapa, no lejos del Genil; Astigi vetus, donde conflúan los dos ríos, según parece indicar su nombre», etc.

Por nota á este pasaje pone el Sr. Fernández y González lo siguiente:

«*Astigi*, que también se escribe *Astagi* (Hübner, *Inscriptiones Lat. Hispaniae*), parece designar dos ríos ó corrientes de agua, alterada la pronunciación de Astabi ó Astani, es á saber, Asta-*ui*. La interpre-

(1) *Primeros pobladores históricos de la Peninsula Ibérica*, pág. 252.

tación de Asta por agua en el dialecto mastitano ó bastitano resulta de un pasaje de Plinio (*Historia Natural*, lib. V, cap. X, párr. 4), el cual explica *Astapus Astaboras* y *Astusapes* en el idioma de los mastienos que habitaban la isla de Meroe. «Cognominatur Astapus quod illarum gentium lingua significat aquam e tenebris profluentem circa clarissimam earum Meroen. *Astabores* sacro alveo dictus, hoc est, ramus aquae venientis e tenebris, dextro vero *Astusapes*, quod latentis significatio adiicit.» Conviene recordar que la antigua Astapa ú Ostipo se hallaba situada junto al Genil, que tiene su nacimiento cerca de la laguna de Bacares

EMILIO HÜBNER

Inscriptiones Lat. Hispaniae, pág. 196.

«Astapa urbs a C. Marcio a. 548 P. Scipionis ductu auspicioque expugnata secundum Livium (28, 23, 5) et Appianum (Iber. 33) Harduini coniectura admodum probabili eadem putanda est atque Plinii (3, 3, 12) et itinerarii (p. 411, 3) Ostippo, quae est *Osípon* Ravennatis (4, 45 p. 316, 16). Vocalium enim mutatio similis est atque in Ἀνδοβάλησ Indivilis nominibus apud Polybium Liviumque, situs vero, qualem quidem Astapae fuisse e Livii narratione coniectura assequimur, optime convenit. Neque obstat quod urbs *nec situ nec munimento tuta* (Livius 28, 22, 3) *ferro ignique* dicitur *absumpta* esse: nam prorsus dirutam esse neque ullo tempore restitutam Livius nullo modo asserit. Eius urbis nomen superesse in *Estepa* hodierna certum fit titulis Ostipponis nomen exhibentibus in 1449, 1450, qui aut in ipsa urbe

aut non procul inde inventi sunt; si tum accurate respondere demonstrari nequit (cf. titulus n. 1441 in *Estepa la vieja*, ut dicunt, repertus).»

.....

Id.—Supplementum, pág. 869:

«Astapam veterem urbem ab Ostippone non diversam fuisse mihi adhuc probabile videtur, quamquam contra locutus est Detlefsenus (Philol. vol. XXX a. 1870 p. 271 s.), propterea quod Astapam olim dirutam esse constet, Ostippo vero inter *oppida libertate donata* numeretur a Plinio (III § 12). Neque enim paucae urbes vetustae quamquam deletae ex parte tamen superstites manserunt atque restitutae sunt. Idem vir doctus libertatis eius testem putavit esse decemvirum maximum tituli supra propositi (n. 5048) probabiliter indeque etiam Cartimam, ubi idem magistratus reperitur (n. 1953), liberam civitatem fuisse coniecit. Praeter Astigi vetus et Ostipponem, quae Plinius sola nominat e sex oppidis Baeticae liberis, Cartimam et Singiliam, quod municipium Flavium liberum dicebatur (p. 272), eiusdem dignitatis fuisse sane probabile est; reliqua duo quae fuerint, nondum apparuit.

»Nondum videre licuit librum Antonii Aguilar y Cano, *Memorial Ostipense, extracto de varios curiosos libros que se ocupan de la antigua Ostippo ó Stippo y actual Estepa* (vol. I, Estepa, 1886, 8); neque vero puto multa inde discenda esse.»

INSCRIPCIÓN IBÉRICA

INSCRIPCIÓN IBÉRICA

DE LOS CASTELLARES

FRAGMENTOS *de un estudio epigráfico debido al Doctor D. Manuel Rodríguez de Berlanga y publicado en el núm. 11 de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, correspondiente al mes de Noviembre de 1897.*

«El Sr. D. Antonio Aguilar y Cano, que en 1876 tuvo la fortuna de descubrir la segunda inscripción geográfica de *Sabora*, me comunicaba el 18 de Noviembre de 1895 la buena nueva *que hacía pocos días había sabido que en el cortijo de Gabriel Gutiérrez, partido del Charcón, sitio denominado de los Castellares, término de Puente Genil, próximo al más generalmente admitido emplazamiento de Astappa, se había descubierto y existía una piedra con letras*, que fué en seguida á examinar al mismo lugar del hallazgo, entablado negociaciones para adquirirla. Á los ocho meses volvió á escribirme anunciándome que me remitía por ferrocarril la piedra escrita de los Castellares, que llegó á mi poder á fines de Julio de 1896.

»Examinada detenidamente, resulta ser una gran losa, muy gruesa y en extremo pesada, que tiene por lo más largo un metro, por lo más ancho 0,45^m y por lo más alto 0,15^m, apareciendo toscamente desbastada por sus dos caras, sin haber sido pulimentada antes la que después fué grabada, no habiendo sido sus costados trazados á escuadra ni cortados con cincel, sino quitadas únicamente sus escabrosidades con algún martillo, que pudo ser de piedra, dejándolos con una figura muy irregular. Lo somero de los rasgos de las letras no parece indicar que hayan debido ser trazados por instrumento de metal, que los hubiera grabado más profundamente y no tan finos y superficiales, sino más angulosos y acentuados; pero esto no pasa de ser una mera conjetura bien liviana. Lo que sí es cierto que la tal losa resulta dividida en tres compartimientos: uno en la parte superior con tres renglones horizontales, separados por una raya muy regular del resto de la cara superior de la piedra; otro en el costado inferior de la izquierda, donde se dejan ver algunas letras en un solo renglón, trazado verticalmente, y un tercero en el lado derecho de la misma parte baja del monumento, del que nada puede rastrearse por ser tantas las rayas que en distinto sentido lo cruzan, que he desesperado de llegar á restablecer su lección ni aun de una manera probable.»

.
«Los caracteres que se conservan de los renglones segundo y tercero, por la dirección del pri-

mer signo de la izquierda de la segunda línea, del segundo, tercero y sexto de la tercera, están indicando que el texto se encuentra trazado de izquierda á derecha como el de las más modernas piedras escritas con tales caracteres y como las leyendas de las monedas ibéricas, lo cual parece oponerse á la conjetura de que los dichos caracteres no hubiesen sido abiertos en la losa con punzón de metal. Antes y después de las letras con que comienza y termina cada uno de los dos renglones de la parte superior debió haber alguna otra que ya no existe ó no puede distinguirse ni determinarse con exactitud. Todos los signos perceptibles de esta inscripción son ciertamente ibéricos, análogos á los de la piedra de Alcalá del Río (1), á los de las lápidas ibero-lusitanas, conocidas por las copias de Fr. Manuel do Cenáculo, Obispo de Beja, *Pax Iulia* (2), y á las encontradas en Bensafrín y otros lugares de Portugal, que he visto en el Museo de los Algarves, en Lisboa (3).

»Los estudios sobre el abecedario y el idioma de los iberos han progresado tan poco como los del alfabeto y la lengua de los etruscos: de éstos se conocen la equivalencia de los signos gráficos de que se valían y algunas palabras de las que usaban, mientras de aquéllos son numerosísimos, y ninguno definitivo, los sistemas de lectura hasta el presente idea-

(1) HÜBNER.—*Mon. Ling. Iber.*, LXI, pág. 189.

(2) Ibidem.—LXII á LXX, págs. 192 á 197.

(3) Ibidem.—LXXI á LXXV, págs. 197 á 200.

dos; y en cuanto á los vocablos, como no sea alguno que otro nombre de pueblo revelado por las monedas, todo lo demás se ignora por completo, porque se ignora adónde ir á buscar los restos hablados de aquella lengua desaparecida.

»Persistir en suponer que éstos se encuentran hoy en el antiguo vascuence (1), es retroceder á los días de Larramendi, de Erro y de Astarloa: y aunque á este tal hayan levantado una estatua sus entusiastas conciudadanos, la *Apología de la Lengua Bascongada*, sobre la que su pedestal se asienta, no dejará de ser la más grande de las aberraciones del espíritu humano, obra únicamente propia de un escritor desjuiciado, y no de persona de verdadera erudición y de reposado criterio (2).

(1) Larramendi, Astarloa, Erro y sus modernos secuaces escribieron y siguen escribiendo en español *basco* y *vascuence*, como D. Iharce de Bidassout y Baudrimont *basque* en francés. La Real Academia Española con mejor acuerdo, respetando la ortografía clásica del latín en *Vasconia*, *Vascones* y *Vasconicus*, establece en castellano la forma regular etimológica de *Vascongado* y *Vascuence*.

(2) Dos ilustres escritores, gloria de la Alemania, los señores D. Teodoro Mommsen y D. Emilio Hübnér, que hace más de treinta años (*habla el Dr. Berlanga*) me dispensan su sincera amistad, profesan respecto del vascuence las opiniones humboldtianas; por ello el presente trabajo no puede tener, ni es mi propósito que tenga, el carácter de impugnación, sino únicamente el de mera exposición de los principales fundamentos en que apoyo mi oposición al vasco-iberismo. Si son mis razones sólidas, al cabo se harán lugar en su día, aunque hoy sean recibidas con indiferencia: si vanas, por su misma deficiencia enseñada han de caer en el olvido. Pero de todos modos debo hacer

SIGNOS QUE SE ENCUENTRAN USADOS
EN LA INSCRIPCIÓN DE LOS CASTELLARES
Y SU EQUIVALENCIA CONJETURAL

FIGURAS	VELÁZQUEZ	DELGADO	ZOBEL	HÜBNER
X	X	T	D	D
I	I	I	I	I
Ɔ	R	A	A	A
A	A	Ca	Ka	Ca
Ɔ	E	E	E	E
Δ	D	D	D	D
μ		V	Ho	V
∩		I	I	I
≠	E	E	E	E
1	G	G	L	

»La X por su figura corresponde á la T, como ya indicó el Sr. Delgado, y no á la D como supuso Zobel sin apoyar su corrección en fundamento alguno sólido. La forma ibérica de la D es la de un

constar que al emitirlas lo he de verificar con todo el respeto que me merecen estos dos eminentes sabios germanos, de quienes me consideraría humilde discípulo, si por mi falta de facultades y de conocimientos no temiera ofender sus aptitudes profesionales.

triángulo equilátero; el Sr. Delgado, leyendo correctísimamente la leyenda numaria MEDAINVM (1), hace dos observaciones justísimas: la una que este nombre, aunque escrito en letras ibéricas, tiene la forma latina; y la otra, que la D íbera, al pasar al latín, se transforma á veces en T, convirtiéndose el DuRIASV de las monedas en el TVRIASO de los geógrafos (2).

»La I de los iberos no puede ser la I latina, como quieren Delgado y Zobel, por las razones expuestas en mi *Hispania Anteromana* (3), que no han sido refutadas hasta el presente con argumentos atendibles. Las vocales aconsonantadas inventadas por el Sr. Zobel, como *I, Ie*, no han existido más que en su imaginación, habiendo sido conducido quizá á este error por los signos ligados que representan dos letras, como < en *Cesse*, ꝛ en *Erkavika* y Δ en *Duriasu*. La verdadera I de los iberos tiene la figura de una N con un cuarto rasgo vertical en el centro y por la parte superior de la línea diagonal que une las dos de los extremos, encontrándose en muchas palabras escritas con dichos caracteres unida á veces en la misma sílaba con el ya referido signo I, interpretado por el Sr. Zobel como de idéntico sonido, lo cual sería un absurdo en paleografía crítica, que dos letras de igual valor fonético tuviesen en un mismo vocablo dos formas diversas.

(1) DELGADO.—N. M., III, pág. 311.

(2) Ibidem.—Pág. 411.

(3) Ibidem.—pág. 208.

»La P ha sido con gran acierto señalada como A por el Sr. Delgado, y por ello el signo inmediato A no puede tener la misma equivalencia fonética, sino corresponder más bien al nexa Ka.

»El fragmento P puede serlo de la letra E.

»El signo H , que el Sr. Delgado interpreta con razón por V, viéndose usado en monedas del Mediodía y no en las del Norte, tiene la excentricidad el Sr. Zobel de suponerlo una Ho, sin que haya logrado comprender la razón en que para ello se funde.

»La letra I pudiera ser una G, como ya indicaron Velázquez y Delgado.

»El signo decimocuarto H que aparece en cuatro monedas ibéricas muy conocidas (1), quiere el señor Delgado sea una E; pero para mí, como también he indicado en mi *Hispania Anteromana* (2), más parece que deba equivaler á un *Samech* (3).

»La lectura, pues, de esta nueva piedra ibérica, en caracteres romanos, pudiera ser:

Según Delgado.

Según Hübner.

TI	DI
ACaEII	AKaEII
DVACaCaIE	DVAKaKaIE
GICaCa	LIKaKa (4)

(1) DELGADO.—*N. M.*, III, págs. 80, 283, 381 y 418.

(2) Pág. 210.

(3) *Scröder Die Phönizische Sprache*, p. 76. *Taf. B. Levy Phönizische Studien*, I, taf. 3.

(4) *Dia*, cáfila.—*Akalea*, usagre.—*Doacabea*, infortunado.—*Doakaitz*, desgraciado.—*Lika*, muérdago.—*Kaia*, puerto.—*Kaioa*, gaviota.

» Considerando detenidamente los diferentes grupos de caracteres fonéticos bien conocidos, á los que se pueden reducir los signos ibéricos de la inscripción inédita de los Castellares, se descubre sin esfuerzo alguno que ninguno de ellos tiene la menor semejanza con las formas gramaticales del vascuence, no siendo posible encontrar entre aquéllos palabras vascongadas, ni aun consideradas aisladamente, ni mucho menos que enlazadas entre sí formen sentido cabal y comprensible.

» Esta prueba sería decisiva contra el vasquismo de los epígrafes iberos, si no fuese porque la leyenda de los Castellares resulta mutilada en los principios y fines de los dos renglones más esenciales, y si, como los textos análogos en piedra, no ofreciesen la misma dificultad para su lectura que presentan los viejos manuscritos latinos, en los que las letras se encuentran siempre unidas y unas tras otras, sin aparecer espacio en blanco entre las diferentes palabras, como sucede en la escritura moderna, ni signo alguno de separación entre los distintos vocablos, como en las antiguas inscripciones romanas.»

.
.



ASTAPA EN LA LITERATURA

AL DEFENSOR DE ASTAPA

Quisiera ¡oh gran Vetulio! que mi lira
Émula fuese del cantor troyano,
Para encomiar con estro soberano
La sublime virtud que en ti se mira.

Entonces su conuento, ardiendo en ira,
Escarnio fuera del audaz romano,
É himno de honor para el valiente hispano,
Que por sus lares y á tu lado expira.

¿Pero á qué necesita tu heroísmo
Que una vez más se evoque su memoria,
De altivez y lealtad raudal fecundo?

Tu excelso nombre y claro patriotismo
Eternos vivirán en nuestra historia,
Siendo la prez y admiración del mundo.

RAFAEL MOYANO Y CRUZ.

EN LAS RUINAS DE ASTAPA

Manes de la ciudad que se alzó ingente
Del Genil en el borde cristalino,
Referid al cansado peregrino
Los grandes hechos de la antigua gente.

Contadle cómo pudo aquel torrente
De independencía y de valor divino
Imponer á los siglos su destino,
Y herir de Roma la soberbia frente.

Y si pusiera en duda tal proeza
Nuestra generación desfallecida,
Infundidle el vigor y la nobleza

De aquella insigne juventud temida,
Para que copie su inmortal fiereza
Y en aras del honor quemé la vida.

RAFAEL MOYANO Y CRUZ.

LA DEFENSA DE ASTAPA (1)

En sangre se inundaron
Valles y cumbres; hórridos clamores
Retumban por doquier; y armas y saña
Y exterminio y horror cubren á España.
EL DUQUE DE RIVAS.

Luto doquier, devastador estrago
Mira la España en su fecundo suelo,
Que las huestes de Roma y de Cartago
Luchando siembran exterminio y duelo;
De hirviente sangre el extendido lago
Cárdeno copia el reflejar del cielo,
Y sobre el campo, que la sangre baña,
Se mece incierto el porvenir de España.

El valeroso Asdrúbal acaudilla
De Cartago la hueste, á quien desdora
Doquier mirar cuál esplendente brilla
Del romano la enseña vencedora;
Y cual se arrastra débil la barquilla
Á impulsos de corriente bramadora,
Del aurífero Dauro hacia la vega
En marchas uniformes se replega.

En tanto Lucio Marcio, valeroso (2),
De Cartago al ejército seguía;

(1) Esta composición obtuvo el primer premio del asunto histórico en el Certamen de los Juegos Florales que se celebraron en Córdoba la noche del 20 de Junio de 1862.

Las notas pertenecen al autor de la poesía.

(2) TITO LIVIO. — Lib. VIII de la tercera *Década*, cap. X.

Que es de Roma el caudillo portentoso
Que las legiones esforzadas guía.
Del ancho Betis el raudal hermoso
Al romano las glorias sonreía;
Ejército invencible, á quien alienta
Ver que por triunfos las acciones cuenta.

Palmas alzando á su perenne gloria,
Cruza el romano la anhelada España,
Dejando en cada piedra una memoria,
Señal eterna de su eterna saña;
Nuevo laurel á su guerrera historia,
Que de Cartago el esplendor empaña,
Doquier ciñendo en el envite rudo
Quien lleva el pecho por mejor escudo.

El campo al recorrer con vivo anhelo
Del romano los bravos escuadrones
Al frente llevan, de lealtad modelo,
Aguerridos y fuertes centuriones;
Luto sembrando y exterminio y duelo
Del enemigo bando en las legiones,
Do es cada palmo que el romano avanza
Un nuevo juramento de venganza.

La sangre en lagos por doquiera hervía
En los confines de la hispana tierra,
Y ya al cartaginés estremecía
El entusiasta grito de la guerra:
Cediendo al fin de su tenaz porfía,
En los campos del África se encierra,
Valles dejando en glorias tan prolijos
Regados con la sangre de sus hijos.

Mas de España los fieros corazones,
Que la amistad desprecian del romano,
Ódio eterno jurando á sus legiones
Con su invencible aliento sobrehumano,
Agrupados elevan sus pendones,
Á Vetulio eligiendo soberano (1),

(1) F. FERNÁNDEZ VILLABRILLE.—*Museo de Familia*.

Y nadie tiene en su elección zozobra,
Porque es de España, y corazón le sobra.

Y al noble grito que lanzó iracundo
De muerte ó libertad, todos se unieron;
De acrisolada unión grito fecundo,
Que las auras suavísimas mecieron:
Y resonando por el yermo mundo,
Los cimientos de Roma conmovieron;
Que á todos rige en su perdida calma
Un solo corazón, tan sólo un alma.

Y de Astapa en los muros guarecidos,
Juntos aguardan la contraria suerte,
Y en su ardiente valor juran reunidos
Atroz venganza y exterminio y muerte.
Allí anhelan morir como aguerridos,
Doquier luchando en el combate fuerte,
Atrás dejando, en súbita arrogancia,
Á los eternos héroes de Numancia.

Era Astapa ciudad mal resguardada,
Del undoso Genil en las riberas
Sobre alfombra de flores matizada,
Do se alzaban altísimas palmeras;
Donde el aura sutil y embalsamada,
Susurrante al vagar por las praderas,
Los perfumes recoge de aquel suelo,
Que mece ufana y que remonta al cielo.

Vestido el sol con oro y escarlata,
Y el cielo de purísimos colores,
La tibia luna de brillante plata,
Y el verde campo de galanas flores;
La adormecida sierpe se dilata
Por no hollar de su arena los primores,
Vistiendo sólo, cual palpable bruma,
Su rico manto de nevada espuma.

Ante aquesta ciudad de sangre ardiente
Presentase el romano en su desvelo,
La paz brindando á la entusiasta gente

Que altiva guarda el astapense suelo;
Y al escuchar que del romano al frente
«Guerra» clama Vetulio en fuerte anhelo,
Cual eco rudo del clarín nefando
Su voz resuena por su extenso bando:

«Invencibles bravísimos arqueros,
Orgullo de Scipión, prez del romano,
Que tras años catorce los primeros
El triunfo eterno contempláis cercano;
Si hoy pretende humillar vuestros aceros
En fuerte liza el aguerrido hispano,
Seguid, seguid vuestra triunfal carrera,
Que frondoso laurel allí os espera.

»Que el que á los hijos de Cartago humilla
Y de Asdrúbales burla la pujanza
Al rudo golpe de feroz cuchilla,
Al fuerte envite de potente lanza,
Fuera mengua eternal, fuera mancilla,
No asegurar del triunfo la esperanza;
Que nada aterra al que á Cartago doma,
Nada aterra á las águilas de Roma.

»Al frente de agilísimos honderos
Marchen sin par valientes centuriones,
Y guarden con sus cotas los arqueros
El exceso en valor de los options;
Prefectos y tribunos con flecheros
Atentos oigan del clarín los sonos,
Y formen para muro en la batalla
De cadáveres mil roja muralla.»

Dijo, y al muro, do la hispana gente
Espera á sus guerreros guarecida,
Marcha el romano de su tropa al frente,
Alarde haciendo despreciar la vida;
Y lleva sobre el casco blandamente
La zarcota de plumas extendida,
Do se enlaza de palmas la corona (1)

(1) ALEJANDRO ADAM.—Los caudillos romanos acostumbraban á

Que su arrogancia y su valor pregona.

En tanto el gran Vetulio, del hispano
Al frente, valeroso se presenta,
Y tendiendo la vista do el romano
À sus cohortes aguerrido alienta,
Esgrime su cuchilla en fuerte mano
Y «á la guerra» les grita más crüenta,
Y «á la guerra» repite el clamoreo;
Que es de todos unánime el deseo.

Y «á la guerra» murmura delirante
Entre sus hijos venerable anciano,
Y es su voz la centella rutilante
Que el corazón enciende del hispano:
Odio eterno retrata en su semblante
El astapense, de la gloria ufano,
«Á la guerra» gritando, y nada asombre
À los que luchan de la España en nombre.

Y la hermosa Ania-Lais, de garzos ojos (1),
De tez rosada cual rosada aurora,
La que descubre entre sus labios rojos
Fresca gruta de perlas de Basora,
La que calma la angustia y los enojos
De Vetulio, que ardiente la enamora,
«Á la guerra» también repite ufana
De la gloria en la espléndida mañana.

Y «á la guerra» repite murmurando
El undoso Genil, que en ondas crece;
Y «á la guerra» repite en eco blando
El aura que en los campos se adormece:
Y en las centurias del contrario bando
El sonoro clarín sus ecos mece;
Ecos de guerra, que repite el viento
En la inmensa región del firmamento.

llevar una pequeña palma enlazada á la zarcota, como emblema de sus triunfos.

(1) Ania-Lais, nombre tomado de una inscripción que había en la basa de una columna colosal hallada en las ruinas de Astapa.—FERNÁNDEZ FRANCO.

Ya aparece magnífico en Oriente,
Rayos vertiendo de brillante lumbre,
El espléndido sol, que alza su frente
Sobre aquella entusiasta muchedumbre;
Iris que marca á la española gente,
Tras el llano y el monte y la alta cumbre,
La senda que conduce á la victoria,
Ó el camino indeleble de la gloria.

Cual formidable gigantesca peña
Que el cauce rompe y que desborda el río;
Cual inmenso raudal que se despeña
Y el campo arrasa con potente brío;
De Vetulio á la voz, que era la seña,
Y pendientes no más de su albedrío,
Al campo salen con potente saña
Los invencibles hijos de la España.

En tanto Maximino, á quien sustenta (1)
Del gran Vetulio el entusiasmo ardiente,
Acaudillando jóvenes cincuenta,
Guardando queda la indefensa gente;
Que, aunque igual arrogancia les alienta,
Luchar no deben del romano al frente,
Mientras que, haciendo de su arrojo alarde,
Haya un guerrero que sus vidas guarde.

Del bizarro Vetulio ante el romano
Ya el sufrimiento á su pesar se agota,
Y en liza desigual lucha el hispano

(1) El docto anticuario Juan Fernández Franco da noticia de una lápida sepulcral que en su tiempo se conservaba en la iglesia de San Sebastián de Estepa, dedicada á Lucio Celio Maximino, natural de Cedrippe, muerto en Astapa, á los veintidós años de su edad; y si bien opina que serviría en las tropas romanas, suponiéndolo natural de una ciudad de aquel nombre que había en Macedonia, el no menos diligente y erudito cura de Montoro, López de Cárdenas, lo contradice fundándose en que hubo un pueblo del mismo nombre en el Convento Astigitano, inmediato á Astapa, de donde es mucho más probable fuese oriundo Celio. Unido esto á que Ambrosio de Morales, citando á Appiano Alejandrino, asegura que Lucio Marcio prohibió á sus soldados que destruyeran á Astapa, y mandara conservar el noble sepulcro á sus principales caudillos, para que su heroica acción sirviera de ejemplo á la posteridad, nos mueve á conjeturar que Celio debió ser uno de los más señalados defensores de la ciudad invicta.

Cual potente huracán que el valle azota:
La sangre inunda el extendido llano
Do el glorioso laurel eterno brota,
Y allí Vetulio en su entusiasmo ardiente
Lucha de todos animoso al frente.

Un mar de sangre el campamento baña,
En la contienda desigual vertida,
Donde rinden gozosos á su España
El honroso tributo de su vida:
Allí, luchando con potente saña
Ante el fiero adalid, todo se olvida;
Sólo vive de gloria la esperanza;
Sólo resuenan gritos de venganza.

Mil flechas, revolando por el viento,
Raudas se agitan en veloz carrera,
Y de sangre se viste el campamento
Y un sol de fuego en el cenit impera;
Sólo resuena el funeral lamento,
Débil cruzando la gentil pradera,
Y la sangre que hierve sobre el monte
Tiñe doquier de sangre el horizonte.

De la romana tuba el eco agudo
Por el espacio penetrante hiende,
Y la gente de Marcio al choque rudo
En dos alas larguísimas se extiende (1):
Nadie impedirle el movimiento pudo;
Que ni el ardid ni la traición comprende
Quien deja abandonada la muralla
Por buscar cuerpo á cuerpo la batalla.

Pero el romano, que traición intenta,
Sus fuerzas une por opuesto lado,
Y entre la fuerte liza más sangrienta
Se ve doquiera el español cercado;
Mas, lejos de abatirse, fiero alienta
De los suyos el ánimo esforzado (2),

(1) MASDEU.

(2) Romani número quidem superiores erant: virtute vero Astapis nihilo illis inferiores fuerunt. — APIANO ALEXANDRINO.

Y es su valor y su arrogancia doble;
Que nada arredra al corazón que es noble.

Ya alfombrando se ven el rojo suelo
Javelinas doquier, cascos de pieles (1);
Ya brotan y se elevan hasta el cielo
De cien y cien combates los laureles.
¿Quién á pintar tan fervoroso anhelo
Encontrará colores ni pinceles?
¿Quién pudiera narrar, de gloria ufano,
De Vetulio el esfuerzo sobrehumano?

Y miran ya extinguirse su esperanza
Cual pierde el marinero ansiada tierra,
Cual rojo sol que al Occidente avanza,
Cual frágil nave que en los mares yerra;
Y aún la iracunda voz de la venganza,
Y aún los horribles gritos de la guerra
Entre el horrible rebramar del viento
Resuenan por el largo campamento.

Sobre el lago de sangre derramada
Animoso á Vetulio se veía,
Y á cada golpe de su férrea espada
Las recias cotas por doquier partía;
Cuando una flecha con furor lanzada,
Y que veloz por el espacio hendía,
De sangre inunda de Vetulio el pecho
Por dardo fuerte y matador deshecho.

Entonces Lucio Marcio en furias arde
Y animoso doquier su hueste alienta.
¿Quién tiene, grita, corazón cobarde
Cuando sólo de triunfos se sustenta?
Y al par, haciendo de arrogancia alarde,
Valeroso el de España se presenta,
Y allí se estrechan y animosos hieren
Y en ruda liza como bravos mueren.

Que si á impulsos no más de su albedrío

(1) ADAM.

Abandonar supieron la muralla,
¿Quién atrás vuelve hacia su cauce al río
Pedazos hecha la potente valla?
Aun mayor arrogancia, mayor brío,
Ostentan cada vez en la batalla;
Y si al fin Roma su poder derrumba,
Es porque todo el campo fué una tumba:

Que sólo arrancan el laurel ansiado
Del invicto romano las legiones
Cuando al morir el postrimer soldado
Ya no alientan hispanos corazones;
Y el rojo campo, por doquier sembrado
De tubas, astas-longas y pendones,
Al darle á Marcio el triunfo que ambiciona,
Rinde al de España la eternal corona.

Entusiastas del triunfo los romanos,
Anhelan ver de la victoria el fruto;
Corren á la ciudad, y, ya cercanos,
El ansiado botín calma su luto;
Mas invencibles siempre los hispanos,
Á la patria y honor dando tributo,
Prefieren el morir como valientes
Y no entregarse á la romanas gentes.

Ronca tuba pregoná la victoria
Por el inmenso llano y la colina;
Ruda señal, que evoca á la memoria
De la antigua Ilturgi la ruina:
Pero Celio, que alienta por la gloria,
Repite ufano al pueblo que domina:
«Antes morir, pues que á la suerte plugo,
Que domeñarnos á extranjero yugo.»

Y entre el furor que el corazón inflama
Prenden inmensa, abrasadora hoguera,
Y el fuerte viento que en redor rebrama
El fuego eleva hasta la azul esfera:
Allí, al furor de la encendida llama,
Para asombro de gente venidera,
Arrojan fervorosos en su anhelo

Cuanto enriquece su fecundo suelo.

Allí se estrechan de amistad los lazos,
Cada cual sus riquezas abandona,
Y se arrojan al fuego hechas pedazos
Joyas mil, que el incendio desmorona;
Allí se dan los últimos abrazos,
Junto á la llama que su honor pregona,
El que idolatra su beldad querida
Y la que pierde en él más que la vida.

Allí Ania-Lais, que desde el muro advierte
Victoriosa la hueste del romano,
Corre á la plaza, y exterminio y muerte
Pregona con aliento sobrehumano;
Y el pueblo entero, ante la adversa suerte,
«Muerte» repite en su delirio insano,
Y, en la arrogancia que su pecho inflama,
Se arroja altiva entre la ardiente llama.

Sobre el terrible fuego de la hoguera
Fantástica visión cruza un momento,
Cual lava hirviente, blonda cabellera
Suelta dejando en la región del viento;
Cárdeno manto prende en la cimera,
Que flotante oscurece el firmamento,
Y envuelto en nube de color de arminio
El ángel se elevó del exterminio.

Feroz blandiendo su iracunda espada
Sobre la inmensa hoguera se suspende,
Y el rayo asolador de su mirada
Ardiendo en ira el corazón enciende:
Fuego arrojando por marcial celada,
Que el rostro oculta y que del casco pende,
Se cierne altivo entre la inmensa nube
Que, roja en sangre, hasta el empíreo sube.

Y sobre el fuego abrasador se arroja
De tiernos hijos el amante padre,
Que de su imberbe prole se despoja,
Nada encontrando que su honor taladre;

Y, desgarrada de mortal congoja,
Entre sus hijos la convulsa madre,
Calmar creyendo tan feroz martirio,
Se arroja al fuego en su mortal delirio.

Rojiza nube la ciudad circunda,
Y sobre el fuego abrasador se mece,
Y el eco de la trompa furibunda
Sobre la ardiente hoguera se adormece.
La sangre de las víctimas inunda
El ancho campo, el exterminio acrece,
Y nadie en su furor la muerte aplaza;
Que nada arredra á la española raza.

Allí consume llama extinguidora
Al imberbe infantil con el anciano,
Y allí la muerte por doquier implora
La indefensa mujer y el veterano:
Que de la gloria al divisar la aurora,
Burlar queriendo el yugo del romano,
Se revuelven, se agitan, se atropellan,
Y los mismos hermanos se degüellan.

Mas Celio en tanto, en su furor, no olvida
Que ejemplo debe darles el caudillo,
Y la muralla viendo derruída,
Muro quiere formar con su cuchillo:
El alma lleva de arrogancia henchida
Al llegar animoso ante el portillo,
Y allí ostenta su arrojo y su ardimiento
Luchando en su furor con ciento y ciento,

Hasta que, solo al fin, corre á la plaza,
En donde el ángel de exterminio impera,
Y arrojando á las llamas la coraza,
Estrecha sólo la marcial bandera.
Allí al romano con furor rechaza,
Hasta que, herido, en su arrogancia fiera,
Se arroja al fuego en su delirio insano,
Burlando el yugo del feroz romano;

Y cuando altivo en la ciudad ansiada

Busca Marcio el botín de la victoria,
De cadáveres mil halla formada
La eterna pira de perenne gloria;
Hallando por laurel de su jornada
Sólo ceniza, miserable escoria,
Mientras la heróica Astapa muestra al mundo
De eterna gloria su laurel fecundo.

Palmas alzado, y del eterno coro
Al resonar los ecos celestiales
Pulsen mil vates el laud sonoro,
Para cantar sus glorias eternas;
Alegre el ave, en su trinar canoro,
Cante también oculta entre zarzales,
Y murmure el Genil con eco blando,
Tan altos hechos por doquier llevando.

Que en aquel valle de ceniza y luto
El árbol se levanta de la gloria;
Árbol que ofrece sazonado fruto
En las páginas mil de nuestra historia:
Que allí á la patria se rindió un tributo
Que indeleble ha vivido en la memoria,
Alentando los fuertes corazones
De Gonzalos, Argotes y Girones.

Y si la estrella de fatal destino
Detiene un punto en nuestra patria el vuelo,
Y de ambición pretende el remolino
Segar las flores del fecundo suelo,
Tranquila España en su triunfal camino
Evoque al pueblo de lealtad modelo;
Que alzarse lo ha de ver en su arrogancia
Emulo de Sagunto y de Numancia.

TEODORO MARTEL.

Á LA HERÓICA DEFENSA DE ASTAPA
(HOY ESTEPA.) (1)

Las torres que desprecio al aire fueron
Á su gran pesadumbre se rindieron.
RIOJA.

No hacen vibrar las cuerdas de mi lira
Monumentos que altivos se levantan;
La orgullosa grandeza no me inspira;
Los rotos muros mi entusiasmo admira,
Que, modestos, lealtad y honra decantan.

Es sencillo al poder rendir tributo,
Y más grato cantar presente gloria
Que vestir el crespón de triste luto.
Buscar al olvidado,
Del bueno la memoria
Sacar del polvo del sepulcro helado,
Misión es justa de la noble historia,
Y á ella mi débil voz he consagrado.

Dáme, Rioja, tu elevado brío;
Dáme esa inspiración de viva lumbre
Que á Itálica eterniza: al canto mío
Haz que en gloria se encumbre
Un punto digno en el hispano mapa,

(1) Composición premiada con el accesit en los Juegos Florales de Córdoba de 1862.

Las notas pertenecen al autor de la poesía.

Y el respeto profundo
Fije, y la eterna admiración del mundo,
En el lauro inmortal que ciñe Astapa.

Dos centurias y aun más distan los días
En que al orbe redima el *Enviado*
Que anunciaban las santas profecias,
Cuando el grande Escipión, afortunado,
Triunfante, hace temblar bajo su acero
De Aníbal el ejército esforzado,
Y provoca á la lid al noble ibero.

Tres lustros no cumplidos
Guardaban el dolor y heróica hazaña
De los bizarros hijos de Sagunto;
Y la página cruenta que Cartago
Hizo escribir allí con gloria á España,
Marcio repetirá con fiera saña
De Astapa ilustre en el sangriento estrago.

De la dura expiación llega el instante
Al que fué desleal: ya el africano
Va á sentir la viudez de la fortuna,
Y, reducido al muro tartesiano (1),
Verá que sus conquistas, una á una,
Le arrancan las legiones del romano.

De la noble amistad triunfa el olvido
Contra el cartaginés; en triste rota
La hueste de Magón ha sucumbido;
Y al mirar en el hado tal mudanza,
Masínisa abandona al que es vencido,
Y el nómida á Escipión brinda alianza.

¿Á las invictas águilas del Tiber
Quién osa resistir? La puerta se abre
Ante el bélico carro del latino,
Y los que tienen corazón mezquino,
Antes que el invasor cadenas labre,
Con laureles alfombran su camino.

(1) Cádiz.

¿Dónde está la lealtad? ¿Los libres dónde?
Los miro ya: la imagen refulgente
Contemplo de Sagunto que se eleva,
Junto al cauce del Sínquilis (1) famoso,
De Astapa en la ciudad noble y valiente.
Aunque débiles muros la circunden,
El turdetano (2) allí lucha animoso:
Si las torres se hunden,
Tumbas serán de sus guerreros fieles,
Recuerdos sacros de sus crudas lizas:
Astapa tendrá gloria en sus cenizas,
Y Marcio hallará mengua en sus laureles.

Esa ciudad, donde el honor se anida,
Fué amiga de Cartago, y no abandona
La causa por perdida;
Es la sola riqueza que ambiciona
Su independencia y libertad querida:
El fausto y el poder no la deslumbra,
Ni la civil discordia la divide;
El sol brillante del honor le alumbra,
Y el valor indomable la preside.

Donde la pura llama
De libertad y patriotismo esplende,
La vida es muerte si el honor la infama,
Y á extraño triunfador jamás se vende.
Sobre las mustias cumbres castellares
Sirven de Norte á la moderna Estepa
De Astapa ilustre los deshechos muros,
Que por espacio breve se separan
Del pueblo que conserva su memoria (3);
Y más de veinte siglos les amparan
Y reflejan la luz de su alta gloria.

El Genil que, testigo,
Miró la destrucción, ve con respeto

(1) Nombre antiguo del Genil.

(2) Así se llamaban en aquel tiempo los habitantes de esta parte de Andalucía.

(3) Las ruinas de Astapa están á dos leguas escasas de Estepa, y al Norte de ésta.

En la margen del Sud la augusta sombra
De la ciudad que dió constante abrigo
Á la firme lealtad que al mundo asombra.

Escipión, que apellidan *generoso*,
Saciando en Ilturgo (1) el rencor fiero,
Las ruinas lo pregonan victoriosos:
Sangre de niños y mujeres tiñe
El lauro con que ciñe
Su frente altiva el triunfador guerrero;
Y el incendio horroroso
Termina allí lo que empezó el acero.

Sangriento hijo de Marte,
La violenta pasión y la venganza
Lograron dominarte,
Venciendo á la justicia y la templanza.

Cavastes un abismo,
Que sepultó tus púnicos blasones:
Nunca triunfa de humanos corazones
Quien no aprende á vencer el suyo mismo.
¡Se humilla Castulón, y es perdonada;
Siempre pactan el déspota y cobarde
Que quien vende su honor la vida guarde
Con oprobiosa esclavitud comprada!

Después de esa jornada
El triunfante Escipión á Marcio ordena
Que ponga á Astapa la servil cadena.

El Síngilis cruzando las legiones
Que el diestro Marcio á la batalla guía,
Ven la ciudad donde el honor no muere,
Como el águila audaz que al cielo sube
Ve con torva mirada allá en la nube
La débil presa que su garra hiere.
Circundan la ciudad (2); fieros talaron
Rubias mieses, encinas seculares:

(1) Población situada cerca de donde hoy existe Andújar.

(2) Creemos que ocuparían en el bloqueo las poblaciones de *Astigi*, hoy Écija; *Urso*, actualmente Osuna; *Ipagro*, que es Aguilar, y *Ventipo*,

Como el peñasco aislado entre los mares
La turdetana población dejaron.

Es Vetulio el caudillo que la manda.
Un heraldo que al pie del muro llega
Le intima que si Astapa no se entrega
El yugo le impondrán de vencedores,
Pues de triunfar están siempre seguros;
Y apagarán el polvo de sus muros
Con sangre de sus mismos pobladores.

El valiente español responde altivo:
«Nunca espere el romano
Calentarse al hogar del turdetano
Mientras haya en Astapa un hombre vivo.
Del peno supe la sangrienta rota,
Que no existe Iliturgo, y que sucumbe
Cobarde Castulón al extranjero:
Salud de nadie espero;
Mas no desmayaré: que se derrumbe
Sobre mí la ciudad sin mengua quiero.»

Al foro corre luego, al pueblo junta,
Se apiña la impaciente muchedumbre,
Y con acento atronador pregunta
¡Quiénes soportarán la servidumbre!

Con solo un corazón y una acción sola
A Vetulio contestan
Los astapenses: con placer se inmola
Cuantopreciado encierran sus hogares;
Y á aquel recinto llevan á millares
Sagos, dinero, joyas de oro y plata,
Y una pira fatal al punto aprestan,
Que la hecatombe espléndida retrata.

De leña y de fagina secos haces
Circundan luego la revuelta pira.
«Con los muertos podrán hacer las paces»,

que existía cerca de Casariche; y tal vez por su proximidad á Astapa sería donde Marcio tuviese su cuartel general, colocando su campamento entre estas dos últimas poblaciones.

Los hombres dicen rebosando en ira.

Y siguiendo su ejemplo las matronas,
Exclaman á la vez con firme aliento:
«Si nos toca el horror del vencimiento,
Vengan del sacrificio las coronas.»

La amarillenta sombra y los furores
Del hambre despiadada
Se extienden sobre aquellos moradores;
Y su huella, grabada
Con tiempo volador en los semblantes,
Hace de la beldad flor despojada
De los matices que la ornaron antes.

De la hermosa el cabello se encanece
Cual si lustros se hicieran los instantes,
Y en tan funesta situación parece
Que se mira cercano
El horrible momento
Que al exánime joven de alimento
Sirva el cadáver de infelice anciano.

Ya el latino á la plaza
Acerca su trinchera,
Y de la hispana raza
Triunfar en breve con orgullo espera.

Llega á los muros con audacia loca
La milicia de *vélites* (1) ligera,
Que al astapense insulta;
Y apenas al sillar la escala toca,
El robusto madero,
La piedra enorme al agresor sepulta.
Huye el resto de aquellos sitiadores,
Y las torres coronan los sitiados;
Sus hondas crujen, que certeras lanzan
La muerte á los que corren desbandados,
Y el primer triunfo los de Iberia alcanzan.

(1) Los *vélites* eran los soldados romanos más jóvenes, menos ricos, y que aún no se habían distinguido en las batallas: formaban una especie de guerrillas.

Lloroso el niño el alimento pide,
Y trémulo el anciano
Llama á Vetulio: «Por piedad divide
Mi cansada cerviz, si ya es en vano
Luchar contra la suerte del romano.»

Del caudillo animoso
Rebosa el alma en compasión y en ira,
Y á los viejos, los niños y mujeres
Con terrible ademán muestra la pira.

«Cumplamos cada cual nuestros deberes,
—Les grita atronador;—el sol del día
Luminar ha de ser de mi victoria,
Ó antorcha funeraria
Sobre la tumba mía:
Al Cielo dirigid vuestra plegaria;
Mas nunca diga la imparcial historia
Que un traidor ó un cobarde aquí existía.»

Al grupo de los jóvenes guerreros (1),
En fatiga y en lid siempre esforzados,
Que la pira circundan,
«Si mi hueste,—les dice,—es hoy vencida,
Los hijos los primeros,
La mujer en seguida,
Degüellen sin piedad vuestros aceros;
En mi ciudad querida,
Patria de nuestros ínclitos mayores,
Doquier las llamas destructoras cundan;
Y antes que los inicuos extranjeros
La huellen triunfadores,
Casas y templos y murallas se hundan.»

La pértiga tomando,
Que el jabalí simbólico corona (2)
Y es de su hueste enseña veneranda,

(1) Cincuenta fueron nombrados para custodiar la pira.

(2) Los antiguos españoles usaban como estandarte ó bandera militar una vara de hierro con basa, en que descansaba la figura de un jabalí, en honor de Hércules; así como los romanos usaban las águilas por enseña militar.

Entrega á Imilco, que el valor le abona;
Y todos decididos van prestando
Terrible juramento, que demanda
Quien de vencer ó de morir blasona.

Por la cuesta que al Síngilis descende
Entre los cortes de arenisco tajo
Marcha Vetulio con su gente ruda,
Que, si tácticas reglas no comprende,
Nunca teme al peligro ni al trabajo,
Ni ante la muerte aterradora duda.

La luz incierta con que anuncia el alba
Que la natura á sacudir va el sueño
Empujaba las sombras de la noche
Cuando Vetulio la distancia salva
De Astapa al campamento del contrario,
Que, no esperando tan osado empeño,
Le intimida el arrojo temerario.

Como lobos hambrientos asaltaban
Las romanas trincheras;
Centinelas mataban;
Cual implacables fieras
Á las que sed de destrozar domina,
En la sangre y estragos se gozaban:
Del parapeto sin cesar rodaban
Los hombres y los haces de fagina.

Al fragor de las armas y á los gritos
Que dan al embestir los turdetanos,
Áturdidos, buscando sus cohortes,
Acuden los manípulos (1) romanos.

Trémulos los *hastados* (2) se presentan
En su primera línea de combate
Cuando Vetulio las trincheras pasa:

(1) *Manípulo* era la décima parte de la fuerza que había en los *hastados* ó *astarios*, *principes* ó *triarios*.

(2) Los *hastados* seguían en categoría á los *vélites*, pues ya tenían alguna riqueza y se habían distinguido en alguna acción. Formaban la primera línea de batalla.

En seguida los *principes* (1) se ostentan;
Mas por muchos romanos que se cuentan
El caudillo astapense no se abate,
Y á ellos se arroja con su hueste escasa.

La clava atroz sobre las *gáleas* (2) cruje;
El hacha cascos y cabezas hiende;
La cortadora espada centellea,
Y el turdetano con terrible empuje
En las filas de *hastados*
Tanto destrozo emprende,
Que sostener en orden la pelea
Los *principes* no pueden, y es en vano
Quieran ser valladar de los que huyen,
Cuando sus propias filas les destruyen
Cediendo á la pujanza del hispano.

Desorden todo es ya: triunfante avanza
El Jabalí del Betis, que replega
Las Águilas de Roma:
Marcio, furioso, el estandarte toma,
Y con su escolta á combatir se lanza
Mientras refuerzo de los suyos llega.

Los aguerridos *triarios* (3), sosteniendo
El honor de sus armas, son escudo
Del bravo general, y al fin consiguen
Que Lucio Marcio la batalla ordene:
Inmóviles cual rocas, combatiendo,
Sin desmayar en el ataque rudo,
Los astapenses indomables siguen.

Expertos veteranos
Á reforzar acuden
Las filas vacilantes de romanos,
Y Lucio Marcio con ardid funesto,
Mientras luchaban ciegos los hispanos,

(1) Los *principes* eran soldados de más categoría que los *hastados* ó *astarios*. Formaban la segunda línea de batalla.

(2) *Gáleas*: morriones de los antiguos españoles.

(3) *Triarios* eran los veteranos que se habían distinguido más en campaña. Constituían la tercera línea de combate.

Ordena entre el horror de la matanza
Que sus alas extiendan las legiones:
Énvuelto queda el astapense resto,
Y la muerte tan sólo es la esperanza
De aquellos invencibles corazones.

¡Piedad, señor, para la pobre gente
Que espera ansiosa en la siniestra pira
La suerte del combate!
Al niño que, inocente,
La tierna madre en su regazo mira
¿Quién habrá que lo mate?
¡No es tiempo de llorar; que si el martirio
La patria ó religión al hombre piden,
Poca es su sangre, y su existencia es corta,
Si con la gloria y el deber se miden,
Y más la fama ó salvación importa!

En hueste escasa convertido había
Á los de Astapa el combatir sangriento,
Y aun lidian sin cesar en la pelea
Con ronca atronadora gritería;
Y cada vez que lanzan un acento,
Y al vibrar su *falcata* (1) el aire ondea,
La sangre en lagos agitada humea
Y da un romano su postrer aliento.

Llegó la hora fatal: los animosos
Hijos de esa ciudad tan combatida,
Cercados de enemigos numerosos,
Pierden al fin su disputada vida;

Y en medio á las legiones
Un montón de cadáveres sangriento
Quedó, para enseñar á las naciones
Cómo elevan los grandes corazones
De lealtad á su patria el monumento.

Aún logra abrirse paso con su espada

(1) Espada corta, algo curva y con el filo adentro como la hoz, que se usó antiguamente en España.

El sin igual Vetulio, que, cubierto
De heridas, corre á su ciudad amada,
Por las tropas de Marcio perseguido;
Ya está franca la entrada
Y el muro está desierto.
Al foro llega, póstrase de hinojos,
Descubre luego su marcial cabeza,
Levanta al cielo los nublados ojos,
El brazo extiende en ademán sombrío,
Y la matanza y el incendio empieza
Y corre por doquier de sangre un río.

Las madres las primeras se arrojaron
Á morir en los filos del acero,
Para no presenciar el trance fiero
De los hijos que amaron,
¡Y expiran execrando al extranjero!

El tierno infante corre horrorizado,
Del cadáver materno se guarece,
Y allí llega la espada del soldado,
Y llora el niño... ¡y sin piedad perece!

La gran llama oscilante,
Devorándolo todo, al aire sube,
Y el humo sofocante
Llena el espacio con extensa nube.

Cuando aquel resto de guerreros mira
Que todo es destrucción, reina absoluta
La sepulcral hoguera,
Espectáculo tal no les altera,
Y se hieren y arrojan á la pira.

Su sangre el lago rojo aún acrecienta,
Y el fuego por intervalos apaga;
Sufre Vetulio su tortura lenta;
Por cumplir su misión tan sólo alienta
Y como sombra misteriosa vaga.

Por el siniestro y lúgubre recinto
Extiende Marcio con horror la vista

Cuando triunfante con su hueste asoma,
Y Vetulio exclamó de sangre tinto:
«Aquí tienes de Astapa la conquista;
El fuego á tu victoria da sus palmas;
Mostrar podrás á la altanera Roma
El duro templo de españolas almas.»
Dijo; y al punto se atraviesa el pecho,
Y dió la pira á su cadáver lecho.

Jamás el sacrificio es infecundo,
Astapa ilustre: el alma se alborozó
Al ver que tu lealtad se enseña al mundo
En Numancia, en Tarifa y Zaragoza.

Pueblo inmortal, mis lágrimas admite
Como tributo á tu gloriosa hazaña;
Y siempre que traspase el extranjero
El límite español con fiera saña,
Siguiendo vuestro ejemplo se acredite
Por cuantos vivan en el suelo ibero
Que no es posible conquistar á España.

JAVIER VALDELOMAR,
Barón de Fuente Quinto.

ASTAPA

CANTO ÉPICO (1)

Sólo Astapa á morir se apresta brava,
Por no gemir en lo futuro esclava.

Cante mi voz la prodigiosa hazaña
Que en oscuro rincón guarda la historia,
Honor insigne de la altiva España
Que vivirá del mundo en la memoria:
No de los siglos la funesta saña
Podrá extinguir su refulgente gloria;
Que de Astapa el laurel es el trasunto
Del lauro eterno que ganó Sagunto.

Genio inmortal á cuyo ardor se inflama
En los rudos combates el guerrero,
Vén, y en mi pecho tu calor derrama
Hoy que cantar con entusiasmo quiero:
Dame la pura misteriosa llama
Que ardió en la mente del sublime Homero,
Y ensalzaré con eco sonoro
De la heróica ciudad el fin honroso.

Bella ciudad, que se ostentó risueña
Del sereno Genil cabe la orilla,
Cerca del monte que en su falda enseña
Con el nombre de Estepa rica villa:

(1) Premiado con la caléndula de oro en los Juegos Florales celebrados por la Academia de Ciencias y Literatura del Liceo de Málaga el día 15 de Noviembre de 1873.

Ciudad invicta, que mi mente sueña
Verla ufana vivir y sin mancilla,
Cuando amarrarla con furor insano
Á su carro triunfal quiso el romano.

En sus ruinas, do perdidas vagan
Las sombras de sus héroes misteriosas,
Los grandes corazones se embriagan
Al recordar hazañas portentosas:
Chispas fugaces que al lucir se apagan
Son las altas proezas más grandiosas
Ante esos restos do radiante y pura
La gloria de la Bética fulgura.

De la Bética, sí, rica en verjeles,
Donde arroyos de linfas bulliciosas
Fecundizan los lirios y claveles,
Que embalsaman las auras vagarosas;
Donde nacen alígeros corceles
De fuerza y gallardía prodigiosas;
Y sestean rebaños numerosos
Debajo de sus árboles frondosos.

¡Encantada región! Límpido cielo
Cobija su magnífica hermosura,
Y nunca vela riguroso hielo
De sus fértiles campos la verdura:
Alzan allí las aves en su vuelo
Música grata de sin par dulzura,
Y céfiro gentil juega entre flores
Que son emblemas de placer y amores.

Yo, que en sus prados de verdor cubiertos
Vi deslizarse mi feliz infancia,
Y respiré de sus amenos huertos
La deliciosa sin igual fragancia;
Y escuché de sus aves los conciertos,
Y de su mar la eterna resonancia,
Hermosa mar, risueña y cristalina,
Que á sus pies cariñosa se reclina:

Yo, que en mi pecho los recuerdos guardo

De aquellos dulces, venturosos días;
Yo, que en ella nací, y, humilde bardo,
Doy al viento mis rudas armonías;
En la sed de cantarla siempre ardo,
Adorando sus glorias como mías:
Por eso con mi lira en ronco acento
Ora de Astapa la grandeza cuento.

Temida de los pueblos comarcanos
La famosa ciudad, feliz vivía,
Y en su bello recinto cual hermanos
De Cartago los hijos acogía:
Enemiga sin par de los romanos,
Con insólito ardor los combatía,
Y rasgos mil de su rencor profundo
Llevó la fama por el ancho mundo.

Empero Roma se elevó triunfante,
Y, ostentando en su frente la aureola
Del alta gloria que alcanzó pujante,
En la Iberia mandar pretende sola:
Indómita, soberbia y arrogante,
A su torpe ambición todo lo inmola;
Doquier imprime su potente huella
Con sangre y destrucción sus triunfos sella.

Y fija ya los avarientos ojos
Allende el mar, donde opulenta brilla
Su temible rival, y en sus enojos
Ganar ya piensa la anhelada orilla:
Cien pueblos son de su valor despojos;
Todo á su imperio colossal se humilla;
Sólo Astapa á morir se apresta brava,
Por no gemir en lo futuro esclava.

El fiero Marcio, el vencedor famoso
De Asdrúbal y Magón, es el caudillo
Que á la ciudad rebelde riguroso
Al fuego entrega y al fatal cuchillo;
Que del Bético suelo, asaz hermoso,
No ha de quedar ni mísero castillo
Donde no luzca la romana enseña

Con la arrogancia de absoluta dueña.

Ya ese estandarte que acaricia el viento
Y polvo que á las nubes se levanta
Y anchuroso uniforme campamento
Ve el astapano, pero no se espanta:
Nó; de la trompa el belicoso acento
Enciende su valor, mueve su planta,
Y aunque en la lid de perecer seguro,
Reta al romano desde el alto muro.

Y esas legiones que doquier triunfaron,
Cuya fama inmortal el mundo llena,
Que las olas del mar no respetaron
Al asaltar la fuerte Cartagena,
Y que en rudas batallas siempre entraron
Con duro corazón y faz serena,
Mudas deponen su insolente brío
Al ver de Astapa el ademán bravío.

¡Cuántas veces el sol en Occidente
Su rutilante disco ha sepultado
Desde que Marcio con su brava gente
Ese pueblo sin par tiene sitiado!
Mas nadie espera que el caudillo intente
Los muros escalar; tan asombrado
Al ejército tiene la siniestra
Rabia crüel que el astapano muestra.

¡Rabia feroz! Cuando la noche umbría
Tiende su triste misterioso velo,
Llevado de su insólita osadía
Y de venganza por el crudo anhelo,
Cual ligero reptil, sin luz ni guía,
Se arrastra silencioso por el suelo,
Y en la romana tienda penetrando,
Gózase en sangre su puñal bañando.

Mas ¡ah! ¿qué importa que en su pecho guarde
Tanta firmeza y heroismo tanto,
Si encerrado en sus muros, cual cobarde,
Perdió de libertad el dulce encanto?

Que rendirse tendrá temprano ó tarde,
E implorar el perdón con débil llanto,
Acatando con sincera amargura
Del vencedor tirano la ley dura.

Empero nó; de Astapa la entereza
No se amengua jamás: en grupos varios
Ya sus héroes discuten con viveza
El modo de humillar á sus contrarios;
Y brilla en sus discursos su grandeza
Encomiando proyectos temerarios,
Hasta que de un anciano distinguido
La voz escuchan con atento oído.

«Es inútil pensar en la defensa,
—Les dice con fervor el noble anciano;—
Mas ¿quién cobarde prosternarse piensa
À las míseras plantas del romano?
¿Hay quien se arredre al contemplar la inmensa
Hueste que Marcio nos presenta ufano?
Si invencible se ostenta el enemigo,
Venid á perecer juntos conmigo.

»Indómito el romano en su conquista,
Fiero rencor á su pujanza aduna,
Y tendrá la ciudad que le resista
De Iliturgis la tétrica fortuna:
Astapa siempre apareció á su vista
Enemiga sangrienta cual ninguna;
¿Qué podéis esperar, si su venganza
Torpe y crüel al inocente alcanza?

»Sus eternos rivales hemos sido,
Él nuestro encono vió año tras año,
Y el perdón en su labio fementido
Sólo sería miserable engaño:
Nunca humano será, dando al olvido
El que le hicimos renombrado daño;
Sólo nos resta, de fiereza llenos,
Morir en la contienda como buenos.

»Mas antes de salir á la refriega

De joyas y de leños alta pira
Hagamos todos, y si al muro llega
Nuestro contrario, que al botín aspira,
Cenizas halle sólo, y que su ciega
Execrable ambición se trueque en ira,
Viendo en vez de tesoros y placeres
Cadáveres de niños y mujeres.

» Todos perezcan, sí: no esclavizados
Nuestros deudos aumenten la ufanía
Del vencedor, y que jamás preciados
Objetos halle en su codicia impía.
Jóvenes en las lides bien probados
Realicen este plan con osadía,
Avivando el voraz fiero elemento,
Sordos al triste general lamento.

» Ilustres y valientes astapanos,
El mundo entero con asombro vea
Cómo los indomables turdetanos
Saben morir en desigual pelea;
Y cómo sin temor sus propias manos
Saben llevar enrojecida tea
A sus hogares, si por suerte aciaga
Fuerza mayor su independencia amaga.

» Juremos por los dioses inmortales
Yerma dejar nuestra ciudad querida,
Antes que ver gozar á esos chacales
Devorando su presa apetecida:
Si hoy los hados se muestran tan fatales
Que nuestra libertad vemos perdida,
El fuego airado con presteza suma
Riqueza y vida en su furor consuma.»

Dice: y cual suele el bramador torrente
De la fragosa sierra despeñado
Inundar la campiña de repente,
Su caudal repartiendo acelerado,
Así la brava enardecida gente,
El sañoso discurso ya acabado,
Jurando hacer lo que el anciano pide,

Rápida por las calles se divide.

¿Dónde, astapanos, os conduce el ciego
Despecho singular que hoy os devora?
¿Vais á entregar al iracundo fuego
Cuanto el sensible corazón adora?
¿No de la madre atenderéis el ruego,
Ni al tierno infante que en sus brazos llora?
¿Inmolaréis en vuestro afán insano
La casta virgen y el doliente anciano?

¡Oh, sí! lo haréis: vuestra altivez lo pide,
Esa altivez que en vuestros pechos arde,
Que nunca, nunca los peligros mide,
De ciega abnegación haciendo alarde:
Y esa noble altivez es la que impide
Que el alta frente dobleguéis cobarde;
Ella os hace buscar por mejor suerte
En vivas llamas horrorosa muerte.

Todos hacinan con tenaz porfía
De plata y oro prodigiosa suma,
Ricas telas, brillante pedrería,
Para que en breve el fuego las consuma:
Va un niño aquí con cándida alegría,
Allá un anciano á quien el peso abruma,
Quién maderos conduce; y quién tropieza
Al llevar aturdido su riqueza.

¡Entusiasmo sublime! ¡Cuadro hermoso,
Que el mágico heroísmo representa
De un pueblo que á morir corre afanoso
Por no sufrir ignominiosa afrenta!
Llenos de noble ardor, y sin reposo,
La hacina cada cual rápido aumenta,
Juntos dejando en su gigante empeño
La rica joya con el tosco leño.

Mas ved cuán imponente se levanta
El confuso montón para la hoguera;
Su horrible aspecto, que á la mente espanta,
Anuncia el triunfo de la muerte fiera:

De esos valientes la impaciencia es tanta,
Que órdenes nadie da ni las espera,
Y están, breves instantes transcurridos,
Todos armados ya, todos reunidos.

Ganosos de lidiar, llenos de saña,
Saña terrible que al furor despierta,
Súbito abriendo con silencio y maña
De la triste ciudad la férrea puerta,
Se lanzan en tropel á la campaña,
Donde el romano, sin estar alerta,
Del temerario avance no advertido,
Paga con sangre su fatal descuido.

Trábase en breve general combate,
Varias cohortes presurosas llegan;
Mas del hispano al furibundo embate
Á ventajoso sitio se replegan:
Su indomable valor ora se abate
Ante contrarios que de rabia ciegan;
Que por flancos y frente las hostigan,
Y á pelear furiosos las obligan.

Vibra en el aire el fulminante acero,
Que rápido los miembros despedaza,
Y de la ruda lanza al choque fiero
Salta en pedazos la marcial coraza;
Flechas arroja el adiestrado arquero,
Recios venablos el pavés rechaza,
Y el fiel trotón, á quien la espuela incita,
En la lucha feral se precipita.

Crece el encono y el estruendo crece;
Por los cercanos montes repetido
El eco fugitivo desaparece,
Remedando fatídico gemido:
Mas ya con lentitud se desvanece
La inmensa polvareda, cesa el ruido,
Y, pasmados de horror, miran los ojos
De la ruda batalla los despojos.

Picas, saetas, cascos y broqueles,

Y cadáveres mil, y mil heridos,
Que con ansias agítanse crüeles,
Yacen por la llanura desparcidos:
Vense correr, cansados sus corceles,
Por zanjas y malezas los vencidos,
Y perseguirlos, de su triunfo ufanos,
Los siempre valerosos astapanos.

¡Oh de la dulce independencia hermosa
Sentimiento purísimo! tú has dado
Al ibero con magia prodigiosa
Su poderoso ímpetu esforzado;
Por ti en lucha tenaz, lucha espantosa,
De aguerridas cohortes ha triunfado,
Y en el ardor febril que su alma ofusca
Nuevos laureles anhelante busca.

Mas ¿dónde, dónde delirante vuela?
¿Dónde le lleva su indomable brío?
En su noble entusiasmo, ¿no recela
Del furibundo Marcio lazo impío?
¡Ah! que el caudillo con sagaz cautela
En medio á sus legiones y sombrío
Le espera, en su pericia confiando,
Y de envolverlo sin cesar cuidando.

Nada al hispano en su furor aterra,
Todo lo arrostra en su fiereza loca,
Y pronto, audaz, con las legiones cierra,
Al par que el genio de su patria invoca:
Cien enemigos ya tiende por tierra,
Y ya el romano en círculo coloca
Su formidable hueste, del contrario
Á favor del arrojo temerario.

Como la fiera que rabiosa ruje
Por diestros cazadores acosada,
Y redoblando su tremendo empuje
Se dispone á morir desesperada,
Muestra las garras y los dientes cruje,
Fuego lanzando su fatal mirada,
Y hiere y mata con furor violento

Hasta exhalar el postrimer aliento;

Así los animosos astapanos
Contra el cerco terríficos se lanzan;
Y rápidos destrozan los cercanos
Rudos guerreros que en su furia alcanzan:
Empero sus esfuerzos son ya vanos;
Las enemigas picas que se alzan
Forman espesos bosques dilatados,
Donde quedan en breve sepultados.

Atónito y confuso Marcio mira
El estrago fatal que en sus legiones
Hizo la ardiente tremebunda ira
De esos ya muertos ínclitos varones:
Y ese denuedo que el caudillo admira,
Ese valor de indómitos leones,
Rodeado de horror ora le espera
De la infausta ciudad cabe la hoguera.

Cual la gigante enrojecida llama
Que el Etna bramador levanta al cielo
Cuando su lava súbito derrama
Y hace furente retemblar el suelo;
Así fuego voraz, que el viento inflama
Y envuelto de humo en denegrado velo,
Sobre Astapa terrífico aparece,
Difundiendo el horror al par que crece.

En alas de la sórdida avaricia,
Las triunfantes legiones raudas vuelan,
Por saciar presurosas su codicia
Con el rico botín que tanto anhelan:
Mas no la suerte les será propicia;
Los tesoros que há tiempo las desvelan
El hado adverso con rigor convierte
En sangre y destrucción, en luto y muerte.

Sobre la ardiente y anchurosa pira
Sonríe con placer la muerte insana,
Y el aire que en Astapa se respira
Fluye ya infecto por la quema humana:

Triste el romano y abatido mira
Deshecha su ilusión, cual tigre hircana
Que perderse del bosque en la espesura
Mira la presa que juzgó segura.

¡Cuánto estrago, dolor y hondo lamento!
Con sus gestos revela el moribundo
El espantoso sin igual tormento
Que padece en el fuego tremebundo:
Si alguno de la hoguera quedó exento,
En su pecho el puñal hundió iracundo,
Y se retuerce, y por la horrenda herida
Lenta se exhala la enojosa vida.

Lleno de admiración Marcio valiente,
Á sus guerreros desolar prohíbe
Las moradas que honró tan brava gente;
Y ese homenaje que al morir recibe
La valerosa Astapa es elocuente
Padrón glorioso, do eternal se exhibe
Su amor de libertad noble y profundo,
Noble y ardiente amor que aplaude el mundo.

Mas cese la canción que enardecida
Ora entona mi voz en su rudeza,
Y ostente España, de entusiasmo henchida,
De su pasado la sin par grandeza;
Recobre en medio de su inquieta vida
Su empuje colosal y su fiereza,
Recordando el valor y la constancia
De Astapa, de Sagunto y de Numancia.

JOSÉ MARÍA JIMÉNEZ PLAZA.

EL INCENDIO DE ASTAPA (1)

Aún vive tu memoria; vive y late
El corazón al recordar tu historia:
Vencedora del mundo te levantas
Fecha de luto, mas al par de gloria.
JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

Teñido de sangrientos arreboles,
El rojo sol en Occidente brilla,
Y alumbra con sus rayos postrimeros
Una ciudad tan noble como altiva.
Las águilas romanas la rodean,
Orgullosas de fáciles conquistas,
Ansiando destrozar entre sus garras
La perla de la hermosa Andalucía.
¿Quién sueña resistir á los que llevan
Esclava la victoria entre sus filas?
¿Cómo Astapa se atreve á luchar sola,
Y al nombre de Scipión no se intimida?
Destrozados sus muros, y taladas
Sus hermosas y fértiles campiñas,
Aún resisten sus hijos las legiones
Que pocos en el mundo resistían.
Espectros de dolor, vagan mirando
Con tristes ojos la ciudad querida,
Y al par la extraña y enemiga hueste
Con saña horrible y con desprecio miran.

(1) Premiada con el accesit en los Juegos Florales celebrados por la Academia de Ciencias y Literatura del Liceo de Málaga el día 15 de Noviembre de 1873.

Cortados de sus fuentes los raudales,
Ardiente sed al pueblo martiriza,
Y el hambre con tormentos insufribles
Víctimas numerosas sacrifica.

Como sombras terribles y dolientes,
Vagan entre los muros en ruinas,
La tierna virgen, la amorosa madre
Que al debil niño en su regazo abriga.

¡Desdichada mujer! ¡cómo á los labios
Del moribundo infante el seno aplica;
Agotado raudal de su esperanza,
Para la pobre flor que se marchita!

¡Ay, si pudiera dar su vida entera
Por dilatar un punto aquella vida!
¡Con qué amargo placer, con qué delirio
Á la muerte cruel se entregaría!

Cuando pasan los grupos de guerreros
Al lado de las pobres afligidas,
Muchas ardientes lágrimas resbalan,
Quemando como lava las mejillas.

Y ellas, al verles, con delirio ciego
Los brazos alzan y animosas gritan:
¡Matadnos por piedad! ¡antes la muerte,
Que oprobio de romana tiranía!

¡Triste y fiel aliada de Cartago,
Que no serás de nadie socorrida,
Mientras mueres contempla tu enemigo
Impasible y tranquilo tu agonía!

.

Entre velos de luto ya la noche
De los montes desciende á la campiña,
Y cubre con sus sombras de tristeza
De la ciudad el postrimero día.

Vetulio, el noble y valeroso jefe,
Junta su escasa hueste decidida,
Y cual otras mil veces al combate
Se lanza con ardor y ciega ira.

Las protectoras sombras favorecen
Algún tiempo su bélica energía;
Mas por la vez primera los romanos
Salen de sus trincheras defendidas.

Avanzan en buen orden de batalla;
En sangrienta, mortal carnicería,
Se confunden luchando, y de mil modos
A las escasas fuerzas aniquilan.

Al escaso fulgor, velado y turbio
Por vaporosa cálida neblina,
Se chocan las espadas y se encienden
Doquier brillantes y ligeras chispas.

¡Desdichada ciudad! ¡la noble sangre
De tus hijos inunda la campiña,
Y es de la libertad fecundo riego,
Que hace crecer su planta bendecida!

Cercados por doquiera los de Astapa,
Por un supremo esfuerzo de osadía
Logran reunir la destrozada hueste,
Y á la ciudad amada se retiran.

Ya llegan á los muros; ya detienen
Su lenta marcha, y con la frente altiva
Al enemigo, que les va siguiendo,
Valientes retan, desdeñosos miran.

También los sitiadores se detienen
Para rehacer sus destrozadas filas,
Y un jefe se adelanta hacia Vetulio,
Mostrando el ramo de sagrada oliva.

—«Guerreros, dice, la victoria es nuestra;
Los Scipiones hasta ti me envían:
Rendirse á la merced de los romanos,
Ó morir, es la sola alternativa.»

Vetulio mira á los soldados suyos,
Débiles por el hambre y las heridas,
Y, dominando su dolor supremo,
Así responde con la faz tranquila:

—«Antes que abandonar este recinto,
Queremos por sepulcro sus ruínas:
Libres nacimos; moriremos libres,
Sin yugo de extranjera tiranía.»

¿Cómo pintar el estupor y el odio
Que estas palabras al romano inspiran?
¿Cómo volver al campo con respuesta
Tan osada, á la vez que tan altiva?

Ciego por el furor, arroja el ramo
Emblema falso de la paz mentada,

Y un pico de su clámide purpúrea
Con traidora intención al aire agita.
Pero mientras Vétulio desolado
Con vengadora espada le castiga,
Los romanos se arrojan hacia Astapa:
La seña del traidor ha sido vista.

.....
Como olvidada lámpara que vela
Al pie de los sepulcros encendida,
Á través de neblinas vaporosas
La blanca luna en el espacio brilla.
Los terribles rumores del combate
Por extraño silencio se dominan,
Que ni á turbar se atreven murmurando
Entre los bosques las aladas brisas.

¡Últimas horas del valiente pueblo,
Cómo llenáis al par el alma mía
Del amargo dolor y noble orgullo
Que vuestro heróico proceder inspira!

Las coronas de flores de la gloria
Ocultan del martirio las espinas;
Laureles que de sangre tienen riego,
El polvo de los siglos no marchita.

Ya llegan los romanos, ya la lucha
Va de nuevo á empezar, cuando rojiza
Fúnebre claridad brilla potente,
Y amigos y enemigos ilumina.

Inmóviles y mudos la contemplan
Mientras la roja luz el aire aviva,
Y se escuchan rumores espantosos
Y gritos de dolor y de agonía.

De pronto rasgan el sudario negro
Del humo denso brilladoras chispas,
Flamígeros penachos que se elevan
Por cima de las torres destruidas.

¡Qué espectáculo, oh Dios! entre las sombras,
Volcán abrasador, Astapa brilla,
Más bella con su túnica de llamas
Que fuera con sus triunfos ningún día.

Los palacios, los templos, los jardines,
Mansiones del amor y las delicias,

Despojos del incendio pavoroso,
Con estruendo terrible se derriban.

Tras del velo sangriento de las llamas
Una soberbia plaza se divisa,
Do se levanta destructora hoguera,
De santa libertad ardiente pira.

Para burlar del opresor tirano
El anhelo feroz y la avaricia,
Allí joyas y galas y primores
Se arrojan con desdén y ciega ira.

Y al par de sus tesoros y riquezas,
Despreciando coléricos sus vidas,
Los niños, las mujeres, los ancianos,
En la hoguera voraz se precipitan.

Ardiendo de furor los opresores,
En torno de su presa ansiosos giran,
Y crece más su rabia contemplando
No pueden conservarla ni rendirla.

Quieren luchar, y cual fugaces sombras,
De atroz delirio caprichosas hijas,
Se pierden sus contrarios; sólo hallan
Doquier desolación, fuego y ruínas.

Los guerreros de Astapa uno por uno
En la hoguera fatal rinden sus vidas:
Roma triunfó; mas no halla ni un esclavo
Que sus grandezas y victorias diga.

De pronto ven alzarse junto al fuego
Una forma que, débil é indecisa,
Apenas se sostiene, porque lleva
En el cuerpo y el alma mil heridas.

Es el valiente, el infeliz Vetulio,
Que con noble ademán y faz tranquila
Su espada arroja en la candente hoguera
Y por última vez al cielo mira.

Tiende adelante sus desnudos brazos
En señal de postrera despedida
A su adorada patria, y con voz ronca
A sus contrarios animoso grita:

—«Antes que abandonar este recinto,
Tomamos por sepulcro sus ruínas:
Libres nacimos, y morimos libres,
Sin yugo de extranjera tiranía.»

Y seguro de ser el postrer hijo
De la valiente Astapa que respira,
En la sangrienta hoguera desaparece;
¡Gloria de España, del romano envidial

.....
¡Manes sagrados de animosos pechos!
¡Sombras desventuradas y queridas,
Espejos de las glorias españolas,
Ejemplos del honor y la hidalguía!
Cuando se cubren de aromadas flores
Los valles de esa tierra bendecida,
Vuestras almas les prestan sus perfumes,
Que santo amor de libertad inspiran.

¡Cómo, al par de Numancia y de Sagunto,
Son de Astapa gloriosas las cenizas,
Y es la vertida sangre de sus hijos
De noble libertad rica semilla!

Y tú, pueblo español, que la veneras
Y sus glorias ensalzas este día,
¿Por qué á la vez desgarras tus entrañas
En deshonrosa lucha fratricida?

¿Dónde están tus jornadas de Clavijo,
De las Navas, Lepanto y de Pavía,
Y de Bailén, do el águila francesa,
Del león español acometida,
Huyó, dejando sólo de sus alas
Las rotas plumas, que llevó la brisa?

Basta de lucha ya: ¿no sois hermanos?
¿Á qué asolar la patria entristecida;
Esta patria infeliz, que acaso pronto
De sus valientes hijos necesita?

Unidos seréis fuertes; desunidos,
Perdida en alta mar frágil barquilla;
Juguetes de bastardas ambiciones,
Esclavos miserables de perfidias.

De la anhelada paz brille la aurora,
De noble libertad la luz divina,
Y siempre unidos en fraternos lazos
Formad de nuestra España una familia.

Y si pretende audaz un extranjero
Imponerte su odiosa tiranía,

¡Pueblo del dos de Mayo, álzate y lucha
Unido, que la unión nunca es vencida!
¡Astapa te contempla; sus recuerdos
De glorias y á la vez de ejemplo sirvan:
Mejor que ser esclavo deshonrado,
Sepúltate con honra entre cenizas!

ISABEL CHEIX MARTÍNEZ.

Mayo, 15 de 1873.

INCENDIO DE ASTAPA

Con este título publicó en el *Museo de las Familias* D. F. Fernández Villabrilte un artículo en prosa, que no reproducimos por no contener nada nuevo ni saliente. Además, sirvió de patrón en gran parte para la poesía de la Srta. Cheix que acabamos de insertar.

HERÓICA DEFENSA
Y DESTRUCCIÓN DE ASTAPA

D. Antonio Álvarez Chocano escribió con ese título un drama en cuatro actos y en verso, que se conserva inédito, y del cual poseemos una copia.

La demasiada extensión de dicha obra nos impide reproducirla en este lugar, como quisiéramos.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Carta-Prólogo.	V
Capítulo I.	I
Id. II.	10
Id. III.	16
Id. IV.	43
Id. V.	52
Id. VI.	73

APÉNDICES

ASTAPA EN LOS ESCRITORES

Tito Livio.	85
Appiano.	89
Stéphano.	91
Ambrosio de Morales.	92
Juan de Mariana.	94
Ldo. Juan Fernández Franco.	96
El P. Francisco Ruano.	111
El P. Fr. Enrique Flórez.	112
El P. Fr. Alejandro del Barco.	115
D. Juan Agustín Ceán Bermúdez.	122

	Págs.
Fr. Juan de S. Román.	125
D. Antonio Ponz.	126
Lafuente Alcántara.	129
D. Modesto Lafuente.	130
R. Dozy.	131
D. Antonio Delgado.	132
D. Luís Maraver y Alfaro.	133
Excmo. Sr. D. Francisco Fernández y González.	134
Emilio Hübner.	136

INSCRIPCIÓN IBÉRICA

Inscripción ibérica de los Castellares.	141
---	-----

ASTAPA EN LA LITERATURA

Al defensor de Astapa.—Por D. Rafael Moyano y Cruz.	151
En las ruinas de Astapa.—Por el mismo señor.	152
La defensa de Astapa.—Por D. Teodoro Martel.	153
La heroica defensa de Astapa (hoy Estepa).—Por D. Javier Valdelomar, Barón de Fuente Quinto.	165
Astapa.—Canto épico, por D. José María Jiménez Plaza.	177
El incendio de Astapa.—Por la Srta. D. ^a Isabél Cheix Martínez.	188
Incendio de Astapa.—Por D. F. Fernández Villabrille.	195
Heroica defensa y destrucción de Astapa.—Por D. Antonio Álvarez Chocano.	196

PLANTILLA
PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

	<u>Págs.</u>
Plano de Astapa.	25
Hachas de piedra, fálaras y cuentas de collar, de los Castellares.	26
Vaso dionisiaco.	29
Piedra ibérica de los Castellares.	42

V, 49
28,000



*Acabóse de imprimir esta obra
el día 24 de Febrero de 1899.*



